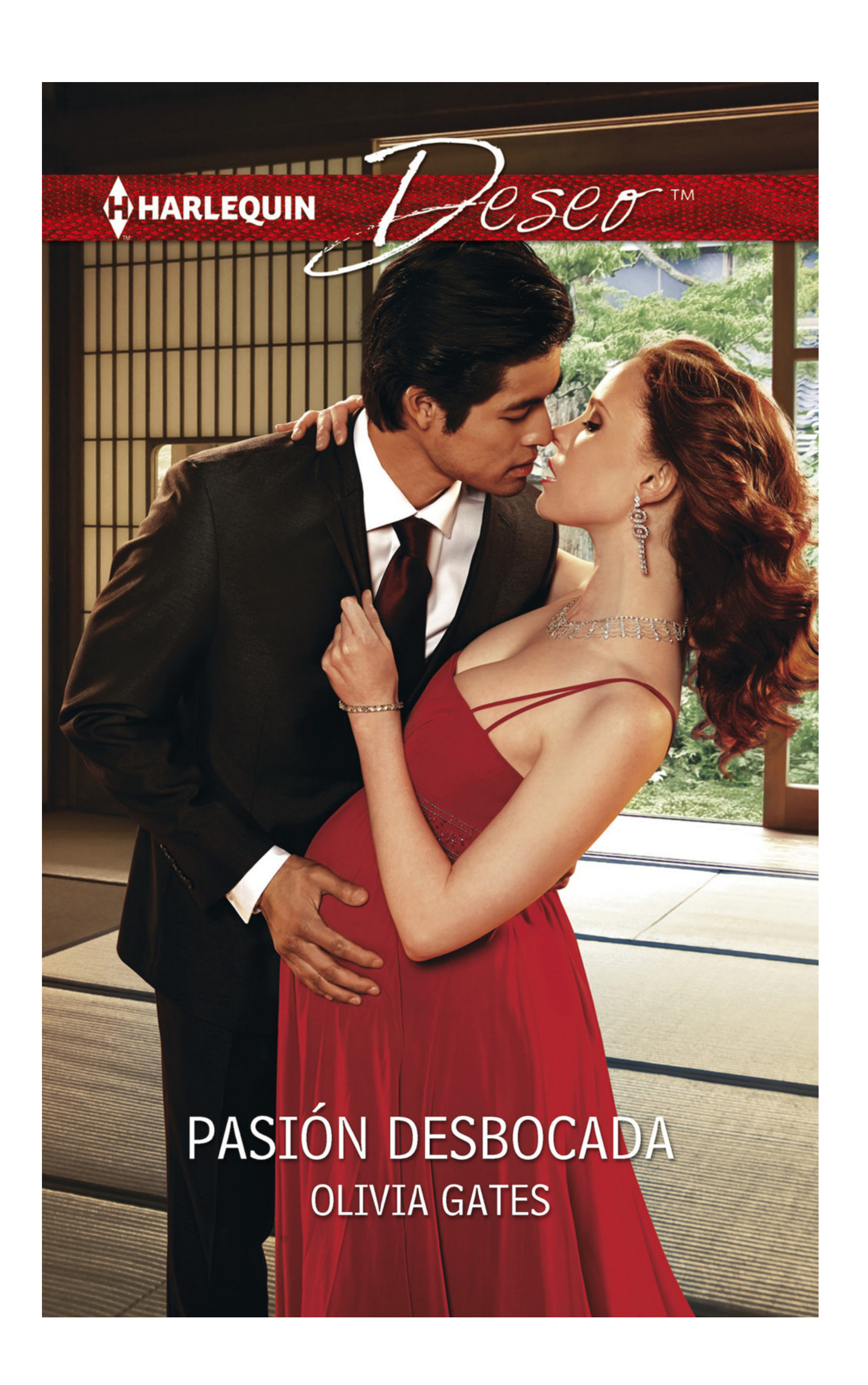

HARLEQUIN
Deseo™
PASIÓN DESBOCADA
OLIVIA GATES



PASIÓN DESBOCADA

OLIVIA GATES



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Pasión desbocada, N.º 2041B - mayo 2015
Título original: Scandalously Expecting His Child
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-6273-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Raiden Kuroshiro miró a la mujer que estaba a su lado. Megumi era su nombre, una hermosa bendición. Con piel de porcelana, brillante pelo negro y labios rojos, era la versión en carne y hueso de Blancanieves. Y con su pequeño y esbelto cuerpo envuelto en ese vestido azul parecía la princesa de un cuento de hadas.

Había algo aristocrático en su postura mientras recibía las felicitaciones de todos por el compromiso. Su boda tendría lugar en diez semanas.

Y Raiden no sentía absolutamente nada por ella.

Afortunadamente, tampoco Megumi sentía nada por él.

Y así era como debía ser.

Las razones por las que iba a casarse con Megumi, y las de ella para casarse con él, no incluían el amor; el suyo sería un matrimonio de conveniencia.

Megumi lo miró con una sonrisa amable que él le devolvió. En realidad, era un ángel. Megumi haría sonreír al propio diablo, y así era en realidad, porque muchos le creían un monstruo. Le habían llamado así durante sus años de mercenario, y cosas peores, mientras se abría paso hacia la cumbre del mundo empresarial para hacerse un sitio.

–Puedo reunirme con mi madre, si te parece.

Raiden apenas oyó a Megumi sobre el tradicional *gagaku*, que se tocaba en las funciones especiales, y el ruido de las quinientas personas que llenaban el salón. Era la primera vez que veía a tantos miembros de la alta sociedad japonesa en un solo lugar, y era su objetivo no solo pertenecer a esa clase, sino dirigirla. Megumi lo sabía y se ofrecía a apartarse discretamente para que pudiese hacerlo.

Aunque era una oferta tentadora, Raiden negó con la cabeza. Estaba siendo observado con lupa, y sabía que no estaría bien visto dejar a su prometida en su primera aparición pública, especialmente en la fiesta de compromiso.

Pero al menos no tenía que hacer el papel de novio enamorado, como habría tenido que hacer en la sociedad occidental. Era un alivio que los novios de un matrimonio concertado en la sociedad japonesa no tuvieran que demostrar afecto en público, solo cortesía. Y eso era fácil con Megumi.

Aunque no le gustaba. A él no le gustaba nadie salvo sus hermanos del Castillo Negro, que eran una parte integral de su vida. Él categorizaba a la gente en papeles limitados. Tenía aliados, subordinados y enemigos. Megumi estaba entre las dos primeras categorías. Había dejado claro cuál sería el puesto en su vida y ella parecía aceptarlo.

Aunque él no fuese el mejor candidato por su fortuna y sus contactos, como hija obediente Megumi habría aceptado porque su padre quería a

Raiden en la familia a toda costa.

Y esa era la razón por la que iban a casarse. Megumi era el medio para conseguir el sueño de su vida, lo que había trabajado tanto para conseguir en los últimos diez años: reclamar lo que era suyo por derecho.

Pero aunque todo iba según sus planes, una cosa seguía perturbándolo: la otra razón para casarse con Megumi era tener herederos de sangre japonesa. Eso significaba tener relaciones sexuales con ella, y le preocupaba no poder hacerlo sin tener que recurrir a lo único que descongelaba su helada libido, fantasear con ella.

Era exasperante tener que recurrir a esa medida para estar a la altura, pero él era brutalmente pragmático, y haría lo que tuviese que hacer. Con un poco de suerte, solo una vez. Tal vez eso sería suficiente para dejar a Megumi embarazada.

Era un alivio que, en general, las esposas japonesas en un matrimonio concertado se dedicasen enteramente a su hijo a partir de ese momento. Por lo que había oído de la alta sociedad japonesa, que seguía siendo extraña para él, en ese matrimonio se aceptaba el papel del marido como poco más que un donante de esperma. Solo estaban juntos durante las apariciones públicas, y buscaban intimidad de nuevo solo cuando era necesario tener otro hijo. Y ese era exactamente el matrimonio que él deseaba. El único que podría soportar.

Su intensa aversión al sexo con ella sería incomprensible para mucha gente. Si alguien supiera que la idea de acostarse con aquella belleza oriental le resultaba desagradable cuestionaría su virilidad. Si supieran que tenía que invocar el recuerdo de otra mujer para hacerlo, pensarían que era patético. Si supieran que esa mujer había sido un fraude, cuestionarían su buen juicio. Pero si supieran que ni siquiera sabiendo que lo había engañado podía dejar de pensar en ella… eso destruiría la imagen que presentaba ante el mundo.

Aunque nadie sabría nunca de ella o de sus oscuros secretos. Había acumulado muchos, incontables, durante los veinte años que había sido esclavo de la organización. Era imperativo que la identidad que se había construido desde que escapó diez años antes permaneciese impecable. No iba a dejar que nada ni nadie evitase que pudiera reclamar su herencia.

Con ese fin, debía cumplir con las reglas de la sociedad japonesa hasta que se convirtiesen en una segunda naturaleza para él, como lo eran para Megumi y su familia. La familia que no sabía que él era uno de los suyos.

Nunca descubrirían quién era, pero se convertiría en uno de ellos. Se convertiría en un Hashimoto por su matrimonio con…

De repente, sintió un cosquilleo que le empezó en la nuca y le llegó hasta los dedos de los pies.

Pero no era una alarma de peligro; él estaba acostumbrado a reconocer una amenaza. La alerta roja era otra cosa.

Sin cambiar de expresión o de postura, lanzó la red de sus sentidos alrededor, para eliminar cualquier fuente de problemas.

Un segundo después, Megumi lo tomó del brazo, algo inaudito, porque nunca le tocaba. ¿Su reacción habría sido de anticipación a ese roce? ¿Pero por qué?

La sensación de alarma se intensificaba y Raiden tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar alrededor.

–Matsuyama-san se acerca.

Por eso lo había tomado del brazo con tanta urgencia, para indicarle que se acercaba su anfitrión. Hiro Matsuyama, el hombre que les había prestado la mansión para organizar la fiesta de compromiso y su mayor rival en Japón.

Le seguía pareciendo raro que honrase a su adversario, pero ese era el ritual en Japón, porque la tradición y el decoro se valoraban allí más que cualquier otra cosa. Le costaría un tiempo acostumbrarse a ello, junto a todo lo demás, ya que él no había sido criado en Japón.

Claro que no lo habían criado de ninguna manera. Desde los cuatro años había sido forjado como un arma letal.

Raiden dejaba que sus adversarios vieran esa parte de él para tenerlos controlados, mostrándoles contra qué tendrían que luchar, pero aunque Hiro era su mayor amenaza, comparado con los monstruos contra los que había tenido que luchar era prácticamente inofensivo. No, sus sentidos no se habían vuelto locos anunciando que él se acercaba.

Raiden se volvió hacia Hiro y la mujer que iba de su brazo… Y el corazón se le detuvo durante una décima de segundo.

Ella era quien le había provocado esa sensación. Era la única mujer occidental en el salón. Incluso los empresarios occidentales estaban casados con mujeres japonesas porque era la única manera de entrar en la alta sociedad del país.

Todos los ojos parecían seguirla. Los japoneses tenían estrictos parámetros de belleza, pero muchos estaban enamorados del color de piel caucásico, aunque no solían acercarse a las mujeres occidentales porque las cualidades que admiraban en sus fantasías, en la realidad les parecían amenazadoras. Y aquella mujer reunía todas esas cualidades.

Era más alta que los demás y llevaba tacones de vértigo. Hiro era alto para ser japonés, casi un metro noventa, y a ella solo le faltaban unos centímetros para mirarlo a los ojos.

Llamaba la atención en todos los sentidos. Entre tantas personas bajitas y de pelo oscuro parecía una amazona de cabello rojo, piel bronceada y pronunciadas curvas, exudando sexualidad y confianza. Y entre las demás mujeres, vestidas de colores, ella era la única que iba de negro. La antítesis de la delicada muñeca de porcelana que era Megumi. Una simple mirada a la pornografía japonesa dejaba claro que ella era el epítome de sus no tan secretas fantasías.

Aunque él no compartía esas fantasías; de hecho, no tenía ninguna debido a la rígida disciplina en que le habían entrenado desde niño para desarrollar sus habilidades con total precisión. Durante sus años como prisionero de la organización no había hecho uso de la compañía femenina que sus captores proveían para mantenerlos aplacados. Y desde que escapó había seguido siendo así, salvo con ella.

Pero aquella mujer despertaba la misma compulsión. Cuando ni siquiera estaba mirándolo.

Raiden hizo un esfuerzo para mirar a Hiro mientras Megumi le apretaba

el brazo. Apenas se dio cuenta, totalmente concentrado en la otra mujer.

–¿Puedo presentarle a la señorita Scarlett Delacroix, Megumi-san?

Mientras las mujeres intercambiaban una reverencia, él no podía dejar de mirar el perfil de la pelirroja y cómo Hiro apretaba su cintura.

¿Estaba anunciando que aquella mujer era suya? ¿Advirtiéndole que no se le ocurriese tocarla? Pero quería tocarla, lo cual era sorprendente, ya que nunca había sentido algo así.

Tal vez Hiro pensaba que Scarlett Delacroix era irresistible para cualquier hombre. Y tenía razón. Si él, con su contención de acero, tenía que hacer un esfuerzo para controlarse, otros hombres debían estar como locos.

Pero su reacción era anormal. Había conocido a muchas mujeres bellas y ninguna había merecido una segunda mirada. Sin embargo, el efecto que aquella mujer ejercía en él no tenía nada que ver con su belleza. Era idéntico a lo que había sentido por ella. Como si sus sentidos la reconocieran.

Aquello era más que patético. Proyectar su reacción a una amante traicionera en otras mujeres…

Claro que nunca había tenido una reacción así, solo con aquella mujer.

–Scarlett, te presento a Raiden Kuroshiro.

Raiden estrechó su mano… y sintió una descarga. Pero ella apartó la mano enseguida, esbozando una sonrisa.

–Es culpa de mi vestido. Electricidad estática.

Su voz era baja, ronca, con acento americano. Y el calor de su mano se extendió por todos sus miembros.

–Debe de ser una manifestación de tu electrizante personalidad –bromeó Hiro, apretándole de nuevo la cintura.

Raiden intentó sonreír, pero no le gustaba nada esa actitud posesiva. Aunque no entendía esa reacción, ya que él nunca se había enfrentado con un hombre por una mujer.

Entonces ella lo miró a los ojos y Raiden estuvo a punto de tambalearse.

Esos ojos, intensos, luminescentes, de color azul zafiro. Eran del mismo color que los ojos de ella.

Aquello estaba empezando a ser ridículo. Estaba intentando encontrar parecidos entre dos mujeres completamente diferentes.

–Tengo entendido que debo felicitarlo –murmuró Scarlett.

No era tímida. ¿Por qué iba a serlo? Aquella mujer conocía su poder sobre los hombres; un poder que debía haber perfeccionado con años de práctica.

–Scarlett tenía una cita previa –explicó Hiro–, pero me ha hecho el honor de acompañarme a la fiesta.

–¿Cómo no iba a hacerlo si organizas las mejores fiestas del país? –Scarlett se volvió hacia Megumi con una amable sonrisa–. Muchas gracias por invitarnos.

–Será un honor para nosotros que asistáis a nuestra boda –Megumi no parecía la mujer serena de siempre. Su expresión era forzada, como si estuviese molesta.

¿No le gustaba Scarlett?, se preguntó Raiden. Seguramente no le caía

bien a muchas mujeres porque debía aplastar sus egos, especialmente el de las mujeres que se consideraban guapas, porque ella era magnífica.

–Espero que Kuroshiro-san piense lo mismo –dijo Hiro, mirándolo a los ojos en un gesto retador.

En su primer encuentro Hiro había sido reservado, aunque dejando claro que su enemistad seguiría en el campo de batalla financiero. Pero en aquel momento parecía hacer un esfuerzo para controlar su agresividad, tal vez porque se sentía territorial con Scarlett.

Aunque no le había dado ninguna razón para temerlo; ella apenas había mirado en su dirección.

Pero Hiro seguía esperando respuesta y Raiden hizo una inclinación de cabeza.

Megumi le apretó el brazo. ¿Estaba pidiéndole que lo dijese con palabras? Raiden sabía que debía hacerlo o sería tomado como una ofensa, pero no le apetecía responder. En aquel momento, lo único que quería era tomar a Scarlett por la cintura y apretarla contra su costado.

–Matsuyama-san, la presencia de la señorita Delacroix en nuestra boda será un privilegio.

Por suerte, la incómoda reunión terminó y los dos se alejaron. Raiden tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada, pero no podía soportar la proximidad de Megumi.

–Si no te importa, voy a aprovechar tu amable invitación de saludar al resto de los invitados.

–Sí, claro –Megumi se apartó, tan aliviada como él.

Raiden hizo un esfuerzo para saludar a los invitados, pero se escabulló del salón en cuanto tuvo oportunidad. Y entonces vio a Scarlett en la terraza. Incluso de espaldas y a distancia sintió lo mismo que había sentido cuando conoció a Hannah.

Ella.

Así era como pensaba en la mujer a la que había conocido por el nombre de Hannah McPherson.

La había conocido en Nueva York una tarde de verano cinco años antes, cuando ella dio un volantazo para no atropellar a un ciclista y, en cambio, chocó contra su coche.

Desde ese momento, todo lo demás había dejado de importar. La inexorable atracción que sentía por ella era algo que no había experimentado nunca. Siempre le había dicho que había atropellado su vida, pulverizando todas sus reglas.

Ni siquiera la había investigado, como solía hacer con todos los que entraban en contacto con él. Ella le había contado que era profesora de guardería por las mañanas y que llevaba una floristería por las tardes y la había creído.

Cuando salieron juntos la primera noche, Hannah había dejado claro que no habría una relación porque él vivía en el mundo extraño y desconocido de las altas finanzas, aunque Raiden insistió en decir que la atracción que había entre ellos era el puente entre todas sus diferencias.

Hizo falta un primer beso para que aceptase que lo que había nacido entre ellos era imparable. Y a partir de esa primera noche habían

mantenido una aventura incendiaria.

Luego, tras cinco meses de delirio, una inexplicable discrepancia había llevado a desentrañar una ingeniosa telaraña de fraudes, con un asombroso veredicto: que su identidad había sido inventada antes de conocerlo.

Todo había sido una trampa, empezando por el accidente de coche. Hannah debía haber sido enviada por algún rival para espiarlo y, en la intimidad, le había contado muchos de sus secretos. Fuera lo que fuera lo que buscaba, podría haberlo descubierto.

Nadie había usado información privilegiada contra él, de modo que o Hannah no había descubierto lo que buscaba o estaba esperando el momento adecuado para pasarle esa información a quien la hubiese contratado. O para chantajearlo a él.

Fingiendo que no pasaba nada, Raiden la llamó y ella se mostró tan alegre y simpática como siempre. Hasta que le dijo que lo sabía todo. Entonces su tono cambió, convirtiéndose en el de una extraña cuando le preguntó si prefería que lo llamase Relámpago o si había dejado atrás ese nombre cuando escapó de la organización.

Y Raiden entendió que aquello era peor que el peor de sus miedos.

No se trataba de espionaje industrial. No era eso lo que buscaba, sino su más letal secreto: su anterior identidad. Ella sabía que si lo delataba, delataría también a sus hermanos. Y la organización los quería muertos.

Se le había helado la sangre en las venas cuando, terminando con la farsa, hizo sus demandas: dinero a cambio de su silencio.

Cincuenta millones de dólares.

Furioso, él le había asegurado que no negociaba con extorsionadores, los liquidaba. Y lo mejor que podía hacer era guardarse para sí misma lo que sabía.

Sin dejarse asustar por sus amenazas, le había asegurado que no la encontraría y que no tenía intención de exponer públicamente su secreto, solo necesitaba el dinero, que era calderilla para él. Además, nunca le pediría más ni mantendría sus secretos como una espada de Damocles sobre su cabeza. Una vez se hubiera completado la transacción, podría olvidarse de ella para siempre.

Aunque la amargura y la furia lo consumían, la fría lógica le decía que, aunque no podía confiar en su instinto con ella, sí confiaba en el instinto de supervivencia de Hannah. Ella sabía que podía ser letal y no se arriesgaría a volver a extorsionarlo.

Una simple transferencia terminaría con esa catastrófica brecha de seguridad para él y sus hermanos.

Pero si de verdad necesitaba el dinero la ayudaría. Si le decía que la habían obligado a espiarlo y que no todo había sido una mentira…

Su necesidad de mirar para otro lado lo enfureció aún más y, para terminar con aquel sórdido interludio, hizo la transferencia a la cuenta en un paraíso fiscal que ella le había indicado, una que nadie podría localizar y no volvió a verla. Era como si nunca hubiera existido.

Pero no todo había terminado. Para él no.

Su obsesión por ella seguía atormentándolo y le clavaba sus garras

cuando estaba triste. Era en esos momentos cuando anhelaba volver a verla, la única mujer que había tocado algo dentro de él, sentirla entre sus brazos, tocando su alma, la pasión encendiendo sus anhelos. La maldecía por seguir necesitándola…

Pero su rabia iba dirigida contra sí mismo por no haber sido capaz de detectar la menor traza de mentira en ella. Y por seguir inexplicablemente envuelto en su hechizo.

Intentando sacudirse esos pensamientos, Raiden salió del salón para buscar a esa mujer que le había despertado una reacción tan parecida.

Scarlett Delacroix había salido a la terraza y bajaba la escalera hacia el jardín japonés. A la luz de la luna, sus rizos rojos eran el único toque de color y calor en la monótona escena. La falda de su vestido negro flotaba tras ella como un trozo de la noche adorando su lujuriosa figura.

Notando que sus guardaespaldas también la observaban, Raiden esperó hasta que cruzó el puente de madera en dirección al cenador y tomó la dirección opuesta.

En unos minutos, entraba en el edificio por la puerta trasera y la encontró mirando por una de las ventanas.

Era increíble. Su reacción ante ella era idéntica a su reacción a Hannah, cuando físicamente no podían ser más diferentes. Pero no podía sacudirse esa sensación o resistirse al poderoso impulso.

Y salió de entre las sombras para acercarse a ella.

Sin darse la vuelta, ella lo miró de soslayo. No había la menor duda, había sentido su presencia, esperando que diera el primer paso.

Nadie, ninguna mujer, ni desde luego Hannah, lo habían tratado nunca con tal desdén.

Raiden se detuvo a unos centímetros de ella, inclinándose para hablarle al oído:

–¿Por qué está aquí y no en el salón, disfrutando de la adulación colectiva?

Sin mostrar indicación alguna de que su proximidad la afectase, ella respondió:

–No había notado tan generalizada fascinación, pero solo he venido para respirar un poco de aire fresco y estar sola un rato. Soy un poco claustrofóbica, siento aversión por los salones abarrotados de gente.

–¿Es eso o está haciéndose la dura con Hiro? Si se ha alejado para comprobar hasta dónde había clavado su gancho, ¿es una desilusión para usted que no haya venido a buscarla?

–No, en absoluto, señor Kuroshiro. Pero la cuestión es por qué está usted aquí. ¿Por qué no está en el salón, recibiendo felicitaciones y promesas de obediencia? ¿Debo suponer que mi supuesto gancho se ha clavado en usted?

–Desde luego que sí, señorita Delacroix –Raiden decidió arriesgarse–. ¿O debería decir señorita McPherson?

Durante unos segundos no hubo reacción alguna por su parte, pero luego giró la cabeza para clavar en él sus burlones ojos de un azul vibrante.

–¿He oído bien? ¿Está dando a entender que soy otra persona? ¿Alguien

a quien usted conoce? Eso es algo que no me había pasado nunca.

Raiden estaba deseando tocarla, y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener la tentación.

–¿Porque los hombres suelen decirte que no te pareces a ninguna otra mujer? Sigues siendo única, tanto que ni una cara y un cuerpo diferentes han podido evitar que te reconociese.

Lo había dicho y sonaba ridículo. La lógica le decía que no podía ser, pero el instinto era muy diferente. Y Raiden siempre hacía caso de su instinto.

Ella enarcó una ceja en un gesto de incredulidad.

–¿Esto es un juego? ¿Quiere que finja ser esa mujer y ser usted otro hombre también? ¿Un hombre libre que puede estar con una completa extraña? –ella se volvió del todo para mirarlo–. Sabía que a los japoneses les gustaban los juegos de roles, pero no se me habría ocurrido pensar que a usted le gustasen también. ¿Es así como se relaja un multimillonario?

Parecía absolutamente serena, y Raiden esbozó una sonrisa.

–Tu interpretación es impresionante, pero siempre fuiste la mejor impostora que he conocido nunca.

De repente, en sus ojos apareció un brillo de interés.

–¿Y se ha encontrado a muchas?

–Cientos. Y las he reconocido a metros de distancia. Solo tú me engañaste hasta el final, pero ahora conozco tus artimañas.

Ella sacudió la cabeza, como si se hubiera cansado del juego, mirándolo con un brillo nuevo en los ojos.

–Usted no necesita eso para acercarse a mí, señor Kuroshiro. Ya estoy interesada.

Eso era algo que Raiden no había esperado escuchar. Aunque no esperaba nada de ella, estaba volando a ciegas.

–¿Ah, sí?

–Supongo que le ocurre a muchas mujeres –ella suspiró–. Una pena que esté comprometido.

–¿Eso importa?

–Imagino que a alguien como usted no le importa. Supongo que no se ata a ninguna regla ni pregunta a nadie para tomar decisiones.

–¿Sabes eso sobre mí?

–Quiere decir que la señorita McPherson sabe eso sobre usted.

–¿Vas a seguir fingiendo que no eres ella?

La mujer suspiró de nuevo.

–Ya le he dicho que estoy interesada. Y como estar comprometido no parece ser un problema para usted, parece que estamos de acuerdo: esto sería algo intenso y temporal. La única clase de relación a la que yo estoy abierta.

–¿Hiro no ha reservado un sitio para ti en su cama?

–Hiro, como todo lo demás en mi vida, no es asunto suyo. Hago lo que me place y nadie tiene derecho a impedírmelo.

–Seguro que Hiro no lo sabe. O sí lo sabe y tú sigues lanzando la caña. Y mientras esperas hasta que se trague el cebo, te apetece un poco de diversión, ¿es eso?

–¿Por qué no? No tengo ningún compromiso con nadie lo miró a los ojos–. Pero ya está bien de este juego de roles. Hablaremos cuando decida hablar conmigo, no con su amiga imaginaria.

Se dio la vuelta para salir del cenador, el pelo como una llama flotando tras ella, una diosa de la noche disolviéndose en sus dominios, dejándolo perplejo.

¿Acababa de hacer el ridículo? Todas las pruebas decían que sí. Su instinto, sin embargo, le decía lo contrario.

Exasperado fue tras ella y la tomó por la cintura, apretándola contra su torso para buscar sus labios. A la luz dorada de las linternas del jardín, sus ojos azules sostenían los suyos con una seriedad que contrastaba con el gemido que no había podido disimular. Y Raiden aplastó sus labios, tragándose ese embriagador sonido.

Ella abrió la boca, como para buscar aliento, y su lengua se deslizó sinuosamente entre sus labios, pero ella no protestó; al contrario. Le devolvía el beso, rindiéndose, claudicando.

Era su sabor, su inimitable calor.

Era ella.

La bestia que había estado clavando sus garras en él durante cinco años por fin se liberó. La devoró, todo dentro de él rugía al recordarla. Raiden ponía en ese beso cada minuto de privación, de soledad, de desperación. Pero deseaba más.

Entonces, de repente, disgustado consigo mismo por la única debilidad de su vida, se apartó de aquel cuerpo que parecía derretirse con sus caricias.

Dando un paso atrás, casi trastabillando de sorpresa, ella se apoyó en la pared, intentando disimular su agitada respiración.

Luego, con esos labios que acababa de besar, dijo con una voz calmada, serena… pero la de ella al fin.

–¿Qué me ha delatado?

Capítulo Dos

–Todo.

La palabra explotó en el silencio del jardín, reverberando en el aire, amarga, cargada de cinco años de furia.

Pero nada en su postura o su mirada denotaba la menor agitación; solo el ligero temblor de sus labios, hinchados de sus besos, traicionaba su reacción.

Verlo no parecía afectarla en absoluto. ¿Y por qué iba a hacerlo? Había ido a la fiesta de compromiso para verlo, era él quien se había llevado la sorpresa de su vida.

–Los dos sabemos que eso no puede ser verdad. Ni siquiera yo reconozco a la mujer que me mira desde el espejo.

Tenía razón. Incluso de cerca no había la menor traza de Hannah McPherson, su traidora amante. Él había cambiado de aspecto para borrar cualquier recuerdo del pasado, pero ella tenía unas facciones diferentes. Incluso su complexión parecía diferente. Hannah tenía la piel de alabastro, no bronceada como aquella mujer. Y el bronceado parecía natural, su piel como aterciopelada miel.

Y el color rojo de su pelo también parecía natural, cuando Hannah era rubia. Todos esos cambios eran artificiales, pero su cuerpo… la madurez y los tacones explicaban las curvas y la estatura. Sin embargo, aquella mujer no se parecía nada a la que había estado en su cama cada noche durante cinco meses, la mujer cuyo cuerpo había explorado centímetro a centímetro.

Raiden inclinó a un lado la cabeza, desdeñoso.

–Imagino que esta sorprendente transformación se ha pagado con mi dinero.

Su expresión seguía siendo tranquila.

–Pero me has descubierto –dijo, suspirando–. Me hice unas operaciones carísimas para reconstruir mi rostro, pero no costaron cincuenta millones de dólares. Todo costó alrededor de un millón, dos más para financiar la creación de mi nueva identidad, con toda la historia y los documentos necesarios.

–De modo que aún te queda dinero. ¿O lo has invertido y te has hecho multimillonaria? ¿Es así como has entrado en el círculo de Hiro, a través de una puerta que solo puede abrir el dinero?

Ella bajó la mirada durante un segundo antes de volver a fulminarlo con sus ojos azules.

–En realidad, me choqué con él.

–Así que sigues usando tus viejos métodos –murmuró Raiden, intentando disimular su rabia.

–¿Por qué cambiar si me funciona? –de repente, su expresión de volvió distante–. Fue un choque diferente, pero igualmente efectivo. Y aunque yo puse tu dinero a buen recaudo, tú sigues convirtiendo en oro todo lo que tocas.

Raiden apretó los puños.

–Parece que no te importa dejar al descubierto tus maquinaciones.

Ella se encogió de hombros.

–Ya me has descubierto y sigo esperando a que me digas cómo.

–Tus ojos.

Scarlett lo miró, burlona.

–Es lo que más me he operado. No creo que sean reconocibles.

–He reconocido el color.

–No puedes haberme reconocido solo por eso.

–Es un color único y cambia de tonalidad según tu estado de ánimo. Solían fascinarme sus fluctuaciones porque pensé que correspondían a tus cambios de emoción, pero luego descubrí que no tenías ninguna y eran solo respuestas a las variaciones de la luz.

Había un brillo de sarcasmo en esos hermosos ojos que tenían un aspecto diferente y, sin embargo, eran iguales para él.

–¿Estás diciendo que me has descubierto por el color de mis ojos?

–Te he sentido.

Esa respuesta borró el brillo retador de sus ojos. Lo había arrinconado para que admitiese que seguía teniendo poder sobre él y que incluso sin pruebas había sabido que era ella.

Después de admitirlo, podía llegar hasta el final.

–Te he sentido antes de verte del brazo de Hiro. Ni siquiera un disfraz de un millón de dólares ha sido capaz de borrar la huella que has dejado en mí –le confesó–. ¿Esa historia te parece más plausible, más satisfactoria?

Ella apartó la mirada.

–No sabía que hubiera dejado una marca tan indeleble. Por eso pensé que podría venir aquí esta noche, que no había peligro de que me reconocieras. He visto a mucha gente que me conocía bien en mi… pasada encarnación, y nadie ha sido capaz de ver el menor parecido.

–Yo no soy como los demás.

Ella asintió con la cabeza.

–Me habían dicho que en tu previa encarnación eras un ninja, y yo pensaba que era una exageración, pero ahora veo que no es así.

–Tenías razones para pensar que era mentira, porque mis sentidos quedaban incapacitados contigo. Durante cinco meses no supe que estabas mintiéndome.

Ella inclinó a un lado la cabeza, la melena cayendo por su hombro desnudo.

–Siempre me he preguntado qué fue lo que me delató.

Raiden no iba a darle la satisfacción de saber que había sido una pura casualidad lo que por fin lo había alertado y no su supuesta infalibilidad.

–¿Quieres descubrirlo para no repetir el error? Lo siento, tendrás que seguir preguntándotelo y preocupándote.

–Nunca he estado preocupada. Incluso en las raras ocasiones en las que meto la pata, siempre consigo compensarlo. Como hice contigo.

Cómo había descubierto Hannah cinco años atrás que la había descubierto seguía siendo un misterio, y buscar la respuesta había retrasado su objetivo de encontrar a su familia.

Luchando contra el deseo de obligarla a contárselo, Raiden intentó fingir desinterés.

–¿Y ahora? ¿Cómo vas a compensarlo en esta ocasión?

Ella suspiró.

–Habría sido mejor para todos que no me hubieras reconocido.

–Cuando dices «todos», ¿te refieres a ti?

–No, a todos, empezando por ti.

–¿Quieres decir que conocer tu identidad también es un peligro para mí?

–Es un peligro para ti… exclusivamente –antes de explicar tan extraña frase, añadió–. Y no conoces mi verdadera identidad.

Raiden dio un paso adelante. Sentía que estaba perdiendo de nuevo y no podía permitirlo.

Pero lo lamentó de inmediato. Aunque había cambiado de perfume, su aroma seguía siendo vital, embriagador. El exacto bouquet, el único que activaba su libido.

–Sé que esta identidad es fabricada, como la anterior, así que explícame por qué podría ser un peligro para mí.

–Para mí sería un inconveniente, pero eres tú quien más tiene que perder. Además, ¿por qué querrías hacerlo público?

–Para evitar que engañes a Hiro.

–¿Por qué crees que quiero engañarlo? ¿Porque crees que te engañé a ti?

–¿No me engañaste? –exclamó él, incrédulo–. ¿Cómo llamas entonces a lo que pasó? –Raiden hizo un gesto con la mano, como diciendo que ya no tenía importancia–. No sé lo que estás haciendo, pero sea lo que sea es un delito.

–¿Esconder mi identidad? Tú haces lo mismo –ella sonrió–. Y no cometí ningún delito contigo. En realidad, te ayudé.

Raiden la miró, incrédulo de nuevo.

–Sí, claro, engañándome durante cinco meses y luego dejando un agujero de cincuenta millones de dólares en mi cuenta. Menuda ayuda.

–No es un delito engañar a un estafador. Me enviaron para descubrir a un asesino que estaba haciéndose pasar por un honrado empresario. Los delitos estaban en tu pasado, no en el mío.

Raiden la miró, atónito. Creía que lo había chantajeado porque estaba en una situación precaria o porque se dedicaba a eso para ganarse la vida, pero siempre había pensado que si la confrontación hubiese tenido lugar cara a cara y no por teléfono Hannah no se habría atrevido.

Pero aquella mujer con carácter de acero podía mirar a los ojos de los monstruos con los que él había tenido que lidiar sin pestañear siquiera. Si podía desconcertarlo con tal facilidad cuando él se creía invulnerable, nadie podría con ella.

Raiden sacudió la cabeza.

–Yo no elegí a mi antigua persona, no era el auténtico yo. Este nuevo que he creado sí lo es, pero no creo que tú puedas decir lo mismo. Así que llames como llames a lo que haces para ganarte la vida, yo te llamaría chantajista profesional. No sé lo que tienes en mente con Hiro, pero no voy a dejar que lo engañes como me engañaste a mí.

Hablaba con el tono que usaba con sus enemigos, esperando romper su compostura, y se quedó asombrado cuando ella lo miró a los ojos, sin amilanarse.

–Solo puedes detenerme si descubres mi identidad, y no puedes hacerlo porque eso significaría descubrir la tuya.

–¿Estás amenazándome?

–Eres tú quien me ha amenazado. Solo digo que te conviene no decir nada. ¿Por qué crees que te lo he contado?

–Porque piensas que no puedo hacer nada.

–Si quieres que lo que yo sé permanezca enterrado, no dirás nada.

–Entonces, estás amenazándome.

Ella lo miró, exasperada.

–Una vez prometí que no sería un problema para ti y pienso cumplir mi palabra. Mira, Raiden, eres tú quien tendrá problemas, y no creo que sea buena idea ahora que estás a punto de conseguir la familia y el estatus social que has deseado toda tu vida.

El corazón a Raiden le dio un vuelco dentro del pecho. ¿También sabía eso? ¿Quién era esa mujer?

Aunque le sorprendía, era comprensible. Aquella mujer había descubierto todos sus secretos y, sabiendo el acuerdo que tenía con Megumi y su padre, que había sido anunciado junto con el compromiso, debía haber sumado dos y dos.

Tenía sentido, pero seguía enojándolo que supiera tanto sobre él, cuando él no sabía nada sobre ella, salvo que seguía teniendo un extraño poder sobre él.

Como si le hubiera leído los pensamientos, ella lo miró a los ojos.

–Sé que quieres castigarme, pero si lo hicieras ensuciarías la perfecta imagen que tanto te has esforzado en crear. Y eso es lo que ocurriría si descubrieses mi identidad. No puedes decir que sucumbiste a un chantaje, porque todos pensarían que intentas esconder algo terrible. ¿Eso es lo que quieres que ocurra?

Raiden sintió una oleada de furia y algo intenso que no había sentido desde niño: impotencia.

Todo lo que decía era cierto. Cualquier cosa que hiciera contra ella podría explotarle en la cara y el resultado sería un desastre para él. Y no solo para él, sino para sus hermanos, de modo que no podía hacer nada.

–¿Por qué no me dejas estar y sigues adelante con tu vida? No debes permitir que nadie sabotee eso que tanto te ha costado lograr.

Tenía razón.

–Te dejaré estar con una condición: que te alejes de Hiro. No voy a dejar que lo explotes como hiciste conmigo.

Parecía que, por fin, había logrado sorprenderla. Sus ojos, esos ojos en los que, a pesar de todo, querría ahogarse, se abrieron de par en par.

–¿De verdad te preocupa Hiro? Pensé que siendo tu mayor rival estarías encantado de que una desgracia cayese sobre él.

–Prefiero batir a mis adversarios por méritos propios, no quiero hacerlo de manera deshonrosa.

–No sería deshonrosa si alguien lo hiciese caer por ti.

–Lo sería si yo supiera del peligro y no le avisase.

–Entonces es una cuestión de honor, ¿no? De verdad estás llevando al límite lo de integrarte en la sociedad japonesa.

–Puede que tú nunca entiendas lo que es el honor, pero es lo más importante para mí, y haría lo que fuese por salvaguardar el mío, aunque eso represente un riesgo.

Raiden sostuvo su incandescente mirada, que fluctuaba con el brillo de las linternas del jardín, la suya llena de desprecio.

Por fin, ella sacudió la cabeza.

–No tienes que hacer eso. Y no tienes que preocuparte por Hiro, yo nunca le haría daño.

Raiden tuvo que apretar los dientes. Cómo lo había dicho y ese brillo en sus ojos… Hiro le importaba de verdad.

Los recuerdos se clavaron en su corazón como garras. Una vez lo había mirado a él con esa misma emoción…

Pero su habilidad de proyectar sinceridad era increíble, y podría estar haciendo lo mismo en aquel momento. Seguramente, así era.

–Piensas que estoy mintiendo y yo no puedo convencerte de lo contrario, pero antes de que alguien te vea conmigo y provoques un escándalo, te haré un favor, me iré. Así podrás olvidarte de mí otra vez.

Se dio la vuelta, pero se detuvo en el umbral del cenador, el fresco aire de la noche haciendo volar el cabello rojo alrededor de su cara.

Antes de que Raiden pudiese ir tras ella, como le pedían todas las células de su cuerpo, su voz le llegó ronca, suave, como durante sus noches de pasión en Nueva York:

–No te lo vas a creer, Raiden, pero… me ha gustado mucho volver a verte. Esta vez al menos puedo decirte adiós.

Scarlett se alejó, sus tacones repiqueteando sobre el puente de madera.

Cuando Hiro la llamó unas horas antes para que le acompañase a la fiesta de compromiso de Megumi Hashimoto, no había querido ir. Pero Hiro le contó lo que le había escondido durante los últimos meses: por qué iba a organizar aquella fiesta de compromiso y para quién. La mujer a la que amaba se había comprometido con otro hombre para cumplir los deseos de su familia y quería demostrarle que no iba a llorar su pérdida, que tenía una exótica belleza en quien poner el afecto que ella había rechazado.

Y luego le había dicho el nombre del hombre por el que había perdido a aquella mujer: Raiden.

Después de eso, había deseado ir a la fiesta.

Durante los últimos tres años, tras reaparecer con su nueva identidad, había visto a Raiden varias veces, pero siempre de lejos. Él había sido la razón, aunque indirecta, por la que había ido a Japón.

De modo que se había vestido como Hiro le pedía y había hecho el

papel que quería que hiciese cuando se acercó a Raiden y su prometida. Entendía el sufrimiento de Hiro al lado de Megumi porque el suyo se había intensificado al acercarse a Raiden. Verlo cara a cara después de tanto tiempo había sido como un golpe en el corazón.

Ni por un segundo había pensado que podría ver algún parecido entre aquella mujer y Hannah, delgada, rubia, siempre vestida de manera informal. Incluso cuando la siguió al cenador pensó que estaba persiguiendo a la que creía novia de Hiro. El Raiden que ella conocía no habría traicionado a un adversario de ese modo, pero podría haber cambiado en esos cinco años.

Pero entonces él la había mirado a los ojos y la fuerza de voluntad, lo único que la mantenía en pie, había caído estrepitosamente.

Había sido bien entrenada, con brutales pruebas, y sabía interpretar un papel a la perfección. Había estado en situaciones peores, pero ninguna la había afectado tanto como el tiempo que estuvo con Raiden.

En el cenador, había usado sus maniobras de seguridad para disimular su agitación, ofreciendo una de sus reacciones mecánicas ante cualquier peligro. Pero entonces Raiden la había tomado entre sus brazos y sus besos la obligaron a dejar de fingir.

Lo que había ocurrido después había sido una agonía, pero esperaba haber sido capaz de mantener cierta semblanza de tranquilidad e indiferencia.

Una sola cosa la mantenía en pie mientras se alejaba de Raiden: saber que se había dado por enterado de la advertencia y la dejaría en paz. No volvería a verlo y si se vieran él fingiría que eran dos desconocidos.

Pero podía sentir su mirada hasta que entró en la casa, bombardeándola con su rabia y su desprecio.

Cuando llegó a la limusina de Hiro apenas tenía fuerzas y, después de darle su dirección al conductor, se echó hacia atrás en el asiento, con los nervios destrozados, temblando como una gelatina.

Exhalando un suspiro, intentó disfrutar de las luces de Tokio. Pronto dejó de intentarlo, resignada a no ver nada más que el rostro de Raiden.

¿De verdad habían pasado cinco años? Todo lo que había ocurrido mientras se reinventaba a sí misma la hacía sentir como si hubieran sido cincuenta. Pero los recuerdos eran tan intensos que podrían haber pasado cinco días desde la última vez que se vieron. No había olvidado nada. Su belleza era tan indescriptible como recordaba y su efecto en ella igualmente abrumador.

Cuando la enviaron a espiarlo solo sabía que era un multimillonario americano de origen japonés. Su negocio era impecable y su vida personal aburrida. Su madre era una mujer soltera que murió cuando él tenía diez años y vivió con una familia de acogida hasta cumplir los dieciocho. Luego había viajado por todo el mundo antes de irse a Estados Unidos a los veintiséis años, donde se había hecho multimillonario. Tenía veintinueve cuando se conocieron. A los treinta y cuatro estaba en la cima del mundo junto a un puñado de hombres como Hiro.

Pero su reclutador estaba convencido de que Raiden era un asesino y había sido enviada a intimar con él para conseguir pruebas. Y lo había

hecho. Raiden le había dado total acceso a sus dominios y ella había usado su entrenamiento para encontrar informes secretos y conseguir pruebas.

Pero solo después de años de investigación había unido todas las piezas de su vida. Lo que ni él mismo sabía cuando estaba con ella. Solo unos meses antes había descubierto cómo y por qué se había convertido en un ninja asesino llamado Relámpago.

Tenía dos años cuando perdió a su familia en un terremoto en la provincia de Akita y lo llevaron a un albergue donde estuvo durante dos años. Pero su extraordinaria agilidad había despertado el interés de un reclutador de la organización, una operación secreta que secuestraba niños para convertirlos en mercenarios que ejecutaban operaciones de alto riesgo para el mejor postor. Fingiendo ser un pariente, el reclutador lo había vendido a la organización.

Era uno más de cientos de niños secuestrados por todo el mundo, escondidos en una zona remota de los Balcanes, entrenado a golpes y moldeado hasta que empezó a tomar parte en misiones secretas bajo la estricta vigilancia de sus captores.

La muerte era el castigo para cualquier intento de insubordinación, pero él había sido uno de los pocos que logró escapar y sospechaba que algunos, o incluso todos sus socios en la multinacional Castillo Negro, eran compañeros de prisión.

A menudo se había preguntado si había elegido el nombre de Raiden, el dios del trueno y el relámpago en Japón, para reflejar su nombre en clave cuando era un guerrero ninja, convencido de que nadie lo conectaría con su antigua identidad. Era ingenioso y, después de todo, era un nombre relativamente común. En cuanto a Kuroshiro, significaba literalmente «castillo negro».

El conductor había abierto la puerta sin que ella se diera cuenta, tan perdida estaba en sus pensamientos.

Intentando calmarse y olvidar el pasado, le dio las gracias mientras salía del coche y entró en el edificio de apartamentos en el que vivía.

Mientras entraba en el ascensor para subir a la planta treinta, se sintió agradecida a Hiro por poder estar allí. La había ayudado a alquilar aquel apartamento.

Scarlett suspiró de alegría al entrar en ese capullo que la aislaba de todo, con una exquisita mezcla de muebles modernos y tradicionales objetos japoneses. Quitándose las altísimas sandalias, dejó escapar un gemido de alivio cuando sus pies tocaron el tatami. Caminar descalza sobre ese suelo era pura fisioterapia.

Dejó el chal en el perchero, solo quería lanzarse en la cama japonesa y caer en coma. Era una bendición no tener que trabajar al día siguiente.

Con un poco de suerte, después de un día en pijama recuperaría algo de la tranquilidad que tanto le había costado conseguir. Una normalidad que ver a Raiden había pulverizado.

Pero, de repente, se detuvo, experimentando una sensación electrizante en la espina dorsal. Todos sus sentidos alerta, diciéndole que no estaba sola.

–Bienvenida a casa, cariño.

Capítulo Tres

Con el corazón en la garganta, el miedo mezclándose con la incredulidad, la angustia y la emoción, Scarlett se dio la vuelta.

Raiden.

Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se encendieron al respirar su aroma, tan familiar como el suyo propio. Lo había sido durante cinco ardientes meses de pura pasión, antes de que se viese obligada a romper el lazo. Había estado sangrando por dentro desde entonces.

No sabía cómo había entrado allí, pero por lo que había descubierto en la constante, obsesiva investigación de su pasado, Raiden podía hacer cualquier cosa.

En cuanto a por qué estaba allí, daba igual. Era una oportunidad más de estar a su lado, una oportunidad que había pensado no volvería a tener nunca. Un inesperado y preciado regalo.

Aunque, a juzgar por su tono sarcástico y amargo, eso era lo último que Raiden quería.

De hecho, seguramente estaba allí para eliminar el peligro. Ella era la única que conocía su pasado, los secretos que había hecho todo lo posible por enterrar. Su existencia era una amenaza para la vida que se había forjado desde que escapó de la organización.

Pero, aunque había asesinado a incontables personas, y en su opinión seguramente lo merecían, no temió ni por un segundo por su propia vida. Aquel hombre letal no la asustaba en absoluto.

Nada la asustaba en realidad. Con la existencia que había llevado, nunca había valorado su vida tanto como para temer por ella. Solo había temido por él.

–¿Te duelen los pies, cariño?

Una oleada de nostalgia hizo que cerrase los ojos y contuviera el gemido que estuvo a punto de escapar de sus labios.

Darle la bienvenida a casa, llamarla cariño y amor… eran las mismas frases que había usado la última noche, en su ático de Nueva York, cinco años antes. Era la primera vez que le decía esas cosas… fuera de la cama.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Raiden se tomaba en serio la relación… una relación que pronto se vería obligada a romper.

Incapaz de elegir el momento, esa noche lo había amado con toda la pasión de la que era capaz, disfrutando de cada segundo como si fuese el último. Pero ni siquiera en sus peores pesadillas había esperado que fuese verdad, que el día siguiente todo terminaría entre ellos. De la peor manera posible.

Y, cuando así fue, creyó que no volverían a verse.

Pero habían vuelto a verse y el puente entre el pasado y el presente

había sido reconstruido. Porque parecía haberlo marcado como Raiden la había marcado a ella.

Ya le había dicho que así era como la había reconocido en el cuerpo de otra mujer, y eso la había dejado sorprendida. Aunque hubiera sentido algo por ella en el pasado, o más bien por la persona que estaba interpretando, creyó que la recordaría con rabia y odio. Jamás se le ocurrió pensar que Raiden podría estar obsesionado con ella.

Pero estaba recitando las mismas palabras que le había dicho la última vez que se vieron, de modo que así era. Que hubiera memorizado esas frases dejaba claro que su intención era vengarse.

Pero si lo hiciera, ella no sería la única en pagar. Raiden estaba en una posición muy delicada, y cualquier reacción impulsiva le haría más daño que a ella. Después de lo que había hecho para protegerlo no podía dejar que lo tirase todo por la ventana. Lo protegería de nuevo, a cualquier coste.

Sintiendo el calor de su cuerpo en la espalda, se dio la vuelta muy despacio. Estaba nerviosa y no quería terminar en el suelo en lugar de en la cama, como había planeado.

Pero estuvo a punto de hacerlo cuando lo miró a los ojos.

Había hecho lo imposible: convertirse en un hombre más magnífico que antes. Sus facciones habían ganado con la madurez, y sin duda seguiría siendo así. Se había convertido en un semidiós, como su nombre.

Y en aquel momento… no debería ser posible, pero parecía incluso más atractivo que una hora antes. Se había quitado la chaqueta del esmoquin y un par de botones de la camisa estaban desabrochados, mostrando la bronceada piel de su torso. Tenía los hombros anchos, el abdomen duro como una piedra…

Si provocaba esa reacción con la ropa puesta, no quería ni pensar qué haría estando desnudo.

Pero era su rostro lo que siempre la había atraído más que nada. El pelo meticulosamente cortado, negro como ala de cuervo, liso y ligeramente despeinado, le daba un aspecto salvaje. Sus altos pómulos parecían más prominentes, los almendrados ojos de color caramelo echaban fuego, los labios esculpidos eran más eróticos, el cuadrado mentón más masculino.

En resumen, era suficiente para hacer que perdiese la cordura. Aunque no tenía mucha en lo que se refería a él.

Solo con estar a su lado, solo pensar en él, hacía que se derritiese.

Raiden la miró de arriba abajo y su voz de barítono casi hizo que ardiera por combustión espontánea.

–El cirujano no solo te ha hecho una mujer completamente diferente, sino la más bella posible.

Ella sostuvo esa mirada de desdén con aparente ecuanimidad. Aunque por dentro temblaba, inyectó en su voz una total inexpresividad.

–Los cirujanos, en plural. El resultado es un esfuerzo de colaboración en varios pasos, pero fui yo quien les dio este modelo. Necesitaba ser bella.

–Siempre fuiste bella.

Su corazón se olvidó de latir, pero sabía que no había ninguna evidencia exterior del efecto que ejercía en ella.

–Pero no así.

–¿Necesitabas aumentar tu belleza para tener más efecto? Pensé que sabías por experiencia que la belleza exterior solo atrae a los hombres temporalmente, lo que los atrapa para siempre es el cerebro y las tretas femeninas.

–Y ahora tengo el paquete perfecto, pero la belleza sola abre muchas puertas.

–Puertas que podrían causar problemas.

Ella lo miró, intentando mostrarse serena.

–Para las inocentes cuya belleza es un problema que las convierte en objeto de explotación. Yo, por otro lado, soy una profesional que usa su atractivo como exige cada situación. Escondo mi aspecto o incluso reniego de él cuando quiero y lo utilizo al máximo cuando me hace falta.

Había un brillo ardiente en los ojos de Raiden, aunque su expresión era helada.

–Debe de ser muy liberador poder jactarte de tus estrategias con alguien a quien ya has engañado. Alguien que no puede compartir esa información con futuras víctimas.

–No me estoy jactando de nada, solo son hechos –antes de que Raiden pudiera responder, ella siguió–: Ahora es mi turno de hacer preguntas.

–Como pareces saberlo todo sobre mí, la única pregunta que falta es cómo he llegado aquí.

–Lo sé todo sobre ti salvo eso –asintió ella–. ¿Cómo has llegado antes que yo? ¿Y cómo estás en mi apartamento sin forzar la puerta? ¿Has escalado hasta el piso treinta?

–Al contrario de lo que se ve en las películas, los ninjas no hacen trucos arriesgados por gusto. Usamos el camino que ofrece menos resistencia siempre que es posible.

–No recuerdo que un ninja haya sobornado nunca a un conserje.

–No voy a decirte cómo he llegado hasta aquí. No voy a compartir más secretos contigo y tú no vas a descubrir ninguno más por tu cuenta.

Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos.

–Seguro que no has probado el sushi de Hiro ni bebido una gota de *shochu*. Y yo tampoco.

Raiden enarcó una ceja, sorprendido por el cambio de tema. Pero antes de que pudiese decir nada, ella se dio la vuelta para ir a la cocina.

Una vez allí, lo miró por encima del hombro.

–Parece que va a ser una noche muy larga. ¿Quieres comer algo?

Raiden observó a la mujer con la que había soñado durante cinco años moverse en el cuerpo de una extraña.

Y su propio cuerpo rugió de rabia… y de deseo. No había nada de sensato en cómo lo hacía sentir. Nunca lo había habido y siempre sería así.

Verla de nuevo le encendía la sangre y el deseo de pedirle explicaciones lo volvía loco. Solo podía especular sobre sus actos y sus intenciones, sin tener un solo hecho concreto con el que saciar su enloquecedora sed.

Si sus hermanos y él habían borrado sus pasados y creado unos nuevos, con identidades perfectamente verificables, ella los había superado a todos. Lo que ellos habían hecho solo una vez, ella lo había hecho tantas

veces que parecía como si nunca hubiera tenido una identidad original.

En cuanto al tiempo que estuvieron juntos, que lo había marcado como ninguna otra cosa en su existencia de pesadilla, solo tenía teorías, no respuestas claras para satisfacer su incertidumbre. ¿Por qué? ¿Por qué y para quién había hecho lo que había hecho?

Necesitaba saber la verdad para protegerse contra cualquier brecha de seguridad en el futuro.

Raiden se dirigió a la cocina a paso lento, pensativo, y la encontró moviéndose de un lado a otro, con el pelo sujeto.

Scarlett se volvió a mirarlo por encima del hombro, señalando la isla.

–Siéntate, no tardaré mucho.

Raiden se acercó a ella, haciendo un esfuerzo para no tomarla entre sus brazos.

Trabajaba a toda velocidad, con movimientos precisos, deteniéndose solo para apartarse algún mechón rebelde de la frente.

–¿No te parece raro estar haciéndome la cena?

–¿Por qué? Te he invitado a cenar muchas veces.

–Entonces eras otra mujer. No, en realidad solo interpretabas un papel. Tenías que satisfacer mi hambre para poder engañarme. Y lo hiciste, de modo que ya no hay razones para seguir haciéndome la cena.

Ella lo miró por encima del hombro.

–Es lo mínimo que puedo hacer después de dejar un agujero de cincuenta millones de dólares en tu bolsillo.

–Ah, una cena de cincuenta millones de dólares –Raiden se apartó antes de perder la batalla y devorarla allí mismo–. Espero que sea realmente buena.

–Lo será –afirmó ella.

De nuevo, con esa enorme seguridad. Nunca había sido así en el pasado. Claro que entonces no conocía a la auténtica… ¿Hannah, Scarlett?

Solo estaba haciendo el papel de florista y profesora de guardería que decía no estar a la altura. En realidad, tal vez lo contrario era cierto.

Scarlett sirvió dos platos y se sentó frente a él mientras Raiden seguía observándola, preguntándose si aquella era la verdadera mujer o solo otro papel.

–Come, estás muerto de hambre –dijo, enarcando una elegante ceja.

Él exhaló un suspiro. Seguía sorprendiéndolo con cada palabra, con cada gesto.

–¿Y cómo lo sabes?

–He calculado que llevas cinco horas sin comer. Te vi por primera vez hace cuatro horas y no creo que hubieras comido nada una hora antes de la fiesta. Recuerdo tu necesidad de comer cada tres horas por la cantidad de ejercicio que haces y por ese metabolismo que tienes. Pareces comer la mitad del peso de mi cuerpo cada día y con ese aumento de masa muscular, debes estar en números rojos ahora mismo.

Lo estaba, en todos los sentidos. Y no había comido desde el desayuno. Había pensado que su falta de apetito se debía a la fiesta de compromiso, pero era una alarma. Había estado anticipándola a ella.

Scarlett empezó a comer y, claudicando, Raiden hizo lo propio.

En cuanto lo que había en el plato rozó sus papilas gustativas, un involuntario gruñido de hambre y admiración escapó de su garganta.

–¿Qué es esto?

–*Nasu dengaku.*

–¿Qué?

Ella esbozó una sonrisa.

–No sabes nada de la cocina japonesa, ¿verdad?

Raiden tuvo que apretar los labios para contener el absurdo deseo de devolverle la sonrisa.

–Solo mi aspecto es japonés, ya lo sabes. Pasé mis primeros veinticuatro años sin identidad y luego, cuando escapé, me convertí en americano. Aprendí todo lo que pude sobre Japón antes de venir, pero nada puede reemplazar al conocimiento de primera mano.

Ella asintió con la cabeza, sus brillantes ojos azules haciendo esa hipnótica danza.

–Es un país complejo, una mezcla de modernidad y tradición con muchas variantes. Necesitarás al menos seis meses para acostumbrarte a las cosas más comunes, y un año para sentirte cómodo del todo.

Si no la conociera pensaría que estaba dándole un buen consejo para integrarse en la sociedad japonesa. Pero él sabía que no era así. Entonces ¿qué estaba haciendo? Sin duda, interpretando otro papel.

El instinto jamás le había fallado salvo con ella. Aquella mujer era absolutamente indetectable.

–¿Hablas por experiencia?

–Yo llevo aquí un año –con la cabeza inclinada sobre el plato, su sedoso pelo rojo brillaba como el fuego bajo las luces de la cocina–. Ten en cuenta que pueden pasar años antes de que estés integrado por completo. La buena noticia es que hablar japonés acortará ese proceso. A mí me sirvió.

¿Hablaba japonés? Aquella mujer estaba llena de misterios.

–Yo cuento con más factores para acortar el proceso. Tendré una esposa japonesa, algo que tú no has tenido.

–No, desde luego que no tuve una esposa japonesa –replicó ella, burlona.

Raiden le sostuvo la mirada y el deseo de preguntar se volvió irresistible. No una de la docena de preguntas que le daban vueltas en la cabeza, sino la que le formaba un nudo en la garganta.

–¿Algo de esto es… real? –murmuró, señalando alrededor–. Sé que tu pasada identidad era un fraude. ¿Esta nueva persona también lo es?

En lugar de responder, ella bajó la mirada y siguió comiendo.

Raiden comió también porque la comida era deliciosa y estaba hambriento. Luego ella levantó los ojos.

–En realidad, nunca actué contigo. Aparte de la pretensión de ser quien no era, con todo lo que eso conlleva, mis actos, mis palabras, lo que hacía contigo, todo eso era real para mí.

El corazón de Raiden se aceleró.

–Sí, seguro.

Ella asintió con la cabeza, como aceptando que era ridículo.

–Tú has preguntado y esa es la respuesta. Eres libre para aceptarla o no,

como quieras.
–No la acepto.
–Muy bien.
Cuando terminó de comer, Raiden volvió a levantar la cabeza.
–¿Qué es lo que acabo de comer?
–Berenjena a la plancha marinada en una mezcla de *hacho-mismo, shiro-miso,* jengibre y semillas de sésamo tostadas. Es uno de mis platos favoritos.
–Y acaba de convertirse en uno de los míos –Raiden se echó hacia atrás en el taburete–. ¿Algo más? Aunque estaba riquísimo, necesito mi ingesta de calorías.
–Por supuesto. Eso solo era un aperitivo.
Scarlett se levantó para preparar y servir dos platos más y el postre.
Raiden tenía que hacer un esfuerzo para no dejarse tragar por la irreal sensación de estar con la misma mujer a la que una vez había deseado con todas las fibras de su ser, compartiendo una cena en su casa. Lo único que le perturbaba era que cada vez tenía más hambre. De ella.
Antes de que el ansia se apoderase de él, se levantó para ayudarla a meter los platos en el lavavajillas. Y luego se volvió hacia ella.
–Esto ha sido inesperado e innecesario. Y, desde luego, no es lo que había venido a buscar, pero gracias de todas formas.
Ella arrugó la nariz.
–No me debes nada y no me darías las gracias aunque te hubiera salvado la vida, pero si intentabas ser amable te ha salido fatal.
–No estaba intentando ser amable. Como tú misma has dicho, no te debo nada.
–Pero se lo debes a tu prometida y a Hiro y has sido grosero con ellos. Eso no se acepta en la sociedad japonesa. La amabilidad es fundamental, y cuanto más alto llegas en la sociedad, más importante es. Si no puedes ser amable con tu prometida y el hombre que te ha prestado su mansión para organizar la fiesta de compromiso, tienes un serio problema.
–Y eso lo dice una gran actriz. Tal vez deberías darme lecciones.
–Tal vez debería.
Sus miradas se encontraron durante un largo minuto, pero antes de hacer algo que lamentaría después, Raiden por fin le preguntó lo que se decía a sí mismo que necesitaba saber.
–Antes has dicho que habías sido enviada para delatarme como asesino. Explícamelo.
Ella se encogió de hombros.
–¿Qué hay que explicar?
–Todo.
–No tengo tiempo para generalizaciones, así que dime exactamente lo que quieres saber.
Conteniendo el deseo de lanzar un rugido de rabia, Raiden le preguntó:
–¿Quién te envió?
–Boris Medvedev.
Que su respuesta fuese tan inmediata, tan sucinta, le habría sorprendido. Pero ese nombre fue como un puñetazo. De hecho, incluso

dio un paso atrás.

Medvedev, su guardián, el que le habían asignado cuando tenía diez años. Raiden había pasado catorce terribles años bajo el ojo y el látigo sádico de aquel hombre.

Medvedev había sido brutalmente castigado cuando «perdió» a Raiden. Todos los guardianes fueron castigados cuando lograron escapar del Castillo Negro. Su hermano Rafael había sufrido mucho porque consideraba a Richard Graves su mentor. Raiden, sin embargo, se había alegrado con toda su alma al saber que Medvedev había sido castigado y degradado. Le debía a ese hombre un dolor y una humillación que nada podría satisfacer nunca.

Pero Medvedev no era solo un sádico, sino un obsesivo. Por eso, escapar había sido más difícil para él. Seguro que había sido Medvedev quien había seguido buscando cuando los demás se habían rendido, para vengarse. Y, sobre todo, para reinstaurarse a sí mismo en la organización. Aunque Medvedev era otro secuestrado, sufría el síndrome de Estocolmo y se había integrado totalmente con sus captores. La organización, y su posición en ella, lo eran todo para él.

Pero él había pensado que incluso Medvedev había abandonado la búsqueda. Claramente, había subestimado su obsesión. Su antiguo guardián lo conocía tan bien que sospechaba de Raiden Kuroshiro. Increíble.

Pero las sospechas no habrían bastado y solo una prueba sólida habría sido suficiente para la organización.

De modo que, cinco años antes, Medvedev la había enviado a ella, sin duda la mejor en su campo, para que encontrase esas pruebas. Y las había encontrado.

Que Medvedev no hubiera hecho nada con ellas demostraba que Scarlett había cumplido su parte del trato, pero había muchas cosas incomprensibles en esa explicación.

–Medvedev estaba obsesionado conmigo y debió vigilar todos tus pasos durante esos cinco meses. Supongo que te pediría informes de tus progresos y pruebas de que habías encontrado algo.

–No le di ninguna –respondió ella, sus ojos volviéndose de color índigo.

–¿Y él seguía financiando tu vida de ficción? ¿Durante cinco meses, sin ninguna prueba de que su dinero iba a servir para algo?

–Sí.

–¿Y cuando le dijiste que había sido una pista falsa, que yo no era quien él esperaba, Medvedev no sospechó que estabas engañándolo? No me lo creo.

–Puedo ser muy convincente. Como tú sabes bien.

Después de decir eso pareció dar la conversación por terminada y pasó a su lado para salir de la cocina.

–Yo no he terminado –Raiden la tomó del brazo.

Aunque era más pequeña sin los tacones y parecía extrañamente vulnerable, la energía que había en sus ojos era lo más poderoso que había visto nunca.

–Yo sí.

–Tal vez, Scarlett o Hannah, o como te llames, pero no hemos terminado.

Empujado por cinco años de traición y frustración, Raiden la sentó sobre la encimera y tiró hacia arriba del vestido negro, dejando al descubierto unas piernas bronceadas, que abrió para colocarse entre ellas.

Luego, sostuvo su mirada durante un tempestuoso minuto, pero los ojos de Scarlett parecían gritar: «hazlo, hazlo».

Y lo hizo. Se lanzó sobre ella, aplastando sus labios con los suyos.

Un grito escapó de su garganta mientras se tragaba sus gemidos, sellándola con sus labios, clavando los dientes en ellos, llenándola con su lengua una y otra vez, invadiéndola. Su rendición fue como una apisonadora para lo que le quedaba de razón.

Deslizó las manos por su cuerpo, loco por los recuerdos, enterrándose en su ansiado calor centímetro a centímetro. Quería tenerla jadeando debajo de él.

Deslizó una mano entre sus piernas abiertas para tocar los labios íntimos a través de las bragas, haciéndola gritar, antes de apartar la prenda con los dientes, sin dejar de mirarla a los ojos. Los suyos siempre le habían dicho exactamente lo que sentía, lo que quería. Eran más potente que cualquier droga, y seguían siendo así.

Hannah siempre había sido habladora en la cama, corroborando las confesiones, las exigencias, de su cuerpo. En aquel momento no decía nada y, sin embargo, su cuerpo hablaba por ella mientras arqueaba la espalda, las piernas temblando sin control, su centro húmedo de deseo.

Estaba lista para él, como siempre. Se había preguntado muchas veces si eso sería parte de su increíble habilidad para el subterfugio, si tenía un truco para conseguir parecer excitada y tener orgasmos.

Pero a él le habían parecido reales y se lo seguían pareciendo. Estaba tan desesperada como él, temblando, la respiración agitada, la piel sudorosa, rogándole en silencio que la poseyera, su enloquecedor aroma perfumando la habitación y llenándole los pulmones.

Raiden se incorporó entre sus piernas, liberando su erección, dura como el acero, antes de empujarle las rodillas hacia arriba, abriéndola del todo para él.

Sosteniendo su mirada, que se había convertido en un infierno azul cobalto, la penetró sin más preliminares, poniendo todo el ansia que había guardado durante cinco años en aquella embestida.

El grito de Scarlett ante tan abrupta invasión fue como una lanza al rojo vivo en su cerebro. Lo envolvía como un guante, su humedad haciendo que ardiese hasta que pensó que no quedarían de él ni las cenizas.

Durante unos momentos de delirio, se quedó dentro de ella, en el más íntimo de los abrazos, sabiendo que aquello era todo lo que siempre había deseado.

Luego, deseando conquistarla y perderse en ella, se apartó para volver a embestir una y otra vez, cada vez más fuerte, más rápido. Los gritos de Scarlett puntuaban cada embestida y cada vez se hundía más, cegado por el deseo de hacerla suya, de enterrarse en ella hasta que no quedase nada.

Cuando llegó a lo más hondo, ella se arqueó, sus músculos internos

cerrándose a su alrededor con insoportable fuerza, en su rostro una agónica urgencia, todos sus músculos al borde del paroxismo. La última embestida hizo que explotase, gritando de gozo.

Y él se lo dio todo, se dejó ir mientras todo su cuerpo explotaba en el más poderoso orgasmo que había sentido nunca, incluso con ella. Sus fieros gruñidos eran un eco de la desesperación que sentía mientras los últimos espasmos sacudían su cuerpo de arriba abajo.

Se liberaba en ríos de ardiente lava hasta que sintió que no le quedaba esencia.

Raiden dio un paso atrás. En cuanto lo hizo, ella bajó de un salto de la encimera y empezó a alisarse la falda del vestido con la mano. En unos segundos, era como si nada hubiera pasado.

Raiden se subió la cremallera del pantalón y guardó los faldones de la camisa con contenida violencia antes de dirigirse al salón para tomar su chaqueta.

Una vez en la puerta se volvió para mirarla. La mujer a la que había conocido como Hannah respiraba agitadamente, el rostro que había visto enfebrecido de pasión unos minutos antes convertido en una máscara de belleza inanimada.

Con una última mirada desdeñosa, le dijo:

–Ahora hemos terminado.

Capítulo Cuatro

Scarlett se sentía como muerta.

Habían terminado.

Su explosivo encuentro era lo que había anhelado durante cinco interminables años, proporcionándole una satisfacción que solo él podía darle. Pero ella había querido más, mucho más. Toda una noche entre sus brazos. Una noche para adorarlo y entregarse a una intimidad que solo había tenido con él, que nunca podría tener con ningún otro. Había querido guardar un intenso recuerdo que la ayudase a soportar el desierto que había sido su vida antes y después de él.

Buscar obsesivamente su pista en los últimos cinco años era lo único que evitaba que esa llama se extinguiera para siempre. Mientras él estuviera a salvo, eso era suficiente.

Pero entonces había aparecido en su casa y la había hecho suya, algo que ni siquiera se había atrevido a soñar, y mientras estaba entre sus brazos, sus ojos quemándola con feroz ansia, una loca esperanza había aparecido en la triste vida a la que se había resignado.

Poder tenerlo de nuevo, sin necesidad de esconderle nada, durante toda una noche, más si él quería, ese era su sueño.

Pero no había sido eso para Raiden. Él quería olvidarla, necesitaba romper aquello para siempre. Y lo había hecho. Por fin había salido de su vida, como ella quería. Al fin podía vivir en paz.

Pero el delicioso interludio había terminado de una forma tan triste, y Raiden estaba tan disgustado consigo mismo…

El teléfono le sonó en ese momento, y Scarlett contestó, agradeciendo la distracción. Era Hiro, su amigo.

–He besado a Megumi.

Tras un segundo de sorpresa ante esa confesión, Scarlett sonrió.

–Y yo pensando que tenía que disculparme por haberme ido de la fiesta sin decírtelo… al final, parece que te hice un favor.

–¿Por qué dices eso?

–En cuanto desaparecí fuiste a buscar a la mujer de tus sueños e hiciste lo que deberías haber hecho hace mucho tiempo.

–No es cosa de risa, Scarlett –Hiro parecía a punto de sufrir un infarto.

Nunca dejaría de asombrarla que el implacable empresario pudiera ser tan diferente en persona. Con ella siempre era un encanto, pero cuando se trataba de Megumi el pobre se deshacía.

Aunque nadie lo creería. Los japoneses no eran dados a expresar sus sentimientos, ni siquiera con sus personas más queridas. Seguramente porque era una *gaijin* y una amiga que no tenía contactos con otras personas de su círculo, Hiro se sentía a salvo con ella y podía mostrarle

una cara que no mostraba a los demás. Claro que, además, habían compartido una experiencia tremenda que los convirtió en amigos para siempre.

Pero, por fin, Hiro había dado un paso hacia la mujer de sus sueños. Scarlett no entendía por qué no lo había hecho antes, pero él se lo contaría cuando lo considerase oportuno. O no. En cualquier caso, ella seguiría a su lado sin hacer preguntas.

–Me he saltado las reglas y he comprometido su buen nombre. Ha sido una falta de respeto y he traicionado la confianza de Kuroshiro… ha sido un completo desastre.

Su voz sonaba ahogada. De verdad estaba angustiado y la llamaba para contárselo porque era una carga insoportable.

Scarlett desearía poder decirle que no debía sentir remordimientos por Raiden, pero aunque esa era una gran preocupación, lo que de verdad angustiaba a Hiro era lo que pensaba haberle hecho a Megumi.

–¿Y ella te ha devuelto el beso?

Esa pregunta pareció escandalizarlo.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Qué más da si lo ha hecho?

–Es muy importante. ¿Te ha devuelto el beso o no?

Hiro exhaló un suspiro.

–Se derritió entre mis brazos, como yo siempre había soñado, pero eso no significa nada.

–¿Cómo que no? ¿Es que no sabes nada sobre las mujeres? Eso es lo único importante. Si Megumi te ha devuelto el beso es porque te quiere.

Ella había hecho lo mismo con Raiden, pensó, recordando el calor de sus labios, el placer que le había dado devorándola sin preliminares, como si no pudiera esperar, como si no pudiera seguir respirando si no la hacía suya inmediatamente.

Siempre había sido embriagador estar con él, pero su mayor placer era someterse a su dominación, como había hecho la noche anterior.

–Pero Megumi parecía… asombrada –siguió Hiro.

–Pues claro que sí, porque nunca le habías demostrado tu amor y, de repente, en su fiesta de compromiso, te la comes a besos.

–Le he mostrado mis sentimientos durante los últimos seis meses, cada vez que la veía. Pero mi padre pertenecía a la *yakuza* y el padre de Megumi jamás le permitiría casarse conmigo.

Era la primera vez que Hiro admitía que su difunto padre había sido miembro de la mafia japonesa, y Scarlett decidió no preguntar más.

–¿Habías hecho algo antes de anoche?

–He intentado verla tan frecuentemente como era posible.

–¿Y ella lo sabía? Tal vez hayas escondido tan bien tus intenciones que Megumi no se daba cuenta.

–Me he hecho socio de todas las organizaciones benéficas en las que colabora, aunque no tienen nada que ver con mis intereses. Megumi debe saber que lo he hecho por ella.

–O no.

–También he mencionado muchas veces que sería el momento perfecto para casarse y ella parecía compartir mi interés. Estaba reuniendo valor

para pedir su mano… pero hace una semana fue anunciado su compromiso con Kuroshiro, un hombre al que había conocido unos días antes. Un hombre que su padre aprueba.

De modo que el compromiso era muy reciente.

–Mira, Hiro, la joven a la que conocí anoche se siente insegura a pesar de su belleza. Seguramente no podía creer que un hombre como tú estuviese interesado en ella. Tal vez necesitaba una acción más directa, no todas esas pistas tan elaboradas. Te aseguro que estaba muy agitada cuando fuimos a saludarla a ella y… al señor Kuroshiro.

–No parecía agitada –dijo Hiro.

Scarlett suspiró.

–Eso demuestra lo poco que sabes de las mujeres. Lo estaba y era por ti. Parece que este es un trágico caso de falta de comunicación.

–Y ahora es demasiado tarde –dijo Hiro, entristecido–. Debería haberte pedido consejo antes. Y lo he empeorado todo besándola… yo había esperado seguir viéndola alguna vez, pero ya no puede ser. La he perdido para siempre.

Scarlett iba a protestar, pero recordó que Megumi era la prometida de Raiden, la mujer con la que se casaría en diez semanas. Tenía que casarse con Megumi por una razón que solo ella conocía.

Y Raiden no dejaría que nadie se pusiera en su camino.

Era mejor para Hiro olvidar a Megumi, porque de verdad la había perdido.

Le gustaría poder abrazar a su amigo, con el que tenía más en común de lo que había pensado. Los dos amaban a una persona a la que no podían tener, y la ironía era que esas dos personas iban a casarse. Pero él estaba en peor situación porque pensaba que podría haberse casado con ella de haber actuado de otra forma. Ella, por otro lado, siempre había sabido que no había ninguna posibilidad de tener a Raiden para siempre.

–Lo siento mucho, Hiro –murmuró–. No sé si esto te sirve de consuelo, pero creo que Megumi siente lo mismo que tú. Por lo que vi anoche, creo que te habría elegido a ti si pudiera, y no creo que hayas comprometido su honor por besarla. Sencillamente, le has hecho saber que la deseas por ella, no por su familia. Y eso es algo que guardará en su corazón toda la vida.

Después de eso, Hiro cambió abruptamente de conversación, como si no pudiera seguir hablando de Megumi. Pero era demasiado amable como para cortar la comunicación, y Scarlett lo hizo por él, alegando que tenía mucho trabajo.

Por su tono cuando le dijo adiós parecía haber dicho lo que debía, porque la angustia de Hiro fue sustituida por una insoportable tristeza.

Perder a una persona querida era una experiencia terrible, ella lo sabía bien, pero nada le había dolido más que perder a Raiden.

Y no podía hacer nada al respecto.

Tenía que terminar su último proyecto y luego podría irse de Japón. Después de lo que había pasado con Raiden, no podía quedarse allí. Una cosa era estar en el mismo país que él, saber que iba a casarse, incluso verlo de lejos cuando pensaba que no podría reconocerla.

Pero lo había hecho, sabía dónde vivía y había vuelto a estar con él.

No podría soportar verlo de nuevo, aunque fuese por casualidad. Echaría mucho de menos a Hiro, pero perder a su amigo era el precio que debía pagar.

No se quedaría para ver los albergues de Kyoto terminados. Pensar en todos los esfuerzos que había hecho cuando se unió a UNICEF para ayudar a las familias que habían perdido su hogar después del último terremoto: abrir oficinas, buscar ayudas, construir casas. Tendría que marcharse cuando había pensado vivir allí varios años más. Solo le quedaban unas semanas, días si era posible.

Entonces no habría peligro de volver a ver a Raiden. Y todo habría terminado para siempre.

Raiden miraba por la ventana de sus nuevas oficinas en el centro de Tokio, intentando controlar sus locos sentidos, sin conseguirlo.

Estaba furioso consigo mismo. Había ido a su casa sin ser invitado y había sucumbido a su deseo por ella. Incluso sabiendo quién era… o peor, no sabiendo nada sobre ella salvo que todo era mentira. Y no podía dejar de revivir cada segundo de ese encuentro.

Debía admitir una cosa: no habían terminado.

Tenerla una vez no era suficiente. Necesitaba más. Era imperativo que la sacara de su vida, y solo podría hacerlo cuando se cansase de ella. El deseo había estado consumiéndolo durante cinco años, y en aquel momento era un incendio que comprometía su cordura.

Solo había una forma de terminar con aquello: dejarse llevar por el deseo hasta el final, devorándola hasta que estuviera saciado.

Y tenía que hacerlo. Necesitaba resolver aquello antes de su boda. No iba a dejar que nada pusiera en peligro sus planes, empezando por su propia debilidad. Todo aquello por lo que había trabajado tanto durante esos años estaba en juego.

Llevaba años buscando a su familia, desde que escapó de la organización. Desde entonces se había unido a sus hermanos, que escaparon antes que él, y pusieron en marcha la multinacional Castillo Negro.

Había tardado algún tiempo en ajustar sus métodos ninja al mundo de los negocios, pero buscar a su familia siempre había sido su mayor preocupación. La única ocasión en la que se olvidó de ello fue cuando estaba con Hannah, cinco años antes.

Por fin, unos meses antes, después de años de investigación y con la ayuda de sus hermanos, especialmente Rafael Moreno Salazar, había sabido quién era y cómo le había secuestrado la organización.

Pero aunque ellos no sabían la identidad de sus padres, Raiden no podía dejar que los Hashimoto supieran que él era el niño perdido. Estaba seguro de que la organización jamás había olvidado su caso y podrían sumar dos y dos si sus orígenes se hacían públicos. Un niño perdido en un terremoto que volvía con una familia tan prominente como los Hashimoto y siendo además un famoso empresario… sin duda alguien haría la deducción

correcta.

Ya había estado a punto de caer cinco años antes, con Hannah… o Scarlett. Y sabiendo que Medvedev estaba buscándolo, era más imperativo que nunca mantener el secreto.

No podía arriesgar a su recién encontrada familia. Los Hashimoto estaban entre un puñado de personas emparentadas con la familia imperial, y su apellido tenía mil años de historia. Si descubrían algo sobre su pasado, lo rechazarían de inmediato. Les daría igual que no hubiera sido decisión suya. Solo había samuráis en el linaje de los Hashimoto, los ninjas eran anatema para ellos.

Pero durante toda su vida Raiden había soñado con reclamar su apellido y ocupar su sitio en la sociedad japonesa. De no haber sido por el desastre que le robó a su familia y lo dejó presa de aquellos que lo explotaron durante veinte años, así habría sido, y nada evitaría que consiguiese su objetivo.

Pero como era imposible contarle a su familia que él era el legítimo heredero, había trazado otro plan que aseguraría sus objetivos sin divulgar su verdadera identidad.

Había descubierto que las adopciones de adultos eran algo normal en Japón, especialmente que el yerno adoptase el apellido de su mujer, convirtiéndose en el cabeza de familia cuando no había herederos varones. Como el primo de su padre, Takeo Hashimoto, tenía una hija soltera, Raiden había decidido casarse con ella y, a través del matrimonio y la adopción, convertirse en un marido adoptado.

Había puesto su plan en acción un mes antes, cuando fue a Japón para conocer a Takeo Hashimoto. Cualquier familia de la clase alta japonesa querría un magnate de su calibre como marido adoptado. Raiden estaba seguro de que su tío haría una oferta, y así había sido. Le había ofrecido la mano de Megumi, el apellido Hashimoto y un puesto como líder al timón del negocio familiar.

Raiden había aceptado y, por fin, solo quedaban unas semanas para reclamar todo lo que había perdido, todo lo que era suyo por derecho.

Lo único que se interponía en su camino era su obsesión por Scarlett. Y no había más remedio que librarse de esa obsesión.

Una hora después estaba en la limusina, su conductor y guardaespaldas americano, Steve, fumando un cigarrillo mientras esperaban.

De repente, sus sentidos se pusieron alerta y un segundo después la vio saliendo del edificio frente al que habían aparcado.

De nuevo, la había sentido antes de verla.

Scarlett lo vio de inmediato y se detuvo.

Sosteniendo su mirada, Raiden abrió la puerta de la limusina.

–Sube.

Ella subió a la limusina con paso tranquilo, pausado. Los transeúntes que pasaban por la acera se detenían para mirar, fascinados, a la mujer *gaijin*.

Raiden se apartó un poco para hacerle sitio, mirándola ansioso mientras doblaba su elegante cuerpo para sentarse a su lado. Su calor y el aroma de su perfume lo envolvieron, haciendo que tragase saliva.

Parecía diferente aquel día, otra mujer. Nada que ver con la mujer fatal de la noche anterior. Una mujer trabajadora que vestía de forma práctica, sin una gota de maquillaje, con zapatos de tacón bajo y el pelo sujeto en una coleta. Pero podría llevar la más erótica lencería o incluso estar desnuda por cómo las hormonas se le alteraban.

Raiden esperó un segundo antes de apoderarse de sus labios y Steve arrancó de inmediato, levantando el cristal que los separaba, como Raiden le había ordenado.

–Tengo que hacerte una oferta –le dijo, cuando por fin pudo apartarse.

–Estoy escuchando –murmuró ella. Lo había dicho con aparente calma, pero Raiden sabía que estaba deseando saber de qué se trataba.

–Te quiero en mi cama cada noche, empezando hoy mismo. Hasta que me case. Puedes pedirme lo que quieras.

Scarlett se quedó en silencio tras tan concisa proposición. Luego, por fin, se volvió hacia él. Sus ojos azules brillaban como el fuego en la penumbra de la limusina, las ventanillas tintadas separándolos del resto del mundo.

–¿No crees que un momento de pasión es una cosa y una aventura algo muy diferente?

Raiden se encogió de hombros.

–No sería una aventura, sino un acuerdo. Un acuerdo puramente sexual.

Ella bajó la mirada un momento antes de levantarla de nuevo.

–¿Y tu compromiso, tu prometida?

–Megumi solo quiere honrar a su familia casándose con un hombre influyente para tener herederos. Ella, como yo, espera que vivamos vidas separadas y solo habrá intimidad entre nosotros para tener hijos.

–¿Ya habéis empezado a practicar?

Raiden frunció el ceño. Después de estar con ella, la idea de acostarse con Megumi le llenaba de revulsión.

–No, claro que no. No debe preocuparte que esté contigo después de haber estado en la cama de otra mujer. Como en el pasado, solo estaré contigo –Raiden apartó la mirada–. No sé qué hiciste entonces, pero también espero que no haya otro hombre en tu vida.

–En Nueva York solo estaba contigo.

Y, por alguna razón, aunque sabía que seducía a los hombres para ganarse la vida, Raiden la creyó.

El silencio se alargó de nuevo hasta que solo quería abrazarla y exigir que le dijera lo que estaba pensando. Pero se contuvo, recordándose a sí mismo que lo que sentía era el producto de una intensa lujuria. Una vez que esa lujuria hubiera sido satisfecha, todo lo demás desaparecería.

–Debes prometer que estarás a mi disposición durante las próximas diez semanas.

–¿Quieres decir que creerías en mi palabra?

–Sí.

–¿Y puedo pedir lo que quiera?

–Lo que quieras.

–¿Aunque te pidiese otros cincuenta millones de dólares?

–Sí.

Durante el tiempo que durase aquello iba a dejarse llevar por el deseo,

decir y hacer todo lo que se le pasara por la cabeza, sin control, sin premeditación. Se lo daría todo. Esa era la única manera de purgarla de su mente, la única forma de sobrevivir.

–Te pagaré esa cantidad por adelantado.

–¿Cómo puede un empresario pagar tan desorbitada cantidad por adelantado? ¿Y cómo sabes que no voy a desaparecer con el dinero, como hice en Nueva York?

–Lo sé por dos razones: la primera, que cumpliste la promesa que me hiciste hace cinco años, de modo que pareces tener cierto código de honor. La segunda y más importante es que no querrás marcharte. Yo estaba ahí anoche, ¿recuerdas? Me deseas tanto como yo a ti. Puede que te desprecie, puede que crea que todo lo que hubo entre nosotros era mentira, pero sé que la parte física es real.

–¿Lo crees de verdad?

El tono provocador hizo añicos su control y se dejó llevar, sentándola sobre una erección de acero que la hizo suspirar.

–Sé que soy el mejor amante que has tenido nunca, que no has encontrado nada parecido a lo que hubo entre tú y yo. Y que después de anoche quieres más.

Sosteniendo su hipnótica mirada, Scarlett asintió con la cabeza.

–Entonces, dame más, Raiden. Ahora.

–Sí –el monosílabo escapó de su garganta mientras se liberaba del pantalón y la levantaba por la cintura para colocarla sobre la gruesa cabeza, rasgando sus bragas de un tirón.

La erección temblaba contra los húmedos labios, haciendo que Scarlett le clavase las uñas en los hombros.

–Ahora, Raiden, ahora.

Raiden tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerse cuando ella misma lo colocó en su entrada.

Era tan estrecha como siempre, y eso lo había vuelto incoherente de placer, llevándolo a pináculos de increíble gozo. Como la noche anterior.

Siempre sería así. El aroma de su húmeda excitación empezaba a invadir el interior de la limusina, haciendo que perdiese la cabeza.

–Estás tan húmeda –susurró, mientras Scarlett se abría para él, quemándolo con su calor–. Me gusta tanto.

Scarlett dejó escapar un gemido mientras se abría paso en su interior, ensanchándola hasta el máximo de su capacidad.

Raiden deslizó el pulgar entre los húmedos pliegues para tocar el capullo escondido y ella gritó, apretándolo más, tomándolo más, como enfebrecida.

Era tan hermosa. Ese esbelto cuerpo necesitaba su invasión para sentirse plena. Siempre sería así para Raiden. Ella era la única mujer a la que deseaba, daba igual su aspecto o quién fuera.

–Perfecto –murmuró, apretando los dientes para controlar la avalancha de sensaciones–. Tú eres perfecta.

Sus halagos la humedecieron aún más, permitiendo que entrase suavemente en su interior.

–Tan ardiente, tan fuerte, tan profundo… estás dentro de mí. Tómame,

hasta el fondo… –murmuraba una y otra vez, tirándole del pelo.

Raiden sabía que eso hacía que el placer fuera más explosivo y su cuerpo lo corroboraba apretándolo, temblando, al borde del orgasmo. Aún no se había enterrado del todo y también él estaba a punto de explotar.

Estaba demasiado excitado, pero no iba a dejarse ir sin estar enterrado del todo en ella, como Scarlett le pedía, le exigía. Como él necesitaba.

Sujetando sus caderas, se echó hacia atrás para alterar el ángulo del descenso, haciendo que se abriese del todo. Y un grito escapó de su garganta cuando se hundió en ella hasta la raíz.

La sensación era cegadora, pero se apartó, haciéndola gritar de nuevo. Y cuando volvió a empujar, Scarlett cayó hacia delante. Raiden empezó a moverse rápidamente, apretando sus caderas. El placer empezaba en el punto en el que estaban conectados y se extendía por cada centímetro de su cuerpo.

–Por favor… –Scarlett se echó hacia delante para buscar sus labios, agarrando su pelo mientras lo montaba, suplicándole que terminase con su tormento–. Voy a terminar otra vez, Raiden, por favor, córrete conmigo…

Él perdió la cabeza; el deseo de terminar, de vaciarse dentro de ella, era casi insoportable, y empujó hacia arriba una y otra vez hasta que por fin se puso tensa y explotó en otro orgasmo que provocó el suyo.

Todo se convirtió en un borrón mientras la hacía gemir de placer con cada descarga.

–¡Hannah! –el grito de éxtasis sonaba primitivo a sus propios oídos mientras derramaba su semilla como un surtidor de agonizante placer.

Después, estaba exhausto, gastado. Scarlett cayó sobre él, apretando la cara contra su cuello empapado de sudor.

La limusina ondulaba suavemente por las calles de Tokio mientras ellos, como la noche anterior, intentaban recuperar el aliento. Seguían vestidos, unidos solo por sus partes íntimas, y eso lo hacía increíblemente erótico.

Por fin, él buscó sus labios como para consolarla después del increíble interludio que, de nuevo, no había planeado.

–Llámame Scarlett –susurró ella.

–¿Es tu nombre de verdad?

–No, pero significa algo para mí.

¿Qué era? ¿Y cuál era su verdadero nombre? ¿De dónde había salido? ¿Se lo contaría alguna vez? ¿Debería exigir que se lo contase?

No, la suya solo sería una relación sexual, nunca iría más allá. Una vez había pensado que sería así, pero estaba equivocado. No había sitio en su vida para alguien como ella, y estaba seguro de que tampoco en la vida de Scarlett había sitio para alguien como él.Con cuidado, se apartó, y la ayudó a arreglarse la ropa.

En unos minutos estaba de nuevo sentada a su lado, peinándose la coleta como si no acabase de arder entre sus brazos.

Raiden le apartó un mechón de pelo de la frente y esbozó una sonrisa cuando la sintió temblar.

–Espero que estés satisfecha.

Los ojos de Scarlett se oscurecieron.

–Pero quiero más.

Raiden sintió una punzada de satisfacción porque estaba seguro de que lo decía en serio. No tenía ninguna razón para mentir, porque ya le había ofrecido todo lo que podría querer por adelantado.

–Solo tienes que darme tu palabra y tendrás diez semanas más. Con un enorme incentivo económico… para poner las cosas en perspectiva.

Sus ojos se volvieron opacos, haciendo que lamentase esas ultimas palabras. Pero antes de que pudiese retirarlas, ella por fin asintió con la cabeza.

–Pero como es por una buena causa –empezó a decir Scarlett– ¿qué tal si doblamos esa cantidad?

Capítulo Cinco

–¿Lamentas perder una suma con tantos ceros? –Scarlett deslizó las manos por el cuerpo semidesnudo de Raiden mientras le susurraba al oído.

Él siguió inmóvil, mirando la espectacular bahía de Tokio al atardecer por el ventanal de su ático.

Durante las últimas tres semanas, desde que empezó aquel acuerdo, la esperaba allí cada noche, impaciente, urgente, voraz.

Se había convertido en un ritual nocturno. Scarlett iba a su ático, del que le había dado una llave, para reunirse con él y hacer el amor casi hasta el amanecer.

Había alquilado el ático, a unas manzanas de su apartamento, al día siguiente para aprovechar al máximo el tiempo que estuvieran juntos.

Antes de ir, Scarlett pasaba por su apartamento para tomar una bolsa de viaje. Cuando se iba, antes de que llegase la empleada de hogar, no dejaba ninguna prueba de su paso por allí, nada que delatase que Raiden compartía el ático con una mujer.

Siempre estaba hambriento de ella al final del día. Scarlett trabajaba en una zona devastada por el último terremoto en el noreste de la isla de Honshu y el trabajo de campo era agotador. Trescientas mil personas seguían viviendo en tiendas de campaña y había más de diez mil niños huérfanos, el foco de su trabajo. Estaban construyendo albergues y necesitaba dejarlo todo preparado antes de irse de Japón.

Era necesario que se fuera. El día que todo terminase con Raiden se iría de Japón para no volver jamás.

Hasta entonces, se veían todos los días, o más bien todas las noches. Durante el día, cada uno hacía su trabajo, pero las noches le pertenecían a ella.

Luego, por las mañanas, se separaban para ir cada uno a su trabajo y no se veían en ningún otro sitio. No había almuerzos ni cenas ni salidas al teatro. Tomaban todo tipo de precauciones para que su acuerdo siguiera siendo secreto y Scarlett tenía aún más cuidado que él. Cuando se fuera, quería dejarle solo buenos recuerdos y ningún problema.

Salvo un agujero de cien millones de dólares en el bolsillo.

Seguía pareciéndole asombroso que le hubiese dado esa cantidad de dinero, pero lo había hecho sin pestañear. Allí mismo, en la limusina, le había dado un cheque con fecha del día siguiente.

Cuando mostró su incredulidad porque lo había hecho sin que ella sostuviese una espada de Damocles sobre su cabeza como en Nueva York, Raiden se encogió de hombros, diciendo que tenerla durante esas diez semanas era tan vital para él como lo había sido para ella guardar sus secretos.

Y le había dado esa imponente suma de dinero… para poner las cosas en perspectiva. Para que no confundiese aquello con una relación de verdad.

Podría haberle dicho que no había peligro, pero no lo dijo. No hablaban de nada importante, solo estaban juntos para disfrutar el uno del otro, diez semanas de puro placer.

Aunque sabía que no duraría tanto tiempo. Raiden no podía estar con ella hasta el mismo día de su boda.

Tragándose una angustia que no tenía derecho a sentir, se inclinó sobre el sofá para pasarle las manos por el torso y el abdomen, disfrutando de la aterciopelada piel sobre unos músculos de acero.

Parecía tan distraído que temió ver alguna señal de desinterés, pero se quedó sin aliento cuando bajó la mano y tocó su erecto miembro. Scarlett suspiró, aliviada, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

–Necesito que hagas algo más interesante que mirar por la ventana. Como tomarme ahora mismo, por ejemplo.

–Scarlett…

De repente, el mundo se puso patas arriba. No sabía cómo, pero Raiden la había colocado a horcajadas encima de él. No le había costado el menor esfuerzo catapultarla sobre el sofá. Apenas la había tocado, era como si la hubiese hecho volar.

Sellando su boca con un beso, por fin se apartó para mirarla a los ojos. Y Scarlett se habría quedado así para siempre si pudiera.

Raiden le tomó un mechón de pelo y lo enredó en su dedo, tirando suavemente de él; el tirón haciendo que sintiera un delicioso escalofrío de placer por todo el cuerpo.

Le daba placer con cada caricia, con cada gesto, pero cuando la tomaba la hacía gritar, sujetándola del pelo para que se sometiera a todas sus demandas. Era algo salvaje.

Le gustaría pedirle que se dejara el pelo largo para poder agarrarlo como hacía él mientras la montaba, llevándola más allá del límite.

Pero no tenía derecho a pedirle nada. Y aunque le creciera, ella no estaría allí para verlo.

Megumi sí lo vería. Raiden creía que su prometida soportaría la intimidad con él solo para tener herederos, pero Scarlett estaba segura de que cualquier mujer lo desearía para siempre. Como le pasaba a ella.

–Es demasiado obvio –dijo él, de repente.

–¿Qué?

–Elegir Scarlett porque has decidido ser pelirroja en esta nueva reencarnación.

Parecía estar manteniendo una conversación consigo mismo. ¿Era por eso por lo que parecía perdido en sus pensamientos? ¿Estaba buscando explicaciones a su nombre?

Le había preguntado otras veces y, aunque ella siempre cambiaba de tema, él seguía volviendo al nombre que había elegido para su última, o eso esperaba, identidad. Era como si estuviera intentando agarrar un hilo que lo llevase a desentrañar el misterio. El nombre de una persona podía no decir nada sobre ella, pero si era elegido podría ser una pista que llevase a la verdad. Lo que Scarlett no quería que descubriese.

Pero en lugar de evitar sus preguntas, en aquella ocasión decidió contarle una parte de la verdad.

–Elegí el nombre porque haría pensar a la gente que mis padres me pusieron así por ser pelirroja, pero solo tiene significado para mí.

–¿Y qué significado es ese?

–Me recuerda a mi madre.

–¿Murió hace mucho tiempo?

–Más de veinte años.

Raiden frunció el ceño.

–Entonces debías ser muy joven.

–Era lo bastante mayor como para acordarme de todo.

–No creo que tengas más de veinticinco o veintiséis años.

–Soy mayor de lo que parezco.

En realidad tenía veintinueve años, nueve cuando murió su madre. O más bien cuando perdió a su madre.

No le diría su edad, no iba a darle detalles, pero calmaría su curiosidad con una anécdota.

–El primer cuento que recuerdo es Caperucita Roja. Sigue siendo mi cuento favorito, pero como no podía llamarme Caperucita Roja me puse Scarlett.

En cuanto dejó de hablar, Raiden se apoderó de sus labios en un largo y apasionado beso. Como para recompensarla por haberle contado algo de su vida.

Cuando se apartó, vio algo en sus ojos que no había visto desde que volvieron a encontrarse, pero que había visto cinco años antes, cuando pensaba que era la ficticia Hannah McPherson, la chica alegre y sana que había perdido a sus padres como él: cariño, incluso ternura.

¿Podía estar imaginándolo? No debería.

–Yo tenía dos años cuando mis padres murieron, pero eso ya lo sabes –dijo Raiden.

Scarlett asintió con la cabeza, con un nudo en la garganta al imaginar al niño que había sido. Pero era la primera vez que hablaba de ello. Había pensado que jamás compartiría sus cicatrices con ella.

Empezó a acariciarla mientras hablaba, como perdido en los recuerdos.

–En los dos años que pasé en el albergue nadie me dijo que mis padres habían muerto. Seguramente pensaban que era demasiado pequeño para entender lo que eso significaba o no estaban seguros de que hubieran muerto, no lo sé. Había miles de personas desaparecidas.

Como había ocurrido después del último terremoto. Años después, más de veinte mil personas seguían desaparecidas.

–La organización me secuestró cuando tenía cuatro años –siguió Raiden–, pero tardé mucho en entender que estaba prisionero y que no volvería a ver a mi familia, la familia a la que ahora apenas recuerdo. Tenía veinte años cuando logré escapar.

Incapaz de contenerse, Scarlett lo abrazó para buscar sus labios, como si así pudiera absorber su dolor.

Dejando que lo besara, Raiden la tumbó en el sofá y se colocó sobre ella, su duro miembro apretándola por encima de la ropa. Solo llevaba el pantalón negro; su torso desnudo, de músculos bien definidos e

inimaginable poder, rozando sus pechos.

Pronto tendría que seguir adelante sin él, pero no quería pensarlo. Lo había hecho una vez y actuar como un autómata había sido la única manera de sobrevivir. Pero no sabía si podría encontrar ese consuelo de nuevo.

El corazón le latía con fuerza mientras Raiden empezaba a incorporarse. Incapaz de soltarlo, Scarlett lo agarró por los brazos y Raiden la dejó, rindiéndose como un gran felino disfrutando de las caricias de un admirador.

Pero, de repente, sus ojos tomaron de nuevo esa expresión soñadora.

–Siempre me ponía furioso cuando intentaba recordar a mi familia y era incapaz. Me habría gustado ser mayor cuando los perdí, así al menos tendría recuerdos. Y era tan difícil encontrar una pista –Raiden concentró en ella una mirada llena de ternura–. Pero ahora creo que yo he tenido más suerte que tú. Los recuerdos son más dolorosos que la ausencia de ellos.

Scarlett tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas que amenazaban con asomar a sus ojos.

–Así que tampoco eres pelirroja de verdad.

–No.

Raiden empezó a jugar con su pelo.

–También eras una rubia muy convincente. De hecho, cualquier color te sienta bien.

Scarlett guardó esos halagos para saborearlos cuando ya no estuvieran juntos. Aunque solo estuviese elogiando su aspecto físico, que no era el suyo en realidad.

–Me gusta mucho este color de pelo.

–Pero ahora que no tienes que teñirte, ¿por qué no te lo dejas de tu color natural? ¿O te gusta el rojo porque te hace destacar?

Scarlett no podía decirle que seguía tiñéndose el pelo porque no podía soportar el mechón blanco que le había salido cuando se alejó de él; un recuerdo del período más feliz y más triste de su vida.

–Este rojo es el color del pelo de mi tía. La quería mucho, me parecía una reina. Y, además, así me parezco a una amiga de la infancia. Al menos, como creo que hubiera sido de adulta.

–¿Tu tía y tu amiga también han muerto?

Ella asintió con la cabeza.

–¿Entonces has creado esta nueva identidad como un homenaje a tus seres queridos?

La sorpresa ante tan acertado análisis hizo que perdiese la pelea y las lágrimas asomaron a sus ojos.

–Nunca lo había visto así, pero me consolaba mirarme al espejo y ver el reflejo de las personas a las que había querido. Escuchar el nombre de Scarlett me recuerda la voz de mi madre contándome cuentos por la noche…

Raiden le acarició la cara, apartándole las lágrimas con un dedo, su mirada tierna, comprensiva, hasta que Scarlett sintió que había descubierto todos sus secretos sin necesidad de contárselos.

–¿Cuántas veces has tenido que cambiar de identidad?

Parpadeando para contener las lagrimas, Scarlett intentó sonreír.

–Haces demasiadas preguntas.

–Me fascinas. Pensé que yo era indescifrable hasta que te conocí, y daría cualquier cosa por entrar en esa cabeza tuya.

–¿Cualquier cosa? –Scarlett le pasó un dedo por el torso, los abdominales y luego más abajo.

–Dime el precio.

–¿Cualquier precio?

Raiden asintió con la cabeza, admirando esos ojos que parecían reflejar el atardecer.

¿Cómo podía algo ser tan bello?

Suspirando, Scarlett le pasó las manos por la espalda.

–Tú sabes cuál es el precio.

–Eso no es un precio, es un privilegio. Y uno del que pienso aprovecharme en cuanto haya saciado mi curiosidad. ¿Cuántas identidades?

–¿Cuántos personajes he interpretado quieres decir? Muchos.

–Imagino que habrá un número concreto.

–Sesenta y siete.

Raiden la miró, perplejo. ¿Cómo era posible?

–¿Contando las dos personas que yo conozco?

–No.

–¿Por qué no? Eran dos pesonalidades completamente diferentes.

–Solo tenían un nombre y un pasado diferentes.

–¿Sigues diciendo que nunca actuaste conmigo?

–Júzgalo tú –Scarlett le tomó la mano para meterla bajo sus bragas, y cuando deslizó los dedos entre los húmedos pliegues, su erección se volvió tan dura que casi le hacía daño–. ¿Esto puede ser teatro?

–No, esto no.

Gimiendo, se abrió para él, y esos largos y poderosos dedos buscaron el capullo escondido, sabiendo exactamente cómo y dónde presionar, lo fuerte o suave que quería ser acariciada, a qué ritmo.

Scarlett se arqueó hacia arriba, las sensaciones insoportables. Y eso fue antes de que introdujese un dedo en su interior. Solo tenerlo dentro llenaba el vacío.

–Tómame, Raiden. Ahora, por favor.

Como respuesta, con unos movimientos que eran casi mágicos, Raiden le quitó la ropa y la tuvo desnuda debajo de él en unos segundos. Y antes de que pudiese bajarle la cremallera del pantalón y tomarlo urgentemente dentro de ella, se deslizó dentro de su cuerpo.

Protestando débilmente, pero incapaz de hacer nada más que rendirse, Scarlett se arqueó mientras él despertaba todas sus zonas erógenas. Una y otra vez intentó colocarlo encima, pero él no se lo permitía. Y cuando vio su magnífica cabeza entre sus muslos, sus labios y su lengua quemándola, se quedó sin oxígeno. Verlo y saber lo que le hacía era más excitante que la sensación física.

Delirante, vio cómo se la bebía, disfrutando de su esencia. Y luego,

como siempre, él supo que no podía soportar más.

Chupaba el capullo rozándolo con los dientes mientras introducía dos dedos en su interior, pero fue la orden de Raiden lo que hizo que el muelle de tensión se rompiera dentro de ella.

–Déjame ver y oír cuánto te gusta.

Gritando de placer, su cuerpo sufrió una reacción en cadena. Scarlett le sostuvo la mirada, como a él le gustaba, dejando que viese lo que le hacía.

Por fin, casi sin respiración, vio con ojos vidriosos que él empezaba de nuevo, variando el método, renovando su desesperación, acrecentando su rendición. Sabía que no tenía sentido suplicarle, que haría con ella lo que quisiera y le daría un placer más allá de lo soportable.

Lo más sensato sería ahorrarse el aliento para los gritos de éxtasis que escaparían de su garganta durante toda la noche. Y si una vocecita le decía que aquello acabaría con una cicatriz mayor que en el pasado, no le importaba.

Aún tenían unas semanas, y pensaba disfrutar de cada segundo.

Lo primero que Raiden vio en cuanto abrió los ojos fue a Scarlett. Se había vestido y llevaba en la mano la famosa bolsa de viaje, su bolsa de trucos, como se había referido a ella una vez, llena de cosas que lo catapultaban a otro mundo: lencería sexy, aceites y un montón de artilugios que ella misma había inventado.

Aunque no eran esas cosas las que lo afectaban, sino que ella se las pusiera, que fuera ella quien las usaba. Y, con la bolsa al hombro, estaba a punto de marcharse.

Desde que empezaron a compartir apartamento seis semanas atrás, aquella era la primera vez que se despertaba antes de que se hubiera ido, lo cual era increíble. Contra todas las razones que tenía para desconfiar de ella, el instinto le decía lo contrario. Su sistema de alarma se apagaba con ella hasta el punto de dormir profundamente a su lado, sabiendo que estaba a salvo.

Cada mañana Scarlett desaparecía sin decir nada. Nunca le había despertado para darle un beso de despedida, pero había esperado que aquel día fuese diferente, porque le había dicho que no iría a trabajar hasta las doce. Esperaba que lo tomase como una invitación para dormir con él y desayunar juntos.

No debería sentirse decepcionado. Seguramente ella ni siquiera se había dado cuenta de que era una invitación.

Pero su actitud fría solo era una fachada. En realidad, cada segundo que pasaba en su compañía borraba los malos recuerdos del pasado, como si le hubieran ocurrido a otra persona.

Ya no podía verla a través de un prisma de odio. De hecho, creía ver a la auténtica mujer, sentir lo que ella sentía. Podría jurar que aquello no era algo puramente sexual para Scarlett. Si lo había sido alguna vez.

Y no estaba engañándose a sí mismo. Había sentido aquello incluso antes de saber que trabajaba para UNICEF, algo que le hizo cambiar radicalmente de opinión sobre ella. Cuando investigó sus actividades en

Japón, pensó que su trabajo humanitario era un ingenioso plan para conseguir dinero de personas como Hiro, donativos que se quedaría ella misma.

Cuando le pidió cien millones de dólares, diciendo que serían para una buena causa, había pensado que estaba exagerando o mintiendo descaradamente. Pero cuando siguió trabajando como cada día después de haber recibido el dinero, tuvo que revisar sus sospechas.

Su investigación había revelado un resultado increíble: llevaba quince meses en Japón, ayudando a las personas que habían perdido su hogar después del terremoto. Y lo hacía con su propio dinero, el dinero que le había sacado a él.

Entonces entendió que se lo había pedido solo para ser independiente de los donativos y las fuentes oficiales de financiación, que siempre existía la amenaza de perder.

No tenía la menor duda de que usaría ese dinero para financiar su esfuerzo humanitario, como le había dicho la primera noche. Había pensado que se burlaba, pero solo estaba diciendo la verdad.

Y le habría dado mil millones de dólares si se los hubiera pedido. Si se lo pedía, le daría todo lo que tenía.

La observaba con los ojos entrecerrados mientras se detenía en la puerta del dormitorio para mirarlo. Con la ropa de trabajo y la coleta parecía tan joven, tan frágil. Había adelgazado en las últimas semanas, y a veces casi podría jurar que empezaba a parecerse a Hannah.

No sabía que estaba despierto, y el brillo de sus ojos, en los que estaban todas sus emociones, fue como un cuchillo en su corazón.

Había en ellos tal anhelo, tal desolación.

Mucho después de que cerrase la puerta y saliera del ático, Raiden se quedó en la cama en la que habían compartido una increíble intimidad, mirando el techo.

¿Por qué parecía tan triste? ¿Estaba triste o eran imaginaciones suyas?

No estaba seguro y no podría estarlo hasta que lo supiera todo sobre ella.

Scarlett le había contado algunas cosas y él había descubierto otras, pero el rompecabezas no estaba completo. Su pasado seguía siendo un misterio.

Después de esa noche, tres semanas antes, cuando le contó por qué había elegido ese nombre o el pelo rojo, Scarlett había vuelto a evitar cualquier pregunta. Aparte de ser sincera sobre lo que sentía en cada momento con él físicamente, no le daba nada con lo que reconstruir su pasado.

Un pasado que necesitaba conocer.

No era ya para atar cabos sobre ella ni para guardar sus recuerdos en un cajón y seguir adelante sin nada que la mantuviera viva en su memoria. Aunque él no querría eso. Debía admitir que cuando encontró el primer callejón sin salida en su investigación se había convencido a sí mismo de que era imposible. Inconscientemente, no había querido encontrar nada que lo perturbase aún más. O peor, que la borrase de su mente para siempre.

La mujer con la que había compartido una intimidad que nunca había querido compartir con nadie más era quien había pensado que era en el pasado. Y jamás había usado su dinero para lucrarse personalmente, salvo para construir esa nueva identidad. Tenía que descubrir qué la había empujado a esa vida mercenaria de la que luego había querido escapar a toda costa.

No sabía por dónde empezar a investigar o si descubriría algo, pero podía investigar a alguien cercano a ella: Hiro. Su pasado estaba bien documentado y tal vez algo de ese pasado lo llevaría hasta ella.

Investigar la relación de Scarlett con Hiro resultó ser tan fácil como escribir sus nombres en el buscador de Internet. Y había docenas de resultados detallando el incidente que los había unido.

Un año antes, Hiro volvía en uno de sus aviones privados de una cena benéfica en Kyoto. Scarlett estaba entre las personas que habían organizado el evento y había sido invitada a ir a Tokio con él. Entonces, el avión fue golpeado por un rayo.

Cinco personas murieron en el accidente y hubo muchos heridos. Hiro había quedado atrapado entre el fuselaje, pero todos corrieron para ponerse a salvo… todos excepto Scarlett.

Arriesgando su vida, Scarlett se había negado a dejarlo allí, aunque Hiro le suplicó que se salvase a sí misma. Por fin, consiguió sacarlo del avión antes de que explotase, detuvo una hemorragia que lo habría matado y siguió cuidando de él hasta que llegaron las ambulancias. Durante todo ese tiempo ignorando sus propias lesiones.

Hiro la había felicitado públicamente por su heroísmo, diciendo que le debía la vida.

Aparte de la cobertura de prensa, sus propias investigaciones revelaban que eran muy amigos desde entonces, pero no parecía haber nada romántico entre ellos. Hiro había donado mucho dinero a la causa en la que ella trabajaba, pero era mejor tener dinero personal al que podía acceder de inmediato cuando ocurriese una catástrofe porque los donativos tenían que pasar por largos procesos legales.

Eso demostraba que Scarlett era la persona que él siempre había creído que era y que lo que le había dicho sobre Hiro era verdad. Aquella revelación había borrado cualquier vestigio de duda sobre ella.

Pero seguía sin saber nada sobre su pasado y solo quedaba una opción: pedir ayuda a sus hermanos.

Nunca antes se le había ocurrido pedirles ayuda, porque lo último que deseaba era contarles lo cerca que había estado de descubrirlos a todos.

Pero averiguar la verdad sobre ella era imperativo. Significaba para él más que descubrir la verdad sobre sí mismo.

Capítulo Seis

–Así que hay una mujer que lo sabe todo sobre ti. ¿Y nos lo cuentas ahora, cinco años después?

Raiden, detrás de su escritorio, observó a los tres hombres que lo miraban como un tribunal de semidioses.

Eran tres de sus seis hermanos, los que habían podido ir personalmente a esa reunión, y solo les había contado la versión corta de su historia con Hannah/Scarlett.

El primero en hablar fue Numair, el líder de la hermandad del Castillo Negro. Su líder.

Numair Al Aswad, o Fantasma, su nombre durante veinte años en la prisión de la organización a la que dieron en llamar Castillo Negro, era el mayor y el que llevaba allí más tiempo.

Casi veinticinco de los cuarenta años de Numair habían transcurrido allí, al principio siendo entrenado como ellos y más tarde entrenando a otros. Él les había enseñado los métodos de espionaje y ejecución más letales.

No era solo el mejor operativo en la historia de la organización, sino también el más astuto, el que había elegido a Raiden y sus hermanos entre cientos de chicos, no solo por ser los mejores sino por ser almas gemelas.

Él los tomó bajo su ala, convirtiéndolos en un equipo, guiándolos durante años de cautividad. Él era quien había forjado la hermandad y quien había hecho el juramento de escapar algún día, amasar fortuna y poder para hundir a la organización y a quienes los habían vendido como esclavos.

Numair había trabajado con ese objetivo desde los diez años. Había sido su plan lo que hizo posible que escapasen, desaparecieran y creasen nuevas identidades. Él y Richard, el antiguo guardián de Rafael, habían sido los creadores de la multinacional Castillo Negro, la empresa de todos.

Pero como Raiden, Numair no recordaba a su familia. Solo recordaba algunos nombres, como el que había terminado usando. Había investigado, como Raiden, desde que escaparon, y recientemente había descubierto que antes de su secuestro era heredero al trono de un reino del desierto.

Pero reclamar su legado no sería fácil, como no lo era para Raiden. El regreso de Numair a su reino pondría la región patas arriba y podría iniciar una guerra.

Aunque le daba igual. Nada impediría que reclamase lo que era suyo y no sería la primera vez que instigaba un conflicto armado.

Miraba a Raiden con unos ojos tan impenetrables como un abismo, pero su aparente calma no lograba engañarlo. Ese abismo estaba lleno de ácido

corrosivo.
Raiden había puesto en peligro todo lo que Numair deseaba: su libertad, sus logros, sus propias vidas. Estaba furioso, y cuando estaba furioso era mortal.
–¿Por qué has tardado tanto en contárnoslo? –le preguntó Comodín.
De origen ruso, había llegado a la organización lo bastante mayor como para recordar a su familia, pero había decidido no ponerse en contacto con ellos y adoptar el nombre de Ivan Konstantinov, aunque según sus adversarios Ivan el Terrible le iría mejor.
Ivan lo miró, burlón, cuando no respondió inmediatamente.
–¿Qué pasa, has cambiado tu nombre de Relámpago por Tortuga sin decirnos nada?
–Como es un ninja, tal vez se haya convertido en una.
Ivan fulminó a Huesos con la mirada. Antonio Balducci, Huesos, era un torbellino de energía, una figura enigmática, un mago de la medicina y un donjuán con las mujeres, que caían rendidas a sus pies. Como antiguo experto en cirugía de campaña, Antonio estaba a cargo de los hospitales propiedad de la multinacional Castillo Negro, que incluían varias secciones de cirugía reconstructiva, y su trabajo bordeaba la magia.
Desde sus días en la prisión, Antonio e Ivan siempre estaban peleándose, pero ninguno de los dos podía vivir sin el otro.
–Lo sabías todo y no solo la dejaste escapar sino que has vuelto con ella –dijo Ivan–. ¿Es que no…?
–No sabía lo que tramaba hasta que fue demasiado tarde –lo interrumpió Raiden–. La dejé ir porque me dio su palabra de que no usaría lo que sabía y la ha cumplido.
–Tú no sabías que lo haría –lo interrumpió Numair–. Ha sido un juego muy arriesgado, Raiden. Te has puesto en peligro y, por asociación, nos has puesto en peligro a todos. Podría habernos costado la vida.
Raiden sabía que tenía razón, pero el instinto le decía lo contrario. Aunque no podía admitirlo porque eso le haría parecer digno de lástima y a Scarlett más peligrosa de lo que era.
Por fin, exhaló un suspiro.
–Tomé la decisión de creerla y no me equivoqué.
Antonio soltó un bufido.
–¿Cómo lo sabes? No hay ninguna prueba de que esa mujer no haya contado cosas sobre ti o sobre nosotros en los últimos cinco años. Los problemas y las pérdidas que hemos sufrido podrían ser culpa suya.
El bufido de Raiden fue aún más espectacular.
–¿No crees que si hubiera alertado a alguien sobre nuestra identidad lo mínimo que habríamos sufrido es una bala entre ceja y ceja? No ha contado ni contará nada.
Antonio se encogió de hombros.
–Porque has tenido suerte. Hasta ahora.
–No ha sido suerte sino un juicio acertado. Y sigo pensando lo mismo.
–Entiendo que cometieras ese error una vez –dijo Ivan–, aunque no me cabe en la cabeza. Pero que vuelvas a hacerlo… es totalmente incomprensible.

–No voy a cometer un error, os lo aseguro.

Ivan hizo una mueca condescendiente.

–Dice el hombre que va a casarse en tres semanas. Una boda con la que consigues lo que llevas diez años buscando… y un clan ultraconservador que te rechazaría ante el menor escándalo.

Antonio sacudió la cabeza.

–Y ni siquiera has esperado hasta estar casado y llevar el apellido que deseas para liarte otra vez con la viuda negra.

–Estás arriesgando todo lo que habías soñado y planeado durante tantos años al liarte con esa mujer –dijo Ivan–. Y lo peor es que no pareces darte cuenta del peligro.

Raiden se daba cuenta. Especialmente en la última semana, desde que, olvidando toda precaución, había ido a buscar a Scarlett a la oficina para invitarla a cenar en un conocido restaurante.

No sabía por qué se había arriesgado; lo único que sabía era que no podía seguir viéndola solo por las noches. La quería a su lado en todo momento y le enfadaba perder un tiempo precioso. Cómo afectaría eso a sus planes, ya no le importaba. Sabía que su tiempo con ella estaba a punto de terminar y eso había cambiado sus prioridades.

Desde el punto de vista de sus hermanos, eso podría demostrar que había perdido la cabeza y él no podría discutir. Porque no tenía cordura cuando se trataba de Scarlett.

Antonio exhaló un suspiro.

–Según tu propia admisión, es una Mata Hari que ha hecho lo mismo con otros hombres. ¿Te crees tan especial que no hará lo mismo otra vez? ¿Cómo has podido volver con ella después de que te robase cincuenta millones de dólares?

–En esta ocasión me ha pedido el doble.

–¿Qué?

Sus hermanos lo miraban como si le hubiera salido otra cabeza.

–Aparte de lo que usó para crear su nueva identidad, solo usa el dinero para su trabajo humanitario.

–Esa mujer te pide dinero y por exorbitada que sea la cantidad tú se lo das. Sin consultar con ninguno de nosotros.

–Y sin hablarnos del peligro que representa –Antonio sacudió la cabeza, incrédulo–. Esto es peor de lo que había pensado.

Raiden miró de unos a otros. Desde la furia en el rostro de Ivan a la sorpresa en el de Antonio o el vacío en los ojos de Numair. Sabía que desearían estrangularlo con sus propias manos, pero no iban a hacerlo.

–¿Habéis terminado?

–No, en realidad no –respondió Ivan–. ¿Cómo esperabas que reaccionásemos?

Numair se echó un poco hacia delante y eso significaba que para él la conversación había terminado. Había llegado a un veredicto.

–Dame una razón para que no salga de esta oficina y elimine a esa mujer.

El corazón de Raiden redobló sus latidos. Una vez que tomaba una decisión era imposible hacer que Numair diese marcha atrás, de modo que

debía detenerlo.

–Una razón: yo –dijo con voz de acero mientras miraba de unos a otros, haciéndoles saber que Scarlett era la línea que no podían cruzar. Ni siquiera ellos–. Hemos sobrevivido al infierno y hemos conquistado el mundo confiando los unos en los otros por completo. Vosotros habéis dependido de mi instinto muchas veces, ahora os pido que confiéis en ese instinto que nunca se ha equivocado.

–Te equivocaste con ella –señaló Antonio.

–No, ahora creo que se vio forzada a espiarme. Y por eso he pedido esta reunión, por eso os he hablado de ella. Necesito vuestra ayuda para investigar su pasado. Quiero descubrir quién es, cómo la encontró Medvedev y qué poder tiene sobre ella.

–Debía de ser una chantajista profesional con un largo historial antes de que Medvedev la contratase –sugirió Antonio.

–Esa es una hipótesis, no una realidad. Quiero saber cómo entró Medvedev en su vida, la vida que ella ha intentado enterrar –Raiden les dio un momento para absorber esa información–. Prometed que haréis todo lo posible para ayudarme.

–Yo podría ayudarte sin el menor esfuerzo –dijo Numair, con voz helada–. Sería mejor para todos que esa mujer desapareciera. Yo no habría perdonado esa traición por ninguna razón.

–Dame tu palabra, Numair.

Él inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento, como el genio malévolo de una fábula oriental de negro pelo largo, ojos almendrados y facciones marcadas.

–Prométělo, Fantasma –Raiden apretó los dientes.

Tenía que prometerlo o sabía que cumpliría su amenaza. Cuando se trataba de proteger la hermandad, Numair no se detenía ante nada, pero daría su vida por cumplir una promesa, y antes tenía que hacerla de manera inequívoca.

Numair lo miró en silencio durante unos segundos, con la misma expresión que cuando Raiden tenía cinco años, el hermano mayor que siempre sabía lo que había que hacer. No lo aprobaba, pero sabía que no estaba defendiendo un error del pasado sino a una mujer a la que deseaba con todas las fibras de su ser.

Aunque seguía sin tener razones para hacer esa promesa, Numair dijo por fin:

–Lo prometo.

* * *

–No tengo buenas noticias.

El corazón a Raiden le golpeó las costillas ante el anuncio de Numair.

No se había levantado para recibirlo cuando Abbas, su mano derecha, le había llevado a la suite presidencial del hotel Mandarín Oriental. No había dicho nada más y seguía mirando las luces de Tokio por la ventana mientras él se acercaba.

Numair se dejó caer sobre el inmaculado sofá de seda marrón para

servirse un whisky, que se tomó de un trago, y Rafael se sentó frente a él, en un sillón.

No le había sorprendido que solo cuatro días después de su reunión Numair lo llamase para decir que tenía lo que estaba buscando.

Su habilidad como investigador no tenía parangón. Fantasma, Numair Al Aswad o Pantera Negra, como era conocido en el mundo de la inteligencia, era uno de los mayores expertos del mundo. El único que podía competir con él era Richard Graves, Cobra, el antiguo guardián de Rafael.

Aunque no había pensado pedirle ayuda a Richard. No porque siguiera desconfiando de Graves, sino por lo que Numair sentía por él. Seguía habiendo una posibilidad de que esos dos se matasen algún día. Fuera lo que fuera lo que hacía que aquellas dos fuerzas de la naturaleza se odiasen tanto, incluso después de haberse convertido en aliados, nadie lo sabía.

Raiden apretó los dientes, intentando mantener la calma.

–Cuéntame lo que has descubierto.

Numair lo miró por fin, con ojos pesados.

–Sírvete una copa, te hará falta.

–¿Tan malo es?

–Peor.

Numair tomó una tableta que había sobre la mesa de café, buscó una aplicación y luego la empujó hacia él. Y el corazón de Raiden se detuvo al ver la fotografía de una mujer bellísima de pelo color caramelo, rostro impasible y ojos cansados. Era una versión más joven de la Hannah que él había conocido, con el pelo de otro color y sin su alegría. Era ella sin disfraz, la auténtica, una chica sin esperanza.

Con la frente cubierta de sudor, Raiden miró a Numair y él respondió a la pregunta que no había hecho en voz alta.

–Es Katya Petrovna, a quien tú conocías como Hannah McPherson y ahora como Scarlett Delacroix.

Katya, su auténtico nombre. Le pegaba.

Numair siguió:

–Nació en Tbilisi, Georgia, y fue criada en la costa del Mar Negro, lo que llaman la Riviera rusa. Es descendiente de una familia aristócrata, pero durante el colapso de la Unión Soviética hubo grandes disturbios en Georgia y en uno de ellos fue separada de su madre. Entonces tenía nueve años y terminó en una red de trata de blancas.

Los latidos de su corazón aumentaron hasta sacudirle todo el cuerpo. Había cientos de posibilidades, todas espantosas.

Y entonces Numair validó sus sospechas.

–A los diez años acabó en las garras de la organización.

Aunque Raiden lo sospechaba, toda su angustia se liberó con esa confirmación, y el vaso de cristal que tenía en la mano se rompió contra el suelo de mármol.

Scarlett, Hannah, Katya, ella, había sido esclava de la organización como él, como todos ellos.

Sin mirar el vaso roto en el suelo, Numair se sirvió otro whisky, como si lo necesitara.

–Fue hecha prisionera en una instalación femenina parecida al Castillo Negro. Y, como nosotros, las chicas eran categorizadas según sus habilidades y talentos, pero también según su aspecto físico. Todas eran entrenadas como lo fuimos nosotros, pero las más bellas eran entrenadas también en el arte de la seducción y la manipulación, usadas como cebo sexual para los hombres más importantes del planeta o para cualquiera a quien la organización quisiera atrapar, engañar o asesinar. Según mis fuentes, ella era la mejor, pero su rastro desapareció hace cinco años, cuando fingió su muerte.

Raiden tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar un aullido de agonía. Los detalles que le daba Numair pintaban una terrible imagen de la vida de aquella chica. Una chica perdida y a quien nadie iba a rescatar. Scarlett sabía que sería prisionera para siempre, viviendo una vida de peligros y degradación, un instrumento al servicio del mejor postor. Una chica para quien escapar era imposible y la única salida era la muerte.

Había buscado la verdad, esperando descubrir que se había visto forzada a traicionarlo, pero desearía no haberlo hecho, porque tener razón significaba que ella había sufrido de una manera inimaginable, que debía estar marcada de por vida.

Scarlett había sido una esclava de la organización, y saber que había sufrido tanto como él, o peor, era insoportable.

–Creo que tenías razón –dijo Numair entonces–. No nos delatará porque eso significaría delatarse a sí misma. Todos estamos en el mismo barco.

Raiden quería gritar que estaba equivocado, que no era por eso por lo que sus secretos estaban a salvo con Scarlett, pero sus cuerdas vocales estaban paralizadas.

–La cuestión es que puedes seguir disfrutando de tu deseo por ella mientras no pongas en peligro ningún plan importante –Numair hizo una pausa, como debatiéndose entre seguir o no–. Hay algo más que debes saber…

Unos minutos después, Raiden se levantó dejando escapar un rugido de angustia. No podía escuchar nada más.

–No le digas que lo sabes.

–¿Por qué no me lo habías contado?

Scarlett sabía que ocurría algo desde que entró en el ático y encontró a Raiden frente a la puerta, como si llevase horas esperándola. Y, en un segundo, supo por qué su expresión era tan angustiada.

Sabía la verdad. Su verdad.

No tenía que preguntar cómo, no hacía falta. Sencillamente, lo sabía.

Había descubierto sus sórdidos secretos y ya no había forma de disimular, de modo que se encogió de hombros.

–¿Para qué?

–¿Para qué? –Raiden parecía atónito por su respuesta–. ¿No te parece relevante haber sido esclava de la misma organización que me secuestró y me esclavizó a mí?

–No, no me parecía relevante –Scarlett se sentó en el sofá para no caer

al suelo–. Los dos logramos escapar.

Raiden se sentó a su lado y le apretó las manos.

–Necesito que me lo cuentes todo. Solo sé que te secuestraron, que terminaste en manos de la organización y que te entrenaron como a mí. Ahora necesito saber por qué te enviaron a espiarme.

Ella siempre había deseado borrar eso de sus recuerdos como había borrado su anterior identidad, pero Raiden lo había descubierto y no contarle la verdad solo prolongaría la tortura.

Haciendo un esfuerzo, empezó a decir:

–Medvedev trabajaba ocasionalmente con nosotras y era el amante de mi guardiana. Ella fue quien me recomendó para tenderte una trampa. Me di cuenta después de que era una venganza personal contra ti. Medvedev quería que fuese un triunfo personal si acertaba y una vergüenza secreta si estaba equivocado. Debió darle dinero o conseguirle algún favor… el caso es que la hizo creer que era una misión para la organización y me dio el tiempo que necesitase para encargarme de ti. Medvedev le dijo que no se preocupase de vigilarme ya que lo haría él y me llevaría de vuelta a la prisión cuando terminase mi cometido –Scarlett se detuvo para respirar–. Sería un cometido muy difícil, me dijo, ya que todos tus informes habían sido robados. No había fotos ni huellas, ninguna grabación de voz ni pruebas de ADN. Incluso el chip de identificación había sido desactivado. Imaginé que lo habías hecho tú… –Raiden asintió con gesto de impaciencia–. La única pista era que te parecías a uno de los chicos que escaparon del Castillo Negro y tenía un presentimiento, pero no podía demostrarlo por un simple parecido físico. Necesitaba pruebas, pruebas que yo debía darle.

Fingiendo cambiar de postura, Scarlett se apartó de él, pero Raiden volvió a tomarla de las manos.

–Cuando pregunté qué pasaría si no podía acercarme a ti o si tardaba mucho tiempo en hacerlo, dijo que no me preocupase, que tendría todos los recursos y el tiempo necesario para conseguir pruebas. Entonces, supongo que para que me comprometiese con la causa, prometió que si conseguía las pruebas que necesitaba me liberaría de la organización.

Todo lo que había dicho hasta el momento eran cosas que Raiden ya sabía o había deducido, de modo que la dejó seguir.

–Me dijo que te extorsionaría por una gran suma de dinero, fingiendo que era el precio para no delatarte. Y dijo que me daría una parte de ese dinero para que fingiese mi muerte y la organización no me buscase. Prometió, a espaldas de mi guardiana, que traicionaría a cualquiera para conseguir lo que quería… y tuve que hacerlo. Estaba claro que mi vida dependía de ello –Scarlett hizo una pausa para respirar–. El resto ya lo sabes. Te busqué con una identidad nueva, nos convertimos en amantes hasta que metí la pata y me descubriste. Hicimos un trato y conseguí escapar de Medvedev usando tu dinero para crear una nueva identidad y fingir mi muerte.

Raiden parecía esperar que siguiese hablando, pero no podía hacerlo. El resto era demasiado horrible.

–Conociendo la obsesión de Medvedev por mí, y lo que le costó mi

huida, nada lo habría detenido. Habría seguido buscándome –dijo él entonces–. Eso es lo que quería saber cuando me dijiste que él te había reclutado: por qué te dejó ir, por qué no volvió a buscarme. Pero ahora lo sé.

El corazón de Scarlett se detuvo durante una décima de segundo mientras rezaba para que no fuese verdad.

–Medvedev murió hace cinco años… con un puñal clavado en un ojo –Rafael la miraba fijamente–. Fuiste tú quien lo mató, ¿verdad?

Capítulo Siete

No era una pregunta sino una afirmación que exigía ser corroborada, y Scarlett sentía que la cabeza le iba a estallar.

«Fuiste tú quien lo mato, ¿verdad?».

–Yo…

–Dímelo, Scarlett.

Los terribles recuerdos eran como un veneno en su corazón.

–Por favor, no hagas que lo diga.

Él la apretó con más fuerza.

–Dilo, Scarlett, deja que te libere.

Ella intentó apartarse de nuevo, como si estuviera ahogándose, intentando buscar oxígeno. Pero Raiden seguía apretándola contra el sofá, haciéndole saber que no iba a soltarla hasta que lo contase todo. No solo sobre Medvedev sino sobre ella, sobre ellos, todo.

–Te lo contaré… todo… pero déjame… respirar.

Raiden aflojó la presión.

–Lo siento.

Scarlett suspiró. Desembarazarse de la máscara tras la que se había escondido desde los nueve años era más difícil de lo que había esperado. Romperla era casi tan aterrador como arrancarse una capa de piel.

Pero su comprensiva mirada la animaba. Dejó caer las barreras.

–Medvedev…

Él le puso un dedo en sus labios.

–Empieza desde el principio, Scarlett. Cuéntamelo todo, desde antes de que fueras a buscarme.

Ella dejó escapar un largo suspiro.

–Antes de eso te había investigado, como hacía siempre, para preparar mi acercamiento, pero eras un enigma y sabía que no responderías favorablemente a una simple seducción, como la mayoría de los hombres.

Raiden apretó los dientes. Sin duda odiaba saber que había sido solo una misión, que había habido muchos antes que él.

–Preparé un accidente de coche y creé un personaje normal, sano y alegre porque creí que solo una mujer como Hannah McPherson podría hacer que te sintieras a salvo a su lado. Y tenía razón.

–Te equivocas. Eras tú, la mujer bajo el disfraz, a la que respondía. Como volví a responder cuando eras una persona totalmente diferente –dijo Raiden–. Pero dijiste que nunca habías actuado conmigo.

–Y es verdad –Scarlett hizo la primera, irrevocable, confesión–. Hasta que te conocí, no sabía quién era en realidad.

Raiden apretó sus manos con ferocidad. De repente, las confesiones eran como un veneno que tenía que escupir.

–Desde el momento que te conocí, todo lo que había preparado se evaporó. Fue contigo cuando por fin supe quién era –Raiden dejó escapar un gemido y Scarlett volvió a apoyar la cabeza en su hombro–. Me di cuenta casi inmediatamente de que sentía algo por ti… y de todos los peligros a los que me había enfrentado, esos sentimientos desconocidos eran los más peligrosos. Era como si fueses el primer hombre de mi vida, mi primera intimidad. Y lo eras. Cualquier otro hombre había sido una misión, algo que tenía que soportar con una seductora sonrisa mientras mi alma vomitaba o estaba dormida.

Scarlett enterró la cara en su pecho. No quería que la interrumpiese, necesitaba contárselo todo de una vez.

–Fue contigo cuando mis sentidos despertaron por primera vez y entendí lo que era la intimidad, lo que era la pasión. Contigo sentí placer por primera vez… y te convertiste en mi primer y único amor.

–Scarlett…

Nunca, jamás, ni en sus mejores sueños había esperado Raiden algo así. Su mayor esperanza había sido que le contase la verdad y que esta incluyera una admisión que validase sus sentimientos. Que dijera que no había sido solo una misión para ella, que había sentido algo. Nunca se había atrevido a soñar que dijese lo que estaba diciendo.

Pero lo había dicho, lo había sentido.

Y fue como si la última barrera que había erigido alrededor de su corazón se desplomase, haciendo que admitiese por fin sus sentimientos por ella.

Había despertado a la vida con ella. Ella había sido su primera intimidad real, su primer y único amor.

Las emociones amenazaban con ahogarlo y, con manos temblorosas, intentó mirarla a los ojos en ese momento que iba a cambiar su vida.

–Scarlett, cariño, por favor…

Pero ella no quería mirarlo, y las palabras salían de su boca como un torrente:

–Cuando descubrí que estaba enamorada, decidí alejarte del peligro. Desde el momento que te conocí supe que no eras un criminal como otros hombres a los que había espiado y que merecían todo lo que les pasara. Tú eras algo que yo no sabía que existiera: un hombre noble que usaba su poder para hacer el bien y que nunca publicitaba su bondad. Fue siguiendo tu ejemplo como terminé haciendo el trabajo que hago ahora mismo.

Entonces levantó la cabeza y Raiden sintió como un golpe en le corazón. Sus ojos, sus ojos…

Las emociones que había en ellos eran embriagadoras. Allí estaba todo lo que había tenido que esconderle durante esos años y Raiden, sintiendo que se ahogaba, le acarició el pelo con ternura…

–Scarlett…

–Entonces descubrí que tú eras como yo, pero habías logrado escapar cuando yo sabía que nunca podría hacerlo. Si te amaba con todo mi corazón antes de eso, te amé más a partir de entonces. Lo único que me importaba era protegerte a toda costa, y para eso tenía que apartar a

Medvedev de tu rastro. Tenía que encontrar la forma de demostrar que tú no eras el hombre que Medvedev creía… y estar contigo durante el tiempo que fuera posible.

Cada palabra que pronunciaba era como una puñalada en su corazón.

–¿Por qué no me lo contaste? Yo me habría encargado de Medvedev y te habría salvado de la organización.

Sus ojos eran como el agua de una piscina durante un terremoto.

–Yo sabía que era imposible.

–¿Temías que yo te castigase al saber la verdad?

–Solo temía que fueras tras él y no podía arriesgarme. Medvedev era un monstruo impredecible.

Raiden hizo una mueca.

–¿No sabías lo suficiente sobre mí como para estar segura de que pudiese con Medvedev? ¿O pensabas que lo haría, pero no te ayudaría a ti?

Los ojos de Scarlett imploraban que la creyera cuando preferiría dudar de sí mismo antes que de ella en ese momento.

–Solo me importaba tu seguridad y la nueva vida que habías encontrado. Quería terminar con el peligro que representaba Medvedev sin que descubrieses la verdad sobre mí. Quería seguir siendo la persona en la que confiabas del todo, a la que deseabas del todo. No quería que el amor que veía en tus ojos se convirtiese en odio y desprecio. Quería conservar los recuerdos de esos meses contigo. Cómo me mirabas, cómo me tratabas significaba el mundo entero para mí. Era lo único que me importaba.

–¿Más que tu propia vida?

–Sí.

Las implicaciones de esa afirmación dejaron a Raiden sin aliento.

De verdad pensaba que guardar esos recuerdos y su buena opinión de ella era más importante que escapar de su esclavitud o preservar su propia vida.

Pero él se lo habría perdonado todo, la habría comprendido. En realidad, no había nada que perdonar. Su falsa convicción lo había privado de una oportunidad de protegerla, de salvarla.

Pero ni siquiera podía vengarse de Medvedev, porque ya estaba muerto.

Hundiría a la organización por él mismo, por sus hermanos, por todos los niños que habían sido secuestrados. Y después de saber lo que Scarlett había sufrido, la destruiría hasta no dejar ni las cenizas. Su venganza no tendría limites, castigaría a cualquiera que hubiese tenido algo que ver con su sufrimiento…

Y aún no le había contado lo peor, aunque no sabía si podría soportarlo.

Pero lo haría, por mucho que sufriese. Tenía que aliviarla de esa pesada carga en todos los sentidos.

–Todas mis precauciones fueron en vano –siguió Scarlett–. En cuanto me llamaste por teléfono y escuché tu voz supe que me habías descubierto. Sabía que era el final y no estaba preparada. Nunca habría estado preparada para romper contigo. Había ocurrido lo que más temía: tú estabas furioso, desilusionado y disgustado conmigo. Quería esfumarme,

hacer imposible que Medvedev me encontrase. Y también quería ayudar a otros en mi situación, pero sabía que costaría una enorme cantidad de dinero, así que te chantajeé. Y eso sirvió para que nuestra despedida fuese aún más amarga –Scarlett exhaló un suspiro–. Pero antes de que pudiese salir del país, Medvedev apareció en la habitación del hotel en el que estaba bajo un nombre falso. Le dije que solo quería escapar de la organización, que pensaba que él no me ayudaría porque no había encontrado pruebas de que tú fueras quien esperaba… pero Medvedev estaba convencido de que sí las tenía. Incluso dedujo que te había chantajeado, aunque pensaba que por motivos mercenarios. Me dijo que una vez que le diera la información te extorsionaría a ti y a tus socios y que eso sería más lucrativo de lo que nunca hubiera podido imaginar –Scarlett hizo una pausa para respirar–. Yo sabía que convertiría tu libertad en una prisión otra vez, que terminaría informando a la organización para redimirse ante ellos. La única carta que me quedaba era que necesitaba pruebas sólidas y yo no estaba dispuesta a dárselas. Al principio, me prometió que cumpliría su parte del trato si le daba las pruebas, pero me negué. Le dije que no podría hacer nada contra ti sin pruebas y… entonces empezó a torturarme.

El corazón de Raiden se rompió. La ira contra aquel hombre al que no podía matar se le comía por dentro.

–Yo sabía que no saldría viva de allí, pero podría salvarte a ti si lo mataba. Con las últimas fuerzas que me quedaban, le clavé el prendedor del pelo en un ojo. Sé cómo matar a un hombre de un solo golpe, pero Medvedev no era un hombre normal, y estaba mejor entrenado que yo –Scarlett tragó saliva–. Se lanzó sobre mí con un puñal y no sé cómo pude… estuvo a punto de matarme antes de sucumbir.

Raiden temblaba, a punto de explotar. Scarlett había luchado contra el monstruo de Medvedev y había estado a punto de morir… por él.

–Conseguí controlar la hemorragia, salir del hotel sin que me viera nadie y llegar a un centro médico antes de desmayarme. Tardaron días en estabilizarme…

Scarlett dejó de hablar y el silencio se alargó, mientras Raiden se preguntaba si algún día podría olvidar ese horror.

–En cuanto me recuperé, empecé a adquirir este nuevo rostro y esta nueva identidad. Vine aquí creyendo que tendría el doloroso placer de verte de lejos, sin peligro de que me reconocieras, pero me reconociste y lo has descubierto todo.

–¿Por qué no me contaste todo esto cuando volvimos a vernos, cuando ya no había peligro? ¿Por qué dejaste que pensara lo peor de ti?

De repente, sus ojos parecían exactamente los de la chica de la foto que Numair le había mostrado, sin esperanza, sin vida.

–Porque no tenía sentido. Vine aquí pensando que me habías olvidado, y cuando me ofreciste ese acuerdo supe que solo estaba de paso en tu vida. Solo quería estar contigo antes de decirte adiós para siempre. Yo sabía que seguirías adelante con esa vida que tanto te había costado crear y no volverías a pensar en mí. Y no quería que lo hicieras, solo quería que te olvidases de mí.

–Yo no quería olvidarte, Scarlett –Raiden tomó su cara entre las manos para hablarle de sus sentimientos–. He vivido todos estos años esperando una explicación, esta explicación. Era incapaz de entender la discrepancia entre la mujer que yo conocía, lo que sentía por ti, y lo que parecía ser la realidad. He sido incapaz de tener intimidad con una mujer desde entonces.

–¿Quieres decir que no…? –una pequeña llama de esperanza apareció en sus ojos azules, pero se extinguió rápidamente.

Raiden la envolvió en sus brazos. Necesitaba hacerla creer que siempre había sido suyo, borrar cada terrible momento de su vida.

–No, no podía. Solo te deseaba a ti, la única mujer a la que he querido nunca, y era horrible, porque pensé que eras una mentira. Pero no solo eres real y todo lo que siempre he soñado, sino que me has protegido a mí y a mis hermanos. Nos has salvado la vida y casi te cuesta la tuya.

«Me ha costado algo más precioso que la vida».

Scarlett apenas fue capaz de contener un sollozo.

No podía decirle eso, pero tampoco quería que creyese que había sido un sacrificio. Dejarlo lo había sido, protegerlo con su vida había sido un privilegio.

–Mis hermanos y yo te debemos gratitud eterna. Sí, mis socios en la multinacional Castillo Negro también escaparon de la organización. Formamos una hermandad en la prisión y desde que escapamos de allí juramos hundir la organización y a cualquiera asociado con ella. Tenemos una lista de nombres y vamos de abajo arriba para que no sepan quién está detrás, pero todos serán destruidos –de repente, Raiden frunció el ceño–. ¿Qué fue de tus compañeras, las chicas que estaban contigo en la prisión?

Scarlett suspiró. Algunas, no todas, por fin estaban a salvo.

–Las saqué y conseguí nuevas identidades para ellas. Ya te dije que usaría tu dinero para hacer algo bueno.

En sus ojos apareció un brillo de admiración que hizo latir su corazón como las alas de un pájaro.

Pero Raiden volvió a fruncir el ceño, airado.

–¿Y esas cicatrices en el abdomen son… puñaladas de Medvedev?

Los horribles recuerdos la ahogaban y tuvo que apartar la mirada para contarle una parte de la verdad:

–Son casi invisibles gracias a la cirugía.

–Dime que Medvedev murió una muerte dolorosa.

Scarlett se encogió de hombros.

–Probablemente. Yo estaba demasiado ocupada con mi propio dolor como para darme cuenta.

–¿Por qué no me llamaste? ¿Creías que no te ayudaría?

–Ya te he dicho lo que pensaba. Ponerme en contacto contigo en esas circunstancias era imposible.

–¿Incluso cuando pensaste que estabas muriendo?

–Especialmente entonces. Me fui para protegerte y jamás se me habría ocurrido llevarte a la escena de un crimen porque eso habría llamado la atención de las autoridades sobre ti.

Raiden empezó a bombardearla con preguntas:
–¿Qué heridas sufriste? ¿Cuánto tiempo tardaste en curar? ¿Te duele, tienes secuelas?
«Las dos cosas», habría querido decir ella.
Pero eso era lo que no iba a contarle. Esa era su pena y no iba a compartirla con él.
Raiden insistiría hasta no dejarle sitio para esconderse, y tenía que guardar aquel secreto.
Para hacerlo callar, para distraerlo y porque no podía soportar perder un segundo más, le echó los brazos al cuello.
–No más preguntas, Raiden. Te deseo en este mismo instante.
Él rugió, lanzándose hacia delante, tenso como si lo hubieran golpeado con un látigo.
–No puedo controlarme contigo, así que ten cuidado.
Sin hacerle caso, se lanzó sobre él, intentando bajarle la cremallera del pantalón.
–Quiero que pierdas el control, quiero que no puedas parar. Tómame fuerte y rápido, Raiden. No puedo esperar.
Cuando se apretó contra él, Raiden le sujetó las manos, pero buscaba sus labios, mordiéndolo apasionadamente y, por fin, la tomó en brazos para llevarla a la cama.
Una vez allí, se lanzó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo. Era como si estuviese haciendo de escudo, protegiéndola, escondiéndola, y el corazón de Scarlett se hinchó de amor. Parecía una bestia protegiendo a su compañera, enloquecido y con el corazón roto por no haber podido evitarle tanto sufrimiento.
Embriagada de su posesión, levantó la cabeza para mirarlo en el cabecero de espejo. Ver cómo la dominaba, cómo parecía hundirse debajo de él, la encendió por completo.
–Cinco años, Scarlett. Cinco interminable años luchando contra la idea de haberte perdido. Y ahora es incluso peor. Sabiendo cuánto has luchado, cuánto has sufrido… –la frase terminó en un sollozo de desolación–. Pero ahora te tengo otra vez y me has devuelto los recuerdos que pensé no debía guardar. Todo es real, tú eres real. Esto que hay entre nosotros es real.
La apretó con fuerza, como si no pudiera soportar que nada los separase, y Scarlett quería disolverse en él.
Sus ojos la mantenían cautiva a través del espejo, y su ardiente aliento le quemaba el cuello, llenando sus pulmones.
–Me volvía loco de deseo cada noche, sabiendo que nunca volvería a tenerte, sin la menor esperanza de alivio.
La mente de Scarlett no podía aceptarlo. Era demasiado increíble que no hubiese tenido intimidad con ninguna mujer desde entonces. Seguía siendo incomprensible para ella.
–¿De verdad… en todo este tiempo?
–De verdad –Raiden suspiró–. Desde que era niño conseguí un control total sobre mis deseos que me hizo perder el interés por el sexo, especialmente porque odiaba el sexo que nos ofrecían allí. La organización

ponía mujeres a nuestra disposición para que pudiésemos… liberarnos.

Sus ojos se encontraron de nuevo y Scarlett supo que estaba preguntándose si ella era una de esas mujeres. Si alguien a quien conocía la había usado para ese propósito.

Incapaz de soportarlo, enterró la cara en las sábanas, las lágrimas rodando por su rostro.

–Me da igual, y a ti también debería darte igual –dijo Raiden, acariciando su pelo–. Los dos hicimos muchas cosas contra nuestra voluntad y no somos responsables de nada. Ese pasado terrible no nos hace peores personas, al contrario, somos supervivientes, conquistadores, ganadores. Pero tú… tú eres perfecta.

Scarlett lo abrazó, con lágrimas de gratitud rodando por su rostro.

Y él la dejó llorar durante un rato antes de tomar el control.

–Mis hermanos solían llamarme el monje, y yo pensé que lo era, pero me volví insaciable contigo. Después de ti, después de haber experimentado esa pasión, ese éxtasis, no podía aceptar nada más. Te deseaba a ti y solo a ti, incluso cuando pensaba que no volvería a tenerte. Pero ahora que te tengo solo puedo pensar en hacerte el amor sin parar, en hacer todo lo que he soñado durante estos cinco años…

–¿Todo? –susurró Scarlett, apretándose contra él–. ¿Como qué? Demuéstramelo.

–Esto… –Raiden la tumbó de espaldas y le levantó el jersey de un tirón, acariciando sus pechos como un salvaje.

Sujetándole las dos manos con una sola, tiró de su camisa, desgarrándola. Necesitaba sus labios y su lengua sobre la piel desnuda.

–Y esto –siguió, deslizándose por su cuerpo; el terciopelo de su piel haciendo que saltaran chispas–. Y esto –dijo luego, besando cada pezón por turnos antes de colocar la cabeza entre sus piernas.

–Raiden…

Scarlett levantó las caderas al notar su aliento entre las piernas, recibiendo un alivio que solo él podía darle.

Raiden le quitó la falda y las bragas.

–Y esto.

Abriendo sus piernas, alternaba los besos con la invasión de sus dedos, adorándola.

–Y esto –susurró, mordiendo sus pantorrillas y el interior de sus muslos antes de abrir sus labios para lamer los húmedos e hinchados pliegues–. Y esto –añadió, tocando el capullo donde convergían todos los nervios, dándole un mordisquito.

La descarga de acumulada estimulación fue tan explosiva como una detonación.

Sin piedad, metió dos dedos dentro de ella hasta que Scarlett se rompió. Pero no paró siquiera entonces. No, siguió chupando y acariciando hasta que Scarlett terminó de nuevo.

–Y esto –Raiden hacía círculos con el pulgar sobre el capullo, haciendo que se restregase contra su mano–. Córrete para mí otra vez, cariño.

Fue ese «cariño» lo que hizo que llegase a un nuevo orgasmo.

Luego se colocó sobre ella, acariciándole los pechos, besándolos.

Scarlett estaba saturada de placer, pero deseando más.
–Dentro de mí, Raiden. Córrete dentro de mí –musitó, abriendo las piernas un poco más.
Él la miró, el flequillo cayendo sobre su leonina frente.
–He querido estar dentro de ti todo el tiempo, Scarlett. Y no he podido hacerlo durante cinco años porque no confiaste en mí. Porque no me diste la oportunidad de ayudarte, de protegerte, de salvarte.
–Lo siento… yo pensaba…
Raiden capturó su cara con las manos.
–Te equivocaste y deberías lamentarlo. Cuando pienso en lo que podría haberte pasado, en lo que te ha costado mantenerme a oscuras, creyendo estar protegiéndome, me explota la cabeza.
–Pero te protegí –protestó ella débilmente.
–Y quiero que me des tu palabra de que no volverás a hacer algo así. No vuelvas a esconderme nada.
–No lo haré –estaba mintiendo a medias porque seguía escondiendo cosas, pero tenía que protegerlo. No quería que sufriese más. Para distraerlo, envolvió las piernas en su cintura–. No me castigues más, hazme tuya.
Su cuerpo se volvió de granito.
–Tú nos has castigado a los dos sacrificándote por mí. ¿Es que no sabes que preferiría la muerte antes que verte sufrir? Y que haya sido por mi culpa… Dios, no sé cómo voy a vivir con eso.
Había tal brillo de dolor en sus ojos. Scarlett jamás se había atrevido a soñar algo así y se sentía contrita. Necesitaba hacer que dejase de pensar.
–Me haces daño ahora haciéndome esperar.
Fue como si hubiera pulsado un interruptor dentro de él, la consternación en su rostro volviéndose un gesto de voracidad.
Se lanzó sobre ella como un predador, liberándose del pantalón y del calzoncillo. Scarlett se sintió intimidada por su tamaño, por su belleza, pero necesitaba esa invasión, no solo por el éxtasis que le proporcionaba sino porque era la mayor intimidad que podía tener con él.
–Tómame, por favor…
Y, por fin, Raiden lo hizo. Se enterró en ella con todo su poder y acumulada frustración, poniendo todo su deseo en esa embestida. La cabeza de su erección era demasiado grande, ensanchando sus paredes hasta un punto casi doloroso. Pero incluso después de dos orgasmos estaba inflamada y solo hicieron falta dos embestidas para que terminase de nuevo.
En su éxtasis solo veía el rostro de Raiden, su hermoso y querido rostro, en sus ojos un vehemente brillo de ansia.
Cada vez era mejor, mucho mejor.
–No puedo… por favor… ahora…
Él lo entendió y le dio lo que quería. Sus rugidos de placer eran el eco de sus gritos al sentir la descarga, como la erupción de un volcán anegando todo a su paso.
Unos minutos después, abrió los ojos. Estaba tan saciada que apenas sentía nada.

Solo una cosa: Raiden. Dentro de ella, más duro que antes, más largo. Scarlett intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban una tonelada y lo veía desenfocado. Seguía de rodillas sobre ella, acariciando sus pechos con una mano, la otra deslizándose por sus hombros, sus brazos, su vientre.

–Eres mía como Scarlett, como Hannah, como Katya.

Ella se echó hacia delante cuando pronunció su verdadero nombre. Oírlo de sus labios…

Raiden se clavó en ella. Estaba a su merced, como él lo estaba a la suya.

–Dilo: eres mía. Toda tú, cada versión de ti.

–Solo ha habido una versión, la versión nacida para amarte.

De verdad no sabía qué ocurrió después de eso.

Raiden la devoró una y otra vez. Era como si hubiese contenido su pasión durante cinco años y estuviera liberándola en ese momento.

Era indescriptible.

Después de una conflagración que duró toda la noche, Scarlett se quedó entre sus brazos, cada célula de su cuerpo sobrecargada de felicidad. Al menos antes de que su cronómetro interior empezase a contar las horas.

Las diez semanas estaban a punto de terminar. Daba igual lo que dijera, lo que sintiera, sus planes eran lo más importante.

Y ella tendría que salir de su vida.

No podía soportar la idea de no verlo nunca más.

Solo había una manera.

Haciendo un esfuerzo para incorporase, Scarlett lo miró a los ojos, maravillándose de que esa belleza masculina y ese poder fueran suyos, aunque solo fuera temporalmente.

–Quiero renegociar nuestro acuerdo, Raiden. Quiero seguir siendo tu amante cuando te hayas casado.

Capítulo Ocho

Raiden se incorporó despacio, no solo porque la oferta de Scarlett lo hubiese dejado noqueado sino porque estaba tan agotado como si hubiera derramado su misma esencia dentro de ella. Cuatro veces.

Después de esa declaración, que había nacido para amarlo, no sabía qué le había pasado. Era como si hubiese perdido el autocontrol que había practicado durante años. Había sido como si un dique se rompiera en su interior, con una sostenida erupción de furia y pasión. Ella se había rendido incondicionalmente y el explosivo placer que se habían dado el uno al otro… lo había transfigurado. Había sido algo trascendente.

Después de la última vez en la ducha había vuelto a la cama dispuesto a provocar otro cataclismo, pero entonces ella le había hecho esa oferta y la sorpresa hizo que se olvidase de todo lo demás.

Scarlett lo miraba ávidamente, con el pelo cayéndole por los hombros desnudos, los labios hinchados por el efecto de su fiera posesión.

Nunca había visto nada tan hermoso, nunca había conocido nada tan poderoso.

Pero la seductora sonrisa en sus labios hinchados no llegaba a sus ojos, que tenían un brillo triste.

–Los hombres poderosos de Japón casi siempre tienen amantes, y es aceptado por la sociedad mientras sean discretos y no humillen a sus esposas. Yo tomaré todas las precauciones posibles para mantener nuestro secreto, aunque tú tendrás que controlar tus impulsos. No puedes aparecer en la oficina, donde nos vea todo el mundo.

De repente, Raiden quería levantarse, marcharse, detener aquello.

Pero antes de que pudiera moverse, Scarlett lo abrazó con fuerza por la cintura, apoyando la cara sobre su corazón.

–Si no te cansas de mí, como yo no me canso de ti, esto no tiene que terminar. No quiero perderte y haré lo que sea mientras podamos estar juntos. Sé que una vez que te cases con Megumi tu situación cambiará, pero no tienes que dejarme atrás para formar una familia ni para recuperar la herencia que llevabas buscando tanto tiempo. Puedes tenerme a mí indefinidamente y también todo lo demás que tanto deseas y mereces.

Los pensamientos de Raiden eran un caos que lo paralizaba, dejándolo mudo.

Estaba dándole carta blanca en su vida.

De nuevo, era lo último que esperaba. Aunque no esperaba nada, tan desconcertado estaba. Pero si hubiera podido pensar con claridad, habría llegado a una conclusión: que ya no era posible apartarse de ella.

Ni siquiera podía pensar en su vida sin ella en ese momento. No se le

ocurría otra razón para vivir que estar con Scarlett, compartir su vida con ella.

Por fin, era libre para aceptar que la había amado desde el momento que la vio y nunca había dejado de amarla. Pero en aquel momento la amaba con una profundidad de la que no se creía capaz y sabía que ella sentía lo mismo. En realidad, debería ser él quien le suplicara que no lo dejase nunca y no al revés.

Pero Scarlett se había adelantado, ofreciéndose a sí misma sin reservas, relegándose a ocupar un puesto entre las sombras.

Lo que más le dolía era que creyera que aquel era su sitio, que solo valía para estar escondida como si fuera un vergonzoso secreto. Lo creía de verdad. Se sentía sucia, como si tuviera una mancha que nunca sería capaz de limpiar. Cuando ella no tenía la culpa de nada.

Raiden estaba buscando la forma de decírselo cuando vio que Scarlett palidecía.

–No quieres seguir conmigo, ¿verdad? Lo siento, pensé que… lo siento mucho, no debería haber dicho nada…

La disculpa terminó abruptamente. Scarlett puso los ojos en blanco y cayó hacia atrás sobre la cama.

Y el terror que sintió estuvo a punto de hacer que Raiden se desmayase también.

No lo hizo porque el miedo lo había dejado paralizado.

–Scarlett, cariño… ¿qué te pasa? –exclamó, cuando pudo encontrar la voz.

No se movió cuando le sacudió los hombros. Y le temblaban las manos de tal modo que no lograba encontrarle el pulso.

«Contrólate».

Raiden intentaba pensar con claridad, pero solo podía verla allí, inerte, inmóvil. No podía despertarla. Ni siquiera sabía si respiraba.

Aterrado como nunca, sus mecanismos para luchar contra el miedo en momentos de máxima presión despertaron por fin. Intentando llevar oxígeno a sus pulmones, hizo lo que hacía siempre cuando alguno de sus hermanos caía herido: llamar a Antonio.

En cuanto respondió al teléfono, Raiden empezó a hablar con voz ahogada:

–Scarlett se ha desmayado. No puedo despertarla.

Sin preámbulos, Antonio empezó a dar órdenes:

–Túmbala de espaldas, quítale todo lo que le impida respirar y levántale las piernas a la altura del corazón. Comprueba las vías de ventilación y, si vomita, túmbala de lado inmediatamente.

–He hecho todo eso, pero sigue sin despertar –la voz de Raiden era apenas un susurro.

–Dame sus constantes vitales.

Él apretó los dientes mientras lo hacía.

–Lento, pero no es peligroso –dijo Antonio–. ¿Estado neuronal?

–¡Los reflejos son normales, pero no despierta!

–No sé por qué razón está inconsciente, pero no está en peligro inminente, cálmate.

–¡No puedes saber eso!
–Por lo que me has contado, sí lo sé. ¿Has llamado a una ambulancia?
–Te he llamado a ti porque eres el mejor. Ven aquí ahora mismo.
–Imagino que estás en tu nueva residencia…
–¡Sí!
–Cálmate o sufrirás un infarto y prefiero tener un solo paciente entre manos cuando llegue. Voy para allá.
Temblando, sin control, Raiden tiró el teléfono y volvió con Scarlett para comprobar su pulso una vez más, acariciándole la cara con su aliento, rogándole que despertase.
Pero no lo hizo. Permaneció inconsciente hasta que Antonio llegó.
Antonio había ido preparado con su maletín, siempre lleno de instrumentos quirúrgicos para solucionar cualquier emergencia. En silencio, examinó a Scarlett con manos expertas. Después de tomarle la presión, le hizo un test neurológico y tomó una muestra de sangre, usando unos instrumentos que Raiden no reconocía. Luego, por fin, lo guardó todo en el maletín.
–¿Por qué no la has despertado?
–Porque no puedo.
–¿Cómo que no puedes? –gritó Raiden, a punto de perder la cabeza.
Antonio lo miró con sus imperturbables ojos verdes.
–Puede que sea capaz de cualquier cosa en el campo de la medicina, pero no soy capaz de hacer milagros.
–¿Y haría falta un milagro para despertarla? –Raiden estaba sin aliento.
–Tranquilízate, te va a dar un infarto. Lo que ves en las películas, las inyecciones de reacción instantánea, las bofetadas o las sales, todo eso es ficción. En el mundo real, cuando una persona está inconsciente hay que dejarla que despierte por su cuenta, mientras estés seguro de que no le ocurre nada grave.
–Pero tiene que ocurrirle algo. Ha perdido el conocimiento de repente y…
–Hay un diagnóstico para eso –Antonio se incorporó para mirlo a los ojos, como si fuera a decir algo que cambiaría su vida para siempre–. Está completamente agotada y seguramente disgustada por algo. Y, con toda seguridad, embarazada.

Scarlett despertó como si saliera de un abismo.
Era un sitio oscuro y opresivo, pero del que no quería escapar. Al menos allí estaba a salvo y era mejor que la alternativa: salir para enfrentarse con una oscuridad aún peor, el rechazo de Raiden.
Se había ofrecido a sí misma, sin compromisos, para siempre si él lo deseaba. Pero su expresión le había dolido tanto que no había sido capaz de soportarlo. No quería sentir nada para no seguir sufriendo.
Sabía que se había desmayado, lo cual era muy extraño. Era la primera vez que perdía el conocimiento. Ni siquiera en los peores momentos de su vida, y había vivido pesadillas, le había ocurrido algo así.
Pero ninguno de esos momentos había sido tan brutal como saber que

todo se había terminado con Raiden. No quería salir de aquel capullo protector, quería permanecer envuelta en él para siempre y no sentir nada.

Pero estaba despierta e incluso antes de abrir los ojos sabía lo que vería: a Raiden.

Estaba de pie al lado de la cama, mirándola. Notaba su impaciencia, sin duda esperando que despertase. Pero también parecía agitado… ¿por el desmayo o por la oferta que le había hecho? ¿O por las dos cosas? ¿Pensaba que tendría entre manos a una mujer histérica cuando despertase? ¿Una que intentaría agarrarse a él y causarle problemas?

Scarlett abrió los ojos para asegurarle que no tenía nada que temer. Le había pedido más tiempo y él no se lo había dado. Sabía que sería así, pero tenía que intentarlo. Todo había terminado y se marcharía en silencio, pero él no sabía eso y era hora de decírselo.

Raiden se había puesto el pantalón y estaba sobre ella como un monolito, cada músculo de su majestuoso cuerpo más perfecto, más intimidante que nunca. Ese cuerpo que le había dado tanto placer pronto sería solo un recuerdo. Como todo lo demás.

Incluso su confesión de no haber estado con otra mujer. Por mucho que la desease, sus planes eran lo único importante para Raiden, y era natural.

Intentando apoyarse en un codo, Scarlett apartó el pelo de sus ojos.

–Siento haberme desmayado así. No me había pasado nunca.

–¿Por qué te disculpas? Tú no podías hacer nada.

Su voz sonaba ronca, helada. Después de aquel increíble interludio íntimo la hacía sentir tanto frío que Raiden estuviera separado de ella. Pero sabía desde el principio que llegaría aquel momento. Tal vez su desmayo había sido lo mejor para terminar con la escena que ella había causado impulsivamente.

Tenía que hablar de ello sin emoción, como si fuera algo lejano.

Scarlett se sentó en la cama.

–No, claro que no, pero te pido disculpas por lo que he dicho antes de desmayarme. Debió de ser la euforia después del sexo, pero lo retiro, no pasa nada. Seguiremos con nuestro acuerdo… de hecho, creo que deberíamos adelantar la despedida.

–¿Qué?

–Lo hemos dejado todo al descubierto y hemos tenido una sesión de sexo sin precedentes. Todo lo demás sería redundante, así que es hora de decir adiós.

Apartó el edredón como si la quemase, aunque le daba vergüenza estar medio desnuda delante de él en ese momento. Las intimidad había terminado y se sentía como se había sentido toda su vida: sin dignidad ni sitio donde esconderse.

No, peor que nunca, porque con cualquier otro hombre no le había importado sentirse como un objeto.

Scarlett empezó a vestirse con manos temblorosas.

–Me marcharé de Japón en una semana y esta vez, cuando desaparezca, no tendrás que preocuparte de volver a verme.

–¿Ese era el plan original, desparecer sin contármelo?

Scarlett parpadeó, en su rostro una emoción que no podía descifrar.

–¿Contarte qué?
–Que estás embarazada.
Si Raiden le hubiera dicho que era un extraterrestre no se habría quedado más sorprendida.
–¿Qué?
–¿Cuándo ibas a decírmelo?
Despacio, como intentado controlar su voz, ella respondió:
–Supongo que nunca, porque no lo estoy.
–Te he tocado por todas partes y he notado los cambios en tu cuerpo, en tu apetito, la sensibilidad en algunas zonas o a mi olor. Pero no saqué la obvia conclusión porque pensé que tú me lo dirías si fuera así. Sin embargo, no lo has hecho –Raiden clavó sus ojos en los suyos–. ¿Por qué, Scarlett? ¿Porque pensabas que nos diríamos adiós y no tendría que saberlo? ¿O porque ha sido un error que pensabas solucionar?
Ella sacudió la cabeza, incrédula.
–Si crees que me he desmayado porque estoy embarazada, olvídalo. No puede ser.
–¿Por qué no? No hemos tomado precauciones.
Scarlett levantó las manos para pedirle silencio antes de que se desmayase otra vez.
–No has tomado precauciones porque pensabas que yo las tomaba. Si crees que no deberías haber dejado esto en mis manos, que un embarazo sería un grave problema para ti, no debes preocuparte, porque no estoy embarazada.
Raiden la miró en silencio durante unos segundos.
–De verdad no sabes que lo estás, ¿no?
–Es que no lo estoy. No me puedo quedar embarazada, así que déjalo, por favor.
–¿Cómo que no puedes? Lo estás.
–No lo estoy. No puede ser –Raiden abrió la boca para insistir, pero ella lo detuvo de nuevo–. Sufrí un aborto traumático y los médicos me dijeron que no podría volver a quedarme embarazada.
Raiden dio un paso atrás, como si lo hubiera golpeado.
De verdad no sabía que estaba embarazada y pensaba que no era posible. Porque… porque…
De repente, todo tenía sentido. Eso explicaba la tristeza en sus ojos, una tristeza que ni siquiera su pasado o su presente situación podían explicar. Eso era lo que le había parecido que ocultaba. Él sabía que había algo y tenía que curar la herida que permanecía abierta dentro de ella.
–¿Te quedaste embarazada de mí? –era una pregunta, pero Raiden ya sabía la respuesta.
O tal vez no. Tal vez había ocurrido antes o después de conocerlo a él. Pero el corazón le decía que había estado embarazada de él.
–¿Crees que me habría quedado embarazada de otro hombre? –murmuró Scarlett, con tristeza en los ojos–. Lo primero que me enseñaron fue a protegerme de un embarazo.
A Raiden se le encogió el corazón. El embarazo había sido premeditado…

–¿Querías quedarte embarazada?

Ella apartó la mirada.

–Sabía que no había posibilidad de un futuro contigo, pero quería tener al menos una parte de ti. Pensaba salvarte de Medvedev, escapar de la organización y darle a mi hijo la vida que nos robaron a los dos. Pero ya sabemos qué fue de esos planes.

¿Era posible sentir más dolor? La pena lo ahogaba al contemplar su increíble coraje, su generosidad y su amor. Era terrible imaginar lo que habría sentido… la determinación de tener a su hijo sola, cuidarlo, darle lo que a ellos les habían robado.

Raiden tuvo que hacer un esfuerzo para no caer de rodillas ante ella y suplicar que lo perdonase por no haber estado allí, por no haberle dado todo lo que merecía.

–Pero algo salió bien. Me salvaste de Medvedev y escapaste de la organización.

–La única razón por la que no estoy muerta es que Medvedev subestimó lo que haría para protegerte a ti y a nuestro hijo. Y el precio fue… –Scarlett se mordió los labios– nuestro hijo. Ahora ya no puedo quedarme embarazada.

Antes de convencerla de que iban a tener otro, había algo que debía saber.

–Perdiste a nuestro hijo por las puñaladas de Medvedev.

Scarlett tragó saliva mientras asentía con la cabeza, su rostro una máscara impasible que, Raiden se daba cuenta, había ido perfeccionando con años de sufrimiento.

–Me dijeron que fue el bebé quien me salvó la vida al recibir las puñaladas más graves, pero el daño en el útero era demasiado extenso y me dijeron que no podría tener hijos.

Raiden no encontraba palabras para expresar el dolor, la furia, la frustración que sentía por no poder cambiar el pasado, por no haber podido defenderla y borrar sus cicatrices, mentales y físicas. Y por no poder castigar a Medvedev mil veces más, pero se prometió a sí mismo que castigaría a todos los que hubieran tenido algo que ver con Medvedev y con el sufrimiento de Scarlett.

Pero tenía que aliviar al menos una de sus agonías y, sacando la prueba del bolsillo, se la puso en la mano.

–Es una muestra de sangre que ha patentado nuestro médico del Castillo Negro, y el diagnóstico es cien por cien fiable cuando se trata de un embarazo.

–¿Qué?

–Antonio acudió al rescate cuando te desmayaste y tomó una muestra de sangre, que analizó con unos aparatos complicadísimos. Y el diagnostico es inequívoco: estás embarazada.

Scarlett miró lo que tenía en la mano. Era una especie de tarjeta de crédito transparente con varias casillas, una de ellas marcada como HCG, la hormona que detectaba el embarazo, con un puntito rojo.

–Debe ser un error.

–Antonio no comete errores, Scarlett. Volveremos a hacer la prueba para

que te convenzas, pero cree que estás embarazada de ocho semanas.
–Pero entonces… nuestra primera noche…
Raiden apretó sus hombros, atrayéndola hacia él.
–Tengo la impresión de que te quedaste embarazada esa noche.
Los ojos de Scarlett se llenaron de lágrimas.
–Pero yo vi la ecografía y el daño era demasiado extenso. Aunque estuviese embarazada, no sería posible llevar el embarazo a buen término. O tal vez es un embarazo ectópico, eso explicaría el resultado positivo.
Pensando que podría tener razón, Raiden llamó a Antonio para que volviese al ático, pero él le dijo que estaba ocupado.
–¿Scarlett está despierta?
–Sí.
–Pon el altavoz, quiero hablar con ella.
Antonio era un bromista, pero Raiden esperaba, por su bien, que no quisiera bromear en un momento como aquel.
–¿Scarlett?
–¿Sí? –respondió ella, perpleja.
–Imagino que no creías estar embarazada porque pensabas que era imposible.
–Así es.
–Y ahora que lo sabes, te preocupa la viabilidad del embarazo, por eso Raiden está a punto del infarto otra vez.
Scarlett asintió con la cabeza, como si Antonio pudiese verla.
–Te he hecho un examen exhaustivo con ecografía, pero Raiden debía estar demasiado agitado como para darse cuenta… o no reconoció el ultrasonido patentado por mí. Vi las viejas cicatrices y, por su tamaño y extensión, entiendo que esos médicos dieran una prognosis de esterilidad. Y habrían tenido razón de no ser por algo excepcional en ti.
–¿Qué? –exclamó ella, sorprendida.
–Perteneces a un raro porcentaje de personas bendecidas con una especial cicatrización. Eso significa que tus heridas curan casi elásticamente, dejando el tejido intacto. Por eso la cirugía estética en ti es casi indetectable. Por la condición de tu útero, creo que llevarás adelante el embarazo sin incidentes y con actividad normal durante al menos treinta y dos semanas. Después de eso, recomiendo que te quedes en la cama. Tu niño milagro se desarrolla por encima de lo normal y, de seguir así, en la semana treinta y seis debería estar lo bastante maduro como para nacer. Recomiendo una cesárea, que por supuesto practicaré yo mismo.
Antonio terminó de dar el informe y prometió buscar un hueco para hacerle un chequeo completo.
Luego, tuvo que soportar el abrumador agradecimiento de Raiden y cortó la llamada porque tenía que practicar una operación.
Raiden siguió mirando a Scarlett durante unos segundos, su rostro una máscara de sorpresa. Entonces, de repente, la máscara se resquebrajó y un espectro de emociones apareció en su rostro. Lo que acababa de descubrir, lo que tanto había anhelado y creía perdido para siempre debía estar cambiando todo dentro de ella. Cambiando su vida y sus expectativas.

Como las suyas.
El embarazo no cambiaba lo que sentía por ella o lo que pensaba hacer. Su amor ya lo había cambiado todo. El embarazo solo era la guinda del pastel, lo mínimo que el destino le debía a Scarlett después de lo que había sufrido.
Y eso solo sería el principio. Tendría amor y seguridad, todo lo que él pudiera darle durante el resto de su vida.
–Raiden… –Scarlett parecía a punto de desmayarse otra vez y Raiden la abrazó.
Sabía que se quedaría dormida en cuanto pusiera la cabeza sobre la almohada porque todo aquello era demasiado para ella. Pero no sería un desmayo sino un sueño feliz y reparador. Su sonrisa lo dejaba claro.
Lo único que quería era desnudarse y dormir abrazado a ella, envolverla en su amor y su protección. A Scarlett y a su hijo.
Pero antes de que pudiese hacerlo sonó el teléfono y, pensando que sería Antonio de nuevo con algún consejo, alargó la mano para responder.
–Raiden-san, debes venir a la oficina ahora mismo.
La orden era su tío, Takeo Hashimoto.
–Sí, por supuesto.
Un segundo después, esbozó una sonrisa. Todo parecía conspirar para que estuviese con Scarlett. El descubrimiento de Numair había llevado a su confesión, luego a la revelación de Antonio. Y, por el inusual tono seco de su tío, aquello llevaría a la confrontación que Raiden había esperado.

* * *

Media hora después, entraba en la oficina de su tío, que lo esperaba muy erguido, con las manos sobre el escritorio. Por su expresión seria, y porque no había ido a recibirlo a la puerta, Raiden sabía que estaba furioso.
Mejor, así sería más fácil. Siempre era difícil despedirse de alguien cuando se mostraba amable.
Takeo Hashimoto empezó sin preámbulos:
–Hemos descubierto tu ilícita relación con una mujer extranjera.
Como él había pensado. Incluso se preguntaba por qué aquella confrontación no había tenido lugar antes.
Raiden miró con calma a su tío mientras se sentaba frente al escritorio. Era una pena no poder formar parte de la familia, porque estaba empezando a sentir verdadera familiaridad con Takeo, pero seguramente sería la última vez que se vieran. Y si volvía a verse serían antagonistas, al menos por parte de Takeo.
Romper un pacto de honor sería un insulto irreparable, no había marcha atrás, y a Raiden le daba igual.
–¿Hemos? ¿Quieres decir que Megumi lo sabe?
–Es ella quien me lo ha contado.
Eso sorprendió a Raiden. No que Megumi lo supiera, sino que lo hubiese comentado con su padre.
–Fue ese canalla de Hiro Matsuyama quien preparó todo esto y ahora

dice que esa mujer está esperando un hijo tuyo.

Eso dejó a Raiden atónito.

¿Todo el mundo se había dado cuenta de que Scarlett estaba embarazada antes que él?

–¿Qué tiene que ver Hiro con todo esto?

Hashimoto lo miró como si no lo conociera.

–Él la llevó a la fiesta donde fingió honrar tu compromiso con Megumi, pero solo lo hizo para poner a esa seductora profesional en tu camino.

¿Había descubierto Hashimoto la identidad de Scarlett? No, imposible. ¿Pero por qué diría eso si no lo supiera?

Raiden eligió sus palabras con cuidado:

–Scarlett trabaja para una ONG y es la mejor amiga de Hiro. ¿De dónde has sacado la teoría de que la llevó a la fiesta para que me sedujera? ¿Por que haría eso Hiro, además?

–Porque ama a Megumi –respondió Hashimoto–. No solo quería evitar vuestro matrimonio, sino hacerlo con un escándalo que deshonraría a la familia. Entonces sería imposible aspirar a otro matrimonio ventajoso y me vería obligado a aceptar a alguien como él como marido de Megumi.

Otra sorpresa. Raiden no sabía que Hiro se sintiese atraído por Megumi. Claro que la última vez que lo vio estaba cegado de celos, convencido de que Hiro estaba loco por Scarlett.

Pero al recordar su encuentro en la fiesta empezó a verlo todo con claridad. Megumi se había mostrado muy nerviosa cuando Hiro se acercó y él se mostraba agresivo… por Megumi.

¡Estaban enamorados!

Por eso Megumi le había contado lo suyo con Scarlett, para que rompiese el compromiso. De ese modo sería libre para casarse con Hiro.

¿Cómo podía haber estado tan ciego?

Al menos no se había hecho un daño irreparable. Llamaría a Hiro en cuanto rompiese su compromiso con Megumi para decirle que pidiera su mano de inmediato. Tenía que hacerlo mientras Takeo estuviera dispuesto a aceptar a alguien que le parecía socialmente inaceptable.

Por su tío, Raiden esperaba que aceptase a Hiro sin reservas. Tanto clasismo, aunque socialmente dictado, empezaba a irritarlo. Si rechazaba a Hiro sabiendo que su hija estaba enamorada de él, tendría que escucharlo. Y estaba seguro de que a su tío no le gustaría nada verlo enfadado.

–¿Entonces acabas de descubrirlo?

–Megumi me lo contó tres semanas después de la fiesta de compromiso.

Raiden enarcó una ceja. ¿Tres semanas después de la fiesta?

¿Cómo se había enterado? Megumi solo podía haber descubierto su indiscreción por Hiro, que veía a Scarlett a menudo. O solía verla antes de que empezase su relación. Hiro debía haber sumado dos y dos… tal vez incluso los había seguido.

En cuanto a saber que Scarlett estaba embarazada, las señales debían ser claras para alguien que estuviese atento.

Raiden suspiró.

–¿Y por qué has guardado silencio durante todo este tiempo?

–Al principio fuiste discreto y pensé que estabas disfrutando de esa

mujer antes de sentar la cabeza con Megumi, pero luego empezaste a ser descuidado, dejando que nuestros socios y rivales te viesen con esa mujer, llevándola a tu casa… –hizo un gesto de desagrado–. Solo faltan dos semanas para la boda y estoy seguro de que has estado en sus brazos hasta ahora mismo.

Raiden suspiró de nuevo.

–Sí, es verdad.

–Y la has dejado embarazada.

Raiden, que aún no se hacía a la idea de que Scarlett estuviera esperando un hijo suyo, esbozó una sonrisa de felicidad.

–Eso también es verdad.

Hashimoto lo miró con cara de horror, como si acabase de verlo cortándose su propio brazo.

–¿No te das cuenta de la magnitud del escándalo que eso provocará?

–No será tan malo como tú crees.

Si se hubiera casado con Megumi y tuviese un hijo ilegítimo con Scarlett habría sido apartado de la sociedad permanentemente como un estigma para los Hashimoto. Pero romper el compromiso, aunque fuese tan tarde, por su embarazada amante *gaijin*… eso solo daría lugar a maliciosos comentarios, como en cualquier otra parte del mundo.

Los Hashimoto serían ridiculizados durante unos meses, él se iría de Japón para no volver nunca y su desaparición haría que el escándalo quedase en el olvido.

–Raiden-san, yo esperaba mucho más de ti –dijo su tío entonces–. Jamás sospeché que fueses tan ingenuo como para dejarte engañar por una mujer así. No solo te ha engañado, sino que te ha puesto en una posición muy comprometida. Y a mí también.

Era hora de aclarar las cosas. Raiden no iba a permitir que nadie hablase mal de Scarlett.

–La señorita Delacroix es una mujer noble, buena y valiente, Takeo. Y no permitiré que le faltes al respeto. Es la mujer a la que amo, la madre de mi futuro hijo y con la que voy a casarme.

–¿Vas a casarte con esa mujer?

–De verdad esperaba formar parte de tu familia y habría sido un honor ser tu hijo adoptado, pero esto es lo mejor para todos. Siento no haberlo hecho antes, pero las circunstancias son las que son. Tú te has adelantado, pero pensaba hablar contigo y el resultado habría sido el mismo.

Hashimoto se hundió en la silla.

–No puedes hacer esto, Raiden-san. No puedes… te he llamado para que rompieses tu relación con esa mujer, para que te la llevases de Japón.

–Y ahora sabes por qué he venido yo a verte.

–Aunque ya no te importe formar parte de mi familia o destruir nuestro honor, hay miles de millones en juego para todos. Y todos incluye a los jefes de la *yakuza*.

Eso hizo que Raiden se sentase al borde de la silla.

–¿De qué estás hablando?

–¿Crees que una fusión de tal magnitud puede ocurrir sin que la *yakuza* pida un pedazo del pastel?

–¿Qué?

–Una docena de jefes cuenta con este matrimonio, con que tú seas quien lleve el timón de la empresa una vez te hayas casado con Megumi. Pero gracias a tu indiscreción han descubierto tu relación con la señorita Delacroix y están muy preocupados.

»Estaban esperando como buitres la fusión para conseguir su comisión y a punto de intervenir cuando pensaban que ibas a casarte con Megumi. Si descubren que no tienes intención de hacerlo, la señorita Delacroix se habrá convertido en un obstáculo en su camino y no se lo pensarán dos veces antes de eliminarla.

Capítulo Nueve

Raiden miraba las luces de Tokio por la ventana, la angustia que sentía hacía que le costase respirar.

Incapaz de soportar la ciudad que una vez había creído su sitio, bajó las persianas automáticas y dejó el ático a oscuras.

Aunque no necesitaba luz. Había operado en la oscuridad durante la mitad de su vida. Solo necesitaba su habilidad, su voluntad y a sus hermanos para tener éxito, para sobrevivir.

Para vivir solo necesitaba a Scarlett.

Todos le decían que no podía tenerla: sus hermanos, su tío, la sociedad. Pero nada de eso importaba ya.

Lo que importaba era la *yakuza*.

Su opinión era inamovible y le habían enviado a su tío con un claro mensaje: «líbrate de Scarlett o lo haremos nosotros».

Raiden había creído conocer el miedo de niño, en manos de aquellos monstruos, pero no había experimentado un miedo tan feroz desde que empezó a formar parte de la hermandad y había olvidado esa sensación años atrás. Nunca había conocido un miedo como aquel.

Pensar que podría perde a Scarlett…

Su tío le había dicho que no haría públicas sus intenciones de cancelar la boda hasta que hubiera decidido qué hacer con la amenaza de la *yakuza*. Aunque estaba furioso y disgustado porque Raiden había decidido romper el compromiso, también estaba preocupado por él.

Cuando Raiden, ciego de ira, le había dicho que él podía protegerse a sí mismo y a Scarlett, su tío había dado argumentos válidos de lo contrario.

La *yakuza* necesitaba esa fusión que solo conseguirían con un matrimonio estable y herederos legítimos. Ya habían comprado acciones y hecho apuestas dependiendo del matrimonio…

Raiden había jurado a su tío que antes los mataría él, pero Takeo, mirándolo como si hubiese perdido la cabeza, le había dicho que eso era imposible.

Y Raiden sabía que era verdad.

Takeo prometió hacer todo lo posible para calmarlos y ganar tiempo, pero la situación era muy peligrosa.

Matarlos a todos era imposible. La *yakuza* tenía ramas y hombres por todo el país…

Él podría matar a una docena esa misma noche y pedir ayuda a sus hermanos, pero era imposible matarlos a todos. La *yakuza* era un cáncer en la sociedad japonesa. Matar a unos cuantos no serviría de nada. Al contrario, se vengarían tarde o temprano y su venganza sería terrible.

Aunque pudiese mantener a Scarlett escondida o cambiar su identidad,

siempre estaría en peligro. Y aunque desapareciese con ella, quedaban sus hermanos. Los *yakuza* no olvidaban sus venganzas, necesitaban dar una lección para mantener a sus futuras presas en línea. Si, por algún milagro, su objetivo lograba escapar, eliminaban al siguiente en la lista.

De modo que ni golpear ni esconderse era la solución. Había demasiado en juego. Todo estaba en juego.

Porque Scarlett lo era todo para él.

Ponerla a salvo, a ella y a su hijo, requería un plan de acción diferente, y para eso necesitaba a sus hermanos. A todos ellos. En aquel plan no podía haber margen de error. Ninguno.

Raiden entró en el oscuro dormitorio sabiendo que Scarlett seguía dormida. Su aroma lo envolvía, su esencia permeaba el aire.

Haciendo lo que había querido hacer desde que fue a ver a su tío, se quitó la ropa y se tumbó a su lado en la cama, abrazándola como si así pudiese mantenerla a salvo.

Tenía que descansar y, cerrando los ojos, intentó relajarse.

No iba a contarle nada sobre la *yakuza* para que Scarlett no se comportase de manera diferente porque estarían vigilándola más de cerca después de haber enviado su mensaje.

No podía alarmarla o disgustarla antes de que fuera necesario, y le dolía en el alma saber que tarde o temprano tendría que hacerlo.

Unos minutos después, Scarlett se levantó con cuidado, como hacía cada mañana, para no despertarlo. Luego, como si no pudiese evitarlo, volvió a inclinarse sobre él para darle un beso en la frente y el corazón de Raiden estuvo a punto de explotar.

Fingiendo moverse en sueños para que no notase los salvajes latidos de su corazón, se apartó de ella.

Un suspiro escapó de sus labios, un sonido feliz, mientras le daba un último beso en el hombro y saltaba de la cama.

En los quince minutos que tardó en arreglarse para ir a trabajar, Raiden se ahogaba en una docena de deseos: llevarla de vuelta a la cama, agarrarla del brazo y correr al aeropuerto para escapar de Japón y desaparecer para siempre, contárselo todo.

Pero el principal deseo era salir a la calle y enfrentarse con los gángsteres que amenazaban a Scarlett. Era un deseo que no podía cumplir, pero había añadido la *yakuza* a la lista de monstruos que recibirían su castigo.

Por el momento, la seguridad de Scarlett era lo más importante de todo, lo único importante.

Mientras se vestía en el baño empezó a canturrear una canción y Raiden aguzó el oído. Nunca la había oído cantar. De hecho, nunca la había visto tan… feliz. Por primera vez en su vida, Scarlett era feliz.

Y pronto él tendría que arruinar esa felicidad.

En cuanto la puerta del ático se cerró tras ella, Raiden se levantó de un salto. En unos minutos había dado una alarma general, pidiendo una reunión con los hermanos que estaban en Japón y con los otros por videoconferencia.

Necesitaba encontrar una solución antes de que terminase el día.

Y la tendría.

–¿Qué jefes *yakuza* han hecho esa amenaza?

Era Numair, como siempre, el primero en hacer la pregunta más relevante después de que uno de ellos hubiese contado un problema que debían resolver entre todos.

Raiden, que había investigado y sabía de dónde provenía la amenaza, se lo contó a sus hermanos.

Conocían a todas las figuras de poder en el mundo, desde jefes de estado a mentes criminales, y los nombres que mencionó estaban entre el círculo más peligroso.

Después de un minuto de silencio, Richard fue el primero en hablar:

–¿Estás seguro de que quieres enfrentarte a esas víboras? Los japoneses tienen una extraña obsesión con el honor y los rituales. Vuestras venganzas duran siglos y vuestros criminales son los más tenaces del planeta.

Raiden miró al inglés.

–Me enfrentaría con el propio demonio por Scarlett, moriría por ella y me llevaría a cualquiera por delante. Pero es por eso por lo que os he llamado, para encontrar una solución que no sea enfrentarse con ellos. Quiero que esto se haga discretamente y que no haya ni el más mínimo error.

–Entonces, se me ha escapado algo.

Quien hablaba era Jakob Wolff, el dios noruego, como lo llamaban los medios de comunicación. Y muchas mujeres estaban de acuerdo. Con el nombre clave de Cerebro durante sus años con la organización, era un virtuoso de las armas de alta tecnología, probablemente la rama del negocio que daba más beneficios a la multinacional Castillo Negro.

Raiden y él siempre habían tenido sus diferencias y Jakob lo miraba a través la pantalla con expresión airada.

–¿A qué te refieres?

–Cuando dices que te llevarías a cualquiera por delante imagino que eso nos incluye a nosotros. ¿Y por qué deberíamos estar de acuerdo?

Raiden lo miró como si quisiera darle una patada *kakato-geri* en la cabezota.

–Porque le debéis a Scarlett vuestra fortuna, vuestra seguridad y hasta vuestras vidas. Medvedev había descubierto mi identidad y, por asociación, las vuestras también. O lo habría hecho tarde o temprano. Scarlett estuvo a punto de perder la vida antes de matarlo, por eso debéis estar de acuerdo.

Jakob sostuvo su furiosa mirada.

–No sé si es una buena razón.

–Cállate, Cerebro.

La orden de Numair fue recibida con un gruñido, pero Jakob guardó silencio. Numair siempre sería el jefe del grupo. Le habían confiado sus vidas cuando eran niños y, por mucho que hubiesen cambiado, por muchos años que hubieran pasado, siempre aceptarían sus órdenes.

–¿Qué necesitas que hagamos, Raiden?

Ese era Rafael, probablemente el hermano al que tenía más cariño y al que no había querido llamar porque estaba recién casado y con un niño en camino. Como él.

Raiden no había querido apartar a Eliana de su lado, pero después de su memorable encuentro con ella antes de la boda en Brasil, donde vivían, sentía un gran aprecio por la esposa de Rafael. Eliana era la clase de amiga que le gustaría para Scarlett.

–Quiero que uses todos tus recursos y tus contactos. Pide favores, presiona, convence a quien sea para que la *yakuza* tenga interés en olvidar la existencia de Scarlett.

Rafael asintió con la cabeza, sin decir nada.

Raiden sabía que ninguno de ellos le daría la espalda, que harían todo lo que estuviera en su mano para ayudarlo, pero no quería dejar la menor duda sobre la gravedad de la situación.

–Si no conseguimos aplacar a esos canallas tendré que fingir mi muerte y la de ella, como hicimos antes. Y cuando volvamos a aparecer no podréis conocer mi nueva identidad. No volveréis a verme, de ese modo no os pondré en peligro.

–¿Y cómo vamos a vivir sin soportarte, Relámpago? –el tono de Ivan era burlón, pero había un brillo de alarma en sus ojos.

No podía soportar la idea de perder a otro hermano como habían perdido a Cifras.

–Rafael y tú sois la única razón por la que yo soporto a esta pandilla de bobos y a ese ogro de líder. Haría lo que fuera para no perderte de vista.

El comentario de Richard fue recibido con bufidos, pero Raiden sabía que todos sentían lo mismo.

–Perder a alguno, aunque sea un pesado como tú –Numair miró a Jakob– no es una opción –luego hizo una pausa, sin duda recordando cómo habían perdido a uno de los hermanos sin poder hacer nada. Cifras había desaparecido sin dejar rastro y todos se sentían culpables–. En cuanto a tu novia…

–Scarlett lo es todo para mí –lo interrumpió Raiden–. Y está esperando un hijo.

Mirando agradecido a Antonio, que le había dado la mejor noticia de su vida, Raiden explicó el milagro. Sus hermanos tardaron un minuto en digerir la nueva información, pero después lo bombardearon con preguntas y felicitaciones.

Empezaba a sentirse como un papá orgulloso, pero increíblemente angustiado. Y entonces, como siempre, a Numair se le ocurrió un plan.

–Haríamos lo que fuera por Scarlett porque tú la quieres, pero ahora que sabemos que estuvo a punto de sacrificar su vida por ti, cualquiera que se atreva a amenazarla pagará por ello –Numair miró alrededor para buscar corroboración–. Guardaremos a Scarlett y a tu hijo con nuestras vidas y creo que sé cómo hacerlo.

Durante las siguientes tres horas hablaron de cada detalle y cada posibilidad. Después, Ivan y Antonio se fueron y los demás cortaron la comunicación para ponerse a trabajar.

Numair se quedó unos minutos más para asegurarse de que Raiden no posponía lo primero que tenía que hacer y, aunque se le encogía el corazón, sabía que era necesario.

Era lo más difícil que Raiden había hecho nunca: darle a la *yakuza* lo que estaba esperando.

Y tenía que ser convincente.

Cuando entró en la oficina, Scarlett notó que todas la miraban con gran interés.

Había empezado a despertarlo desde que Raiden fue a buscarla… y eso fue antes de que descubrieran su identidad.

Pero ya no escondían que estaban hablando de ella. Los cotilleos eran un pasatiempo allí y, siendo una *gaijin* de aspecto tan llamativo, Scarlett lo entendía. Pero no entendía la razón de esas miradas de curiosidad.

No tuvo que preguntarse durante mucho tiempo. Encontrar a Hiro esperándola en la oficina lo explicaba todo.

Hiro Matsuyama era el segundo multimillonario que iba a buscarla. Además, recientemente había descubierto que era considerado un héroe en su país; un hombre que había dejado atrás un pasado delictivo para convertirse en un famoso y admirado empresario. Y aunque todo el mundo sabía que eran amigos, que estuviese allí era noticia.

Scarlett, increíblemente feliz por primera vez en su vida, esbozó una sonrisa mientras lo abrazaba, sabiendo que eso daría más que hablar.

–¿A qué le debo esta maravillosa sorpresa?

–No pensarás que es maravillosa cuando sepas por qué estoy aquí.

Fue entonces cuando notó su angustiada expresión.

–¿Te ocurre algo? ¿Le ha pasado algo a Megumi?

Hiro asintió con la cabeza.

–Ocurre algo de lo que Megumi y yo somos culpables.

–Por favor, dime qué pasa.

Como si se ahogara en el sentimiento de culpa, Hiro dejó caer los hombros.

–Esa noche, en la fiesta de compromiso, uno de mis guardaespaldas me dijo que te había visto con Kuroshiro en el cenador. Después, te portabas de manera diferente y supe que era por él, así que te seguí. Y en cuanto supe que había algo entre vosotros, se lo conté a Megumi.

Scarlett lo miró, perpleja. Jamás habría imaginado que Hiro pudiese hacer algo así, pero sabiendo lo que sentía por Megumi era comprensible.

Scarlett suspiró mientras lo llevaba al sofá y se sentaba a su lado.

–Querías que Megumi rompiera su compromiso con Raiden.

–La ha visto cinco veces en las últimas nueve semanas y nunca a solas. Está contigo todo el tiempo –Hiro sacudió la cabeza–. Pero cuando se lo contó a su padre, él le dijo que era de esperar que un hombre como Raiden tuviese una amante.

Scarlett hizo una mueca. Ella sabía que el embarazo no cambiaría nada, aunque tal vez Hiro le había dado una buena noticia. Si al tío de Raiden no le importaba que tuviese una amante, tal vez podría seguir en su vida

como había sugerido antes de saber que estaba embarazada.

Podría estar con él hasta que el embarazo empezase a notarse. Tener una amante era una cosa, tener una amante embarazada, otra muy diferente.

Una de las razones por las que iba a casarse con Megumi era para tener un heredero legítimo. Un hijo ilegítimo sería un problema para cualquiera, pero mucho más para un hombre en la posición de Raiden.

Pero pasara lo que pasara, era suficiente con tener a su hijo. Su hijo.

Aún le parecía imposible. Había ocurrido un milagro.

Antonio podía decir que era una cuestión física, pero ella prefería pensar que su amor por Raiden había curado todas las cicatrices. O que el destino por fin había decidido compensarla con un milagro cuya alegría borraría todas las penas del pasado.

–¿Scarlett?

Ella parpadeó, intentando concentrarse en la conversación.

–Perdona, parece que aún estoy dormida.

–Sé que estás embarazada.

Ella lo miró, boquiabierta.

–¿Cómo?

–He notado las señales en las últimas semanas –respondió Hiro–. Nada te sabía igual, no podías soportar el olor de mi loción de afeitado, y tu percepción del frío y el calor no tenían nada que ver con el tiempo.

Ella negó con la cabeza, sorprendida.

–Vaya, parece que conoces bien los síntomas del embarazo.

–Tengo hermanas, así que lo sé todo sobre los embarazos.

–Entonces supongo que no tiene sentido negarlo, pero espero que guardes mi secreto.

–No, en realidad no puedo.

–¿Qué?

–Eso es lo que he venido a confesarte –la agitación de Hiro aumentaba con cada palabra–. Quería delatar a Raiden, arrinconarlo para que hiciese lo que debía hacer: casarse contigo y liberar a Megumi del compromiso. Hablé con el padre de Megumi porque estaba desesperado, aunque sabía que estaba traicionando tu confianza. Esperaba que no pasara nada, pero esta mañana, cuando lo he visto, he venido corriendo a explicártelo.

–No te entiendo. ¿Qué has visto?

–La noticia de tu embarazo en todos los periódicos y en las redes sociales.

Habían pasado dos horas desde que Hiro se fue y Scarlett seguía sentada en el sofá, leyendo las noticias en su tableta.

Los artículos de cotilleo diseccionaban su «sórdida aventura» y terminaban con especulaciones sobre el futuro de Raiden. Un artículo incluso llegaba a decir que iba a convertirse a una religión que le permitiría ser bígamo.

En resumen, un completo desastre.

¿Por qué no se había puesto en contacto con ella? Tenía que verlo de

inmediato para…

–Scarlett.

Raiden. Allí, como si lo hubiera conjurado.

Intentó levantarse tan bruscamente que todo empezó a darle vueltas y tuvo que sentarse de nuevo.

Raiden corrió hacia ella para abrazarla y, antes de que pudiese decir nada, o disculparse por los problemas que le había causado, le tomó la cara entre las manos y buscó sus labios en un beso devorador.

–Te quiero, Scarlett. Siempre te he querido y te querré hasta el día que me muera.

Scarlett intentó salir de su estupor.

–¿De verdad?

–¿Qué creías que habían sido esos cinco meses mágicos en Nueva York? ¿O los cinco años en los que ni siquiera pensé en estar con otra mujer? ¿O estas pasadas ocho semanas con un final milagroso?

–Yo… no pensaba nada, solo quería amarte… y cada segundo contigo ha sido maravilloso.

–¿No sabías que iba a pedirte que estuvieras conmigo para siempre?

–Yo… pensé que amabas a Hannah, una persona que no existe en realidad.

Le pasó los dedos por el pelo, sus ojos brillando de sinceridad.

–Solo te veía a ti, daba igual el nombre o el disfraz que usaras. Has admitido que siempre eras tú misma conmigo y yo te he dicho que te sentía a ti, que te deseaba a ti. Jamás volveré a esconderte nada de lo que siento por ti. Te quiero, te adoro. Lo eres todo para mí, cariño, todo. Tú y nuestro milagroso hijo.

Scarlett lo miró a los ojos, queriendo guardar esa imagen de él mientras le confesaba su amor.

Sentía como si hubiera nacido de nuevo, en un mundo donde no tenía que estar sola sino con la persona que la amaba como lo amaba ella, con su pasado y su futuro, su fuerza y sus cicatrices.

–Pero quiero que hagas algo por mí –dijo Raiden entonces–. Sin hacer preguntas.

Scarlett apretó sus manos, con el corazón acelerado.

–Tú sabes que haría cualquier cosa por ti.

–Quiero que te marches de Japón.

–¿Qué?

–Quiero que guardes en una maleta todo lo que necesites de inmediato y vuelvas a Estados Unidos. Yo guardaré el resto de tus cosas y te las enviaré cuando sepa tu dirección.

Scarlett lo miraba, atónita. No podía entender lo que decía.

¿Le había confesado su amor solo para decirle que no podían seguir juntos?

Siempre había pensado que su apellido y su herencia eran lo más importante para él, que terminaría perdiéndolo. Pero después de haberle confesado su amor…

–¿Confías en mí? –le preguntó Raiden.

Confiaba en él. Le confiaría su vida y la de su hijo. Que estuvieran

juntos o no… era eso en lo que no confiaba.

–Sí, claro.

–Confía en mí, Scarlett. Confía en mi amor y en que haría cualquier cosa por ti. Confía sin la menor duda y vete. Ahora mismo, por favor.

Tenía que confiar en él, sabía que debía hacerlo, pero Raiden tuvo que ayudarla a levantarse tomándola por los hombros.

–Steve está esperando fuera. Él irá contigo. Llévate este móvil y llámame en cuanto estés en el avión.

Cuando tomó el móvil con mano temblorosa y Raiden dio un paso atrás, privándola de su calor, estuvo a punto de caer de nuevo en el sofá. Pero él le imploró que se fuera y, por fin, Scarlett se dio la vuelta para salir de la oficina.

Sin duda sus colegas habrían escuchado la conversación y pronto estaría colgada en Internet.

Sintiéndose destruida, desolada, más que la primera vez que se alejo de él, Scarlett se volvió para mirarlo por última vez.

Raiden. Su único amor.

Estaba mirándola como si se hubiera llevado su corazón con ella, arrancándolo de su cuerpo.

Aunque le había dado a entender que volverían a verse, que aquello solo era una emergencia que no podía explicar, ella sentía que era el final.

Diciéndole adiós en su corazón, porque sabía que la esperanza era más dolorosa que el desconsuelo, se alejó de él para siempre.

Capítulo Diez

Raiden miraba a Scarlett alejándose con paso incierto entre sus colegas, que habían hecho una fila en el pasillo, sintiendo como si la vida se le escapase con cada paso.

Todo el mundo pensaba que aquello era real, que la había echado de su vida sin contemplaciones. Y eso era lo que él quería.

Algunos intentaron acercarse a ella con gesto preocupado, preguntándole si necesitaba ayuda, pero Scarlett negaba con la cabeza como si no pudiera encontrar la voz.

Raiden quería rugir que la dejasen en paz, pero tenía que estar allí y sufrir cada segundo.

Cuando ya no podía verla se dio la vuelta, luchando para contener las lágrimas. No quería que nadie le hiciese una foto llorando, porque eso echaría por tierra su plan.

Sacando el móvil del bolsillo, llamó a Steve y le dijo lo que debía hacer durante los próximos días, cuántos guardaespaldas debían ser asignados a Scarlett, los protocolos que habían de seguir, los informes que tenía que enviarle… una seguridad que ni siquiera tenía un jefe de estado.

Después se quedó allí, en la oficina que ya no era de Scarlett, esperando a que Steve la alejase de él, haciendo un esfuerzo para no correr tras ella, pasara lo que pasara. Dejarla ir era lo más difícil que había hecho en toda su vida.

Pero tenía que hacerlo para que la *yakuza* pensara que la había echado de su lado. Y tenía que hacerlo con testigos que colgarían la escena en la Red.

No sabía cuánto tiempo tendría que esperar hasta que el plan que había trazado con sus hermanos funcionase y lo hiciera a la perfección. Y las siguientes dos semanas, hasta la fecha de su supuesta boda con Megumi, eran las más peligrosas para Scarlett.

Después de la amenaza, su presencia en Japón, especialmente con la noticia del embarazo, sería considerada un reto y los gángsteres podrían pensar que esa trasgresión merecía castigo.

Había esperado poder explicarle por qué tenía que irse, pero no quería que supiera nada, solo prometerle que se reuniría con ella. Esperaba que lo hubiese creído, al menos con el corazón, hasta que pudiese contarle la verdad. Y que su confusión mientas salía de la oficina convencería a todos de que la suya era una abrupta y permanente separación.

Esperaría unas horas antes de llamarla por la línea segura que le había dado para explicar lo que pasaba. No iba a arriesgarse con los teléfonos, tenía que convencer a la *yakuza* de que lo suyo con Scarlett se había terminado.

No le daría los detalles del peligro en el que se encontraba porque no quería asustarla más, pero al menos estaría a salvo hasta que se resolviera la situación.

Aunque incluso él, con sus ilimitados recursos, sabía que no había forma de mantenerla a salvo del todo más que un par de días. Sus hermanos y él tenían unos días para terminar con aquello y salvar su vida.

Para dar el último toque a la escena, Raiden salió de la oficina como una estrella del rock, rodeado de gente que le hacía preguntas. Las mismas preguntas que le habrían hecho los paparazzi.

Una vez en la calle, como si por fin se hubiera dado cuenta de que no iba solo, Raiden se volvió hacia ellos y dijo lo que sabría todo Japón en unos minutos.

Cada mentira le rompía el corazón, pero tuvo que mentir con la esperanza de estar esbozando una sonrisa despreocupada y no una mueca de agonía.

–Lamentablemente, la señorita Delacroix no volverá a Japón, pero seguirá haciendo su trabajo en otras zonas del mundo. En cuanto a su embarazo, fue una falsa alarma. Y sí, mi boda con Megumi Hashimoto tendrá lugar en dos semanas, como estaba convenido.

Siguieron haciendo preguntas, pero él hizo un gesto con la mano mientras subía a la limusina que lo esperaba en la puerta.

Mientras se alejaba, levantó el cristal separador y se dejó caer sobre el asiento, contando los minutos antes de llamar a Scarlett para ver si había llegado al aeropuerto. Después de eso, volvió a contarlos hasta que volviese a verla.

Y en aquella ocasión sería para siempre.

–¡Este maldito plan está durando una eternidad!

El gruñido de Raiden fue seguido de un golpe.

La auxiliar de vuelto, asustada por sus gritos, había dejado caer la bandeja y Raiden se disculpó con un gesto antes de mirar por la ventanilla de su avión privado, intentando contener la angustia.

Ni siquiera su entrenamiento en artes marciales lo ayudaba a relajarse. Estaba perdiendo el control.

–Han pasado dos semanas –la tranquila repuesta de Numair por teléfono solo echaba gasolina al fuego.

–Es una eternidad.

–No sabía que tú midieses el tiempo con parámetros diferentes a los establecidos.

–Fantasma, no te hagas el gracioso o podrías provocar el infarto del que tanto habla Antonio –Raiden hizo una pausa–. Me da igual el tiempo que haya pasado, no puedo soportarlo más.

–En realidad, llevas sin soportarlo desde que Scarlett se marchó.

Él abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla sin decir nada.

Numair tenía razón. No había pasado tanto tiempo. Aunque el esfuerzo de sus hermanos había sido titánico, en menos de dos semanas no se habría podido desentrañar una telaraña de intereses, atar cabos y

controlar todas las medidas de seguridad.

Pero sus hermanos lo habían conseguido por fin y recibió la señal de que el peligro había pasado cuando los invitados a su boda con Megumi llenaban el salón en el que tendría lugar la ceremonia.

Hashimoto había anunciado entonces la cancelación de la boda, y Raiden había dado un discurso disculpándose por el repentino cambio de planes y asegurando a todos que la cena seguía adelante. Luego salió del hotel para subir a su jet privado con destino a Nueva York, a Scarlett.

Y entonces, cuando el avión estaba despegando, el maldito Numair lo había llamado para decir que debía volver a Tokio o al menos no reunirse con Scarlett en Nueva York hasta que le dijese que podía verla. Según él, aún quedaban cabos por atar y se había adelantado yendo al aeropuerto.

–¿Me he adelantado? ¿Qué querías que hiciera, casarme con Megumi?

Numair insistió en que aún debían dar el toque final, el que haría que los hampones deseasen matarse unos a otros para proteger a Scarlett y a su hijo.

–Termina con esto de una vez, Numair –dijo Raiden, con los dientes apretados–. Mata a quien tengas que matar y no me digas que tengo que seguir esperando porque no puedo. Y aunque pudiese, ya he llamado a Scarlett y le he dicho que voy de camino. Y no pienso decepcionarla otra vez, ¿me oyes?

Total silencio al otro lado del teléfono. Pero, de repente, escuchó unas risitas. ¿Risitas?

–Creo que los dioses del Olimpo te han oído, Relámpago.

–No te creía capaz de hacerlo, Fantasma.

–Ni yo.

Era la voz de Richard, seguida de la de Jakob. ¿Qué estaba pasando allí?

–Hemos hecho una apuesta para ver si Fantasma tenía el valor de retorcer un poco más el cuchillo.

Ese era Ivan.

–Yo he apostado contra él, pensando que no podría torturarte un segundo más de lo necesario –dijo Jakob–. Ahora debo someterme a su tortura durante un día entero y seguramente me hará soportar su compañía.

–Que conste que yo he intentado impedirlo –intervino Rafael–. Pero ya sabes que ni siquiera una bala puede detener a este rebaño.

–Era un regalo de despedida –bromeó Ivan–. Por cómo nos has maltratado durante estas dos semanas.

–A mí me has torturado más que a ninguno –dijo Antonio–, llamándome continuamente para ver cómo iba el plan y luego obsesionándote con el embarazo de Scarlett. ¿Tú sabes que casi me quedo dormido durante una operación?

Raiden sacudió la cabeza.

–¿Queréis decir que todo ha terminado?

–Ni siquiera se ha enterado de la broma –comentó Jakob.

Rafael soltó una carcajada.

–Todo ha terminado, amigo.

–Deberíamos haber sabido que no se le puede gastar una broma pesada

a un tonto enamorado –dijo Ivan.

–Esa enfermedad del amor es terrible –el desdén en el tono de Jakob–. Huesos, ¿has inventado una vacuna? Porque yo estoy dispuesto a probarla.

–Había un toque final –dijo Numair entonces–. Y fue puesto en marcha antes de que tu avión despegase. Los *yakuza* se matarían entre sí antes de dejar que alguien se acercase a tu mujer y a tu hijo.

Después de eso, Raiden no oyó nada más. Ni siquiera sabía cuándo había terminado la conversación.

Lo único que sabía era que por fin podía reunirse con Scarlett y que Numair había dicho «tu mujer y tu hijo».

Su mujer y su hijo.

Scarlett y su milagro.

Suyos, al fin. Y siempre serían suyos.

Quince largas horas después estaba frente a la puerta del apartamento de Scarlett en Nueva York.

Habían estado horas hablando por teléfono, contándoselo todo porque ya estaba solucionado. Cuando la envió a Nueva York solo le había dicho que era una situación delicada que debía resolver con ella fuera de Japón y descubrir la magnitud del peligro hizo que Scarlett se echase a llorar.

Había sufrido frecuentes crisis de llanto durante las últimas dos semanas. Aunque ya no tenía duda de que Raiden era suyo, temía que algo impidiese que estuvieran juntos. Y había sufrido tanto en la vida que no podría soportarlo.

Por mucho que Raiden jurase que todo iría bien, el miedo a la separación y las hormonas del embarazo hacían que tuviese el corazón encogido permanentemente.

Pero entonces abrió la puerta y fue como si alguien le arrancase el corazón del pecho. La desolación de esos días sin él, el miedo a que el destino le diese otro golpe, en aquella ocasión uno final al que no podría sobrevivir, hizo que los ojos se le llenasen de lágrimas. Raiden tenía mal aspecto y, sin embargo, era el ser más hermoso que había visto nunca. Lo único que quería ver, saborear y amar durante el resto de su vida.

Se abrazaron, besándose, sonriendo, llorando y quitándose la ropa a la vez mientras caían en la cama y casi se peleaban el uno con el otro hasta que, por fin, se unieron en un momento de éxtasis.

La unión fue breve, feroz, liberando miedos y anhelos guardados durante largo tiempo.

Mucho después, desde un profundo pozo de satisfacción, Raiden escuchó su voz ronca:

–Yo no quería esto.

–¿Qué? –le preguntó.

–No quería que dejases tus planes y tus sueños atrás. Esperaba que pudieras reclamar tu herencia y tener una familia otra vez.

Raiden le sonrió con todo su amor.

–Tú eres mi familia, lo único que necesito. En cuanto a mi herencia, ya tengo una que le dejaremos a nuestro hijo.

Sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

–Pero debe haber alguna forma de tener las dos cosas: tu herencia y a

mí. Yo habría sido tuya de todas formas, no necesito legalidades.

–Pero yo sí las necesito. Quiero que seas mía y ser tuyo legalmente. Te quiero como mi esposa y ser tu marido. Siempre he querido eso, desde el momento en que te vi. Y seguí deseándolo a pesar de todo. ¿Sabes que antes de volver a verte estaba resignado a cerrar los ojos y pensar en ti para poder… acostarme con Megumi?

–Raiden, no, por favor…

–Si no puedes imaginarme en una hipotética cama con una hipotética mujer…

–Megumi no era hipotética.

Raiden soltó una carcajada.

–¿Lo ves? Crees que podrías haberme compartido con ella para que recuperase a mi familia, pero no puedes soportar imaginarme con otra mujer.

–Lo habría soportado todo para estar contigo, aunque habría vivido con náuseas permanentes –Scarlett sonrió–. No sabía que esto iba a pasar, que el destino nos daría otra oportunidad.

Raiden la estrechó entre sus brazos.

–Siempre has sido el amor de mi vida, la dueña de mi corazón. También yo he nacido para amarte.

Scarlett le echó los brazos al cuello y él la besó.

–Soñaba con recuperar mi herencia y a mi familia porque pensé que así podría llenar el vacío que había dentro de mí. Que el deber y la tradición serían el ancla para darle un propósito a mi vida, pero entonces te encontré a ti y ya no quería nada más. Solo seguí buscando cuando te perdí, para llenar el vacío. Pero estás de vuelta y eres mía. Y siempre serás mía, como yo siempre he sido tuyo. Tú llenas el vacío, tú eres mi ancla. Tú y la familia que vamos a formar juntos.

–Raiden…

–Eres mi alma gemela, la mitad de mi alma, la única que ha entendido la oscuridad, las cicatrices y el dolor que llevo dentro, pero también el poder y la fuerza de voluntad. Somos iguales, podemos curarnos el uno al otro y darnos el amor eterno que necesitamos.

Después de darle un beso fiero, interminable, Scarlett empezó a jugar con su pelo.

–Cuando decidí hacer algo importante solo pensaba en ti de niño. Quería ayudar a todos los niños que se encontrasen en la misma situación.

Esa era otra prueba de su amor por él.

–Pero tú has sufrido más que yo.

Scarlett se encogió de hombros.

–Creo que te quiero a ti más que a mí misma.

Y Raiden la creyó, porque a él le pasaba lo mismo.

–Imaginar tu dolor me dolía más que recordar mi propia experiencia, pero una vez que el albergue esté terminado seguiré luchando para librar a los niños de la organización –Scarlett le apretó el bíceps–. Y necesitaré tu ayuda.

Rígido de deseo otra vez, Raiden exhaló un suspiro.

–Todos mis músculos están a tu disposición. Y los de mis hermanos.

–¿Seguro? Antonio llamó cuando venías hacia aquí y me suplicó que hiciera lo posible para que lo dejases en paz. El pobre hombre sufre privación de sueño porque estás obsesionado con mi embarazo.

–¿Y qué? Ese hombre puede operar dormido. De hecho, creo que ayer lo hizo.

–Deja de molestarlo, yo estoy bien.

–¿Has pensado en la adopción?

Tras un momento de sorpresa por tan abrupto cambio de conversación, Scarlett sonrió.

–Ahora que voy a tener un marido multimillonario, me gustaría adoptar cuatro niños.

Él enarcó una ceja.

–¿Por qué cuatro?

–Me había fijado en dos niños y dos niñas del albergue y ellos en mí. Tienen de dos a seis años y estaba pensando si podría adoptarlos sola, pero ahora…

–Los adoptaremos juntos, y cuando nazca nuestro hijo tendrá una enorme familia esperándolo.

–Es una decisión muy importante, incluso más que tener un hijo biológico.

–Lo sé, y lo he pensado mucho. ¿Por qué crees que te he preguntado? ¿O solo habías pensado adoptar cuando creías que no podías tener hijos propios?

–Saber que voy a tener un hijo propio no cambia nada. Quiero ayudar a esos niños, darles seguridad y, si es posible, un hogar.

–Estás salvando al niño que fui, ¿verdad?

Scarlett asintió con la cabeza.

–Y también salvaremos a la niña que fuiste tú.

Estaban besándose cuando sonó el timbre.

Raiden frunció el ceño.

–¿Esperas a alguien?

–No.

En alerta, Raiden saltó de la cama como el ninja que era.

–¿No has resuelto todo con la *yakuza*?

–Según mis hermanos, sí.

–¿Entonces por qué estás tan alarmado?

–Porque nadie debería venir en este momento.

–¿Tu guardaespaldas no está abajo?

–Eso es lo que me preocupa, que Steve no haya llamado para avisar de que subía alguien.

–Tal vez haya pensado que esa persona sería bienvenida.

–No pienso arriesgarme.

De repente, Scarlett se dio un golpe en la frente.

–Se me había olvidado que tengo videoportero.

Raiden parpadeó, sorprendido. Tampoco a él se le había ocurrido. Su innata alarma parecía haber muerto después de tantos años de entrenamiento, de modo que tendría que volver a entrenar.

Después de vestirse a toda prisa la siguió, pistola en la mano, pero al ver

quién era miró a Scarlett, perplejo.

–¿Qué hacen aquí?

Hiro Matsuyama, Takeo Hashimoto y Megumi estaban en el portal.

Sorprendida, Scarlett abrió la puerta y Raiden se quedó inmóvil, esperando. Había pensado que jamás volvería a verlos, y menos juntos.

Unos segundos después, Scarlett abrazaba a Hiro, contenta al ver a su amigo, pero Takeo miraba la pistola con cara de horror.

–Imagino que necesito esto porque habéis venido en son de paz –bromeó.

Megumi rio… ¡rio! Y era un sonido tan alegre. Nunca la había visto reír así.

Aparentemente, había sido la idea de casarse con él lo que hacía que estuviese tan disgustada.

Mientras él guardaba la pistola, Scarlett los invitó a entrar en el salón, y en cuanto se sentaron en el sofá, Hiro fue el primero en hablar:

–Habría entendido que me pegases un tiro, Kuroshiro-san.

–Cuando pensé que estabas interesado en Scarlett podría haberlo hecho. Ahora, como su mejor amigo, también lo eres mío.

–Será un honor para mí ser tu amigo y aliado, Kuroshiro-san –Hiro le ofreció su mano y Raiden la estrechó.

–Si vamos a ser amigos, será mejor que empieces a llamarme Raiden –bromeó, dándole una palmadita en la espalda–. Pero la próxima vez que quieras forzarme a hacer lo que debo, hazlo por teléfono. No me gusta aparecer en las revistas de cotilleos. Y si vamos a ser amigos y aliados, tendremos que empezar por trabajar con tu sentido del humor –añadió, al ver que Hiro parecía mortificado–. Era una broma.

–Os he hecho mucho daño y he provocado un escándalo para la familia Hashimoto.

Raiden sonrió mientras tomaba a Scarlett por la cintura.

–Pero lo que has hecho es parte de una secuencia de eventos que me han traído hasta aquí, y soy el hombre más feliz del mundo.

–Y yo soy la mujer más feliz del mundo –dijo Scarlett.

–Además, solo estabas defendiendo a la mujer de tus sueños, salvándola de un destino peor que la muerte, que era casarse conmigo –dijo Raiden–. Así que en realidad eres un héroe.

–Puede que los dos me hayáis perdonado, pero esto no se ha resuelto gracias a mí, así que me reservo el derecho de no perdonarme a mí mismo y estar para siempre a vuestra disposición.

–Lo mismo digo. ¿Habéis venido los tres solo para eso?

–No, yo tenía que venir personalmente para hacerte una oferta –dijo Hashimoto.

–¿Una oferta?

–Cuando rompiste el compromiso con Megumi pensé que no volvería a verte y me sentí apenado. Me di cuenta de que ya te consideraba parte de la familia y no quiero que el orgullo y la censura social rompan nuestra relación –Hashimoto se inclinó hacia delante para apretarle el brazo–. Sé cuánto deseabas formar parte de la familia, así que te ofrezco nuestro apellido y el timón de la empresa. Lo mismo que hubieras obtenido tras tu

matrimonio con Megumi.

Aquello era por completo inesperado, pero lo que Raiden había deseado apasionadamente unas semanas antes ya no le importaba. Tenía todo lo que necesitaba mientras tuviese a Scarlett.

–Ya no lo necesito, Hashimoto. Mi familia está aquí –respondió, apretando de la cintura a Scarlett.

–Pero esta vez no solo te queremos a ti, queremos adoptaros como pareja –siguió Hashimoto–. Los dos seréis parte de la familia.

Raiden exhaló un suspiro.

–Es una oferta muy generosa, pero me temo que no puedo aceptar.

–¿Por qué, Raiden-san? –preguntó Megumi–. El nuestro habría sido un matrimonio catastrófico, pero sé que es porque estábamos destinados a ser hermanos. Y nada me gustaría más que tener a Scarlett por hermana.

–Y ahora que Hashimoto ha aceptado darme la mano de Megumi –intervino Hiro–, no solo sería tu amigo, sino también tu hermano.

Encantado por los dos, Raiden le dio una palmadita en la espalda.

–Veo que te mueves rápido y me alegro –le dijo, volviéndose hacia Megumi– por los dos.

–¿Entonces no lo tomarás en consideración?

–Lo siento, pero no he olvidado lo que dijiste de Scarlett –respondió Raiden, mirando a Hashimoto–. Scarlett es y ha sido siempre una heroína, una persona maravillosa. No solo la amo, sino que la respeto y admiro más que a nadie en el mundo. No tendría nada si no fuera por ella, y me niego a permitir que nadie la ofenda.

Scarlett le apretó el brazo, regañándolo con la mirada.

–El señor Hashimoto estaba bajo presión entonces. Además, no me conocía.

–Eso es cierto –dijo él–. Y ahora lamento mis palabras. No tenía pruebas contra ella, solo lo que me habían contado. ¿Puedes aceptar mis más sinceras disculpas?

–Por supuesto que sí –respondió Scarlett–. Estuve a punto de provocar un serio problema solo por estar en Japón y amar a Raiden. Y, como ha dicho Hiro, no es gracias a mí que todo se ha solucionado y hemos llegado a este momento –cuando Raiden iba a protestar, Scarlett se volvió hacia él y lo abrazó con todas sus fuerzas–. No hablemos de lo que pasó antes, cariño. Todo eso ha terminado. Recordemos solo lo bueno y miremos hacia el futuro.

Él sabía lo que eso significaba. Tal vez jamás olvidarían el pasado, pero los había llevado hasta ese momento y eran más felices de lo que jamás hubieran podido imaginar.

–Los dos necesitamos una familia para compensar la que perdimos –siguió Scarlett–. Además, tener parientes sería lo mejor para nuestro hijo y los otros hijos que podamos tener.

De repente, incapaz de esperar un segundo más, Raiden la tomó en brazos.

–¡Espera!

Raiden se detuvo para mirar al trío, que los miraba con cara de sorpresa.

–Lo siento, ¿estabais esperando una respuesta? Pues dejad que os dé una pista: una vez que Scarlett ha hablado, yo soy un simple ejecutor de su voluntad. Ella quiere que seamos una familia y seremos una familia.

Después de un momento de incertidumbre, los tres esbozaron una sonrisa, y Raiden tuvo que dejar a Scarlett en el suelo para recibir los abrazos de Megumi, Hiro y Takeo Hashimoto, las tres personas que se habían convertido en su familia.

Pero enseguida volvió a tomarla en brazos y, entendiendo la indirecta, sus invitados se despidieron amablemente. Era hora, dijo Hashimoto, de dejarlos solos para que continuasen su reunión después de tan amarga separación.

–Me alegro de que seamos una familia, pero recordad que solo será así porque Scarlett lo ha decretado. Ahora todos estamos en deuda con ella.

Cuando por fin se quedaron solos, Raiden la llevó al dormitorio y la depositó sobre las arrugadas sábanas como si estuviera dejando allí su corazón.

–No estaba intentando hacerles pasar un mal rato –le dijo, mientras se desnudaba–. De verdad pensaba negarme.

–Pero no lo has hecho y ahora tendrás todo lo que siempre has querido. Y lo que mereces. Y yo no tendré que sentirme culpable porque mi presencia en tu vida te haya privado de eso.

–Será maravilloso solo porque voy a compartirlo contigo. De no ser por tu generosidad y por tu deseo de ser parte de una familia, yo no habría aceptado. Así que ellos están en deuda contigo y yo te debo mi felicidad, mi vida entera.

Llorando, Scarlett lo abrazó.

–Y yo te debo la mía.

Más tarde, lo recibió dentro de ella, llevándolo a casa, su único hogar para siempre.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

